EL ETERNAUTA

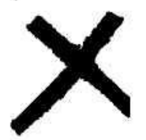
y otros cuentos de ciencia ficción

H.G. OESTERHELD



COLIHUE

EL ETERNAUTA



H. G. OESTERHELD

EL ETERNAUTA

y otros cuentos de ciencia ficción

EDICIONES COLIHUE



El personaje es mundialmente conocido en su versión historietística. Pero su autor también dio al guión la forma de relato, que es lo que ofrece este libro.

Continuación, novelada, de las aventuras del mítico Juan Salvo otra vez en la Tierra. Un relato de ritmo infernal que comienza en el Tigre, sigue en Nueva York y termina sin terminar en el espacio exterior… Completan el volumen algunos de los mejores relatos de ciencia-ficción de Oesterheld.



Dirección de colección: Juan Sasturain Diseño de colección: Juan Manuel Lima

Dibujo de tapa y viñetas interiores: Francisco Solano López

Av. Díaz Vélez 5125 (1405) Buenos Aires-Argentina

I.S.B.N. 950-581-913-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

ÍNDICE

EL ETERNAUTA



Un crujido en la silla del otro lado del escritorio. Alcé los ojos y ahí estaba, otra vez.

El Eternauta, mirándome con esos ojos que habían visto tanto.

Durante un largo rato se quedó ahí, mirando sin ver el tintero, los libros, los papeles desordenados sobre el escritorio.

—Te conté de Hiroshima… —dijo y apoyó la cabeza ya blanca sobre la mano—. Te conté de Pompeya…

Hizo una pausa, me miró sin verme; de pronto sonrió.

—Ni yo mismo sé por qué te hablo de todo eso… —y la voz le venía de quién sabe qué eternidad de espanto, de quién sabe qué inmensidad de dolor y angustia—. Quizá te hablo de todo esto para borrar con otro horror el horror que trato de olvidar. Mientras cuento vuelvo a vivir lo que cuento… Y si hablo de Hiroshima, si hablo de Pompeya, olvido el horror máximo que me tocó vivir. ¿Qué fue Pompeya, qué fue Hiroshima al lado de Buenos Aires arrasado por la nevada?

Volvió a callar. En el cuarto vecino, alguna de mis hijitas se revolvió en la cama. Me estremecí. ¡Qué desnudos estamos en el mundo, qué blanco fácil somos!

—Ya te conté… —el Eternauta vacilaba en reanudar su relato— cómo me separé de Elena y de Martita. Ya te conté cómo, buscándolas, quedé perdido en el espacio y en el tiempo… Lo que no te conté todavía es cómo siguió la invasión de los Ellos.

—¿Cómo? —lo interrumpí—. ¿Sabes acaso cómo terminó la invasión?

—Por supuesto que lo sé…

Los ojos se le redondearon de espanto y por un momento creí que iba a gritar.

—Por supuesto que lo sé… —repitió—. Yo volví a la Tierra poco después de que tratara de escapar metiéndome con Elena y Martita en la cosmonave de los Ellos… Yo se lo pedí, y el Mano me ayudó a volver. Fue él quien me llevó a una extraña gruta abierta en la roca, una gruta con paredes de cristal con luces extrañas que saltaban de una pared a la otra. Era como estar en el centro de un endiablado fuego cruzado de ametralladoras luminosas que no hacían daño, que no hacían más que encandilar, aturdir con tanto destello multicolor. Allí creo que me desvanecí. Recuerdo sólo el rostro del Mano, iluminado por los destellos que le

irisaban los cabellos, mirándome con ojos que sonreían tristes. Sí, debí desvanecerme. Y la gruta de los cristales debió ser otra máquina del tiempo.

Cuando volví en mí, cuando volví a ser dueño de mis sentidos, me encontré en el lugar menos esperado: estaba en el agua, nadando. Un agua bastante fría, color marrón. Un **río** ancho aunque no demasiado, pero muy caudaloso. Sauces en las orillas, un árbol de flores rojas: seguro que un ceibo.

Orillas familiares, muy familiares... Comprendí en seguida que eso era el Tigre. Y cuando reconocí un chalet supe que estaba en el río Capitán, no lejos del recreo "Tres Bocas".

La corriente era fuerte. Yo había dejado de luchar contra ella y me dejaba llevar, nadaba oblicuamente hacia la orilla con los sauces verdes y los ceibos de flores rojas... Una "golondrina de agua" me pasó por delante, con chirrido leve, y se alejó rozando el agua. Seguí nadando. El corazón me latió con renovado ímpetu. Y no era por el frío del agua. Era la golondrina lo que me reanimaba...

La golondrina, las rojas flores del ceibo, significaban que todo vivía en aquel lugar, que estaba en una zona donde no había caído la nevada mortal. Un lugar donde no hacían falla los trajes espaciales, donde se podía mirar el cielo azul y hasta había olor a madreselvas en el aire...

Un dedo del pie se me endureció; comprendí que empezaba a acalambrarme. Me di cuenta de que me estaba extenuando y no podría seguir en el agua mucho más. Lo mejor sería nadar cuanto antes hacia la orilla.

Redoblé el vigor de las brazadas. Me fui quedando sin aliento pero avancé apreciablemente; dejé la parte donde la corriente era más fuerte y me encontré por fin cerca de la orilla. Me dejé llevar hasta un muelle que penetraba varios metros en el río, me tomé de uno de los troncos que lo sostenían y, aliviado, traté de normalizar el ritmo de la respiración.

Dejé el tronco, pasé a otro y casi me enredé en el hilo de un espinel. Fue absurdo, pero se me antojó un disparate que alguien hubiera tendido un espinel... Sin embargo, nada era más natural que aquellas pequeñas boyas de corcho pintadas de blanco y de rojo que subían y bajaban por el oleaje.

Por fin pude asirme a la escalera. Tanteé con los pies buscando el primer escalón. Estaba roto. Traté de encaramarme, y recién entonces me di cuenta hasta qué punto estaba fatigado."Tranquilo, Juan... ¿Qué apuro tienes?", traté de serenarme. "Descansa un poco, ya te vendrán las fuerzas para subir".

Para distraerme del cansancio miré el río. Un paisaje familiar, que me recordaba tantos domingos de remo, tantas madrugadas de pesca recorriendo algún espinel tendido durante la noche entre los juncos...

Allá enfrente había otro muelle con un letrero, uno de esos pequeños carteles de casi patético optimismo: "Los tres amigos"...

Un ruido fuerte, casi sobre mi cabeza. Y otro más, en seguida.

Miré, y allá arriba, sobre el muelle, lo vi: un hombre vestido con campera, sin afeitar, de edad indefinible, corpulento. Me miraba con ojos serios, como pensando si convenía salvarme o si era preferible dejarme llevar por la corriente.

De pronto se decidió: bajó los escalones, haciendo mover el maderamen, y me tendió la mano.

Me dejé ayudar. No estaba tan cansado después de todo y pude subir bastante bien. Pero fue bueno sentir aquel brazo que se estiraba en mi ayuda...

Ya los dos arriba del muelle, el hombre se presentó:

—Soy Pedro Bartomelli...

—Juan Salvo —repliqué, estrechándole la mano ancha y inerte, algo callosa—. Suerte que me ayudó a subir, amigo —empecé a tiritar por el frío, traté de moverme para hacer escurrir el agua—. Me cansé nadando contra la corriente, casi me había quedado sin fuerzas para subir.

—La verdad que tuvo suerte. Lo vi de casualidad; por un momento me pareció que era un tronco... Me acerqué pensando que estaría estorbando el espinel. Fue por eso que lo vi.

—¿Usted sabe algo de lo que pasa? — dije no bien me recobré. Es que ríe pronto volvía a recordarlo tocio: la nevada de la muerte, la invasión de los Ellos, la enorme desolación tendida como un invisible pero abominable sudario sobre todo Buenos Aires, los combates contra los Gurbos, mi desesperado reencuentro con Martita y con Elena, la carrera hacia el interior, los hombres-robots persiguiéndonos... Recordé a Favalli, a los demás amigos, todos ya convertidos en hombres robot... Es curioso, pero en aquel momento no recordé para nada mi entrada a la cosmonave de los Ellos ni el encuentro con el Mano, allá en su planeta... Sin embargo, me parecía lo más natural haber aparecido de pronto allí, nadando en medio de un brazo del Paraná...

—La verdad es que no sé lo que pasa... —dijo el hombre perplejo, meneando la cabeza—. No termino de entender nada... Fui en bote hasta el Tigre, pero no llegué al Lujan: al entrar al arroyo del Gambado lo encontré totalmente bloqueado por botes atravesados, algunos medio volcados: todos con los ocupantes muertos, cubiertos por una sustancia blanquecina... La misma sustancia estaba en las plantas, en todas partes. Todo parecía muerto, como quemado por una gran helada...

Ya sabía lo que era aquello: quería decir que la nevada de la muerte había llegado hasta poco más al sur del Tigre. Era posible que el resto del Delta se hubiera salvado.

—¿Y usted? —sobresaltado, descubrí que el hombre me miraba con ojos entrecerrados, cargados de recelo—. ¿Tiene armas usted?

—No... —y entreabrí los brazos como invitándolo a registrarme.

De todos modos, aunque hubiera tenido algún arma de muy poco me hubiera podido servir, empapado como estaba.—¿De dónde viene? —Pedro Bartomelli siguió mirándome con mirada llena de sospecha.

¿Cómo contestarle? Ni yo mismo lo sabía. Hice un gesto vago hacia Buenos Aires. Traté de inventar una excusa:

—Estaba en una canoa... Me distraje, se me volcó...

—Venga, no se preocupe más... —dijo finalmente.

Después el hombre rió, me palmeó con fuerza y empezamos a caminar hacia la casa pintada de rojo, con techo de cinc a dos aguas, construida sobre pilotes de madera.

Era un chalet parecido a muchos otros... La isla misma era igual a tantas otras que yo conociera... Tan parecida a la "Alicia", la isla donde pasé algunos de los días más dichosos de mi vida... Por un momento me pareció estar viendo a los amigos, trabajando con palas junto a un gran fuego —demasiado grande, como siempre—para el asado que debíamos preparar...

Pero el frío, los músculos acalambrados y el cuerpo que tiritaba me recordaron por qué estaba allí. Duele, a veces, volver al presente.

Ya estábamos muy cerca de la casa cuando se abrió una puerta. Allí, en una especie de balcón, apareció una mujer. Joven —no tendría más de veinticinco años—, de pulóver y vaqueros, con un rostro que en otro tiempo habría sido quizá dulce y alegre pero ahora estaba transido. No había lágrimas en él, pero cuando se ha llorado mucho, ahí quedan las marcas. AJ lado, medio escondido, se le apretaba un chico con el pelo rubio que le caía hasta los ojos.

—¡Adentro! ¡Ya te dije que adentro!

Pedro Bartomelli pareció ladrar la orden. Fue un grito tan súbito que me hizo sobresaltar. Debí mirarlo sorprendido, porque me sonrió:

—Venga, amigo Salvo. Buscaremos un poco de vino bajo la casa. Ahí lo guardo, para que esté más fresco. Celebraremos el encuentro...

Me agaché para pasar entre los pilares: había allí las consabidas cañas de pescar, algunos cajones vacíos, canastos de mimbre desvencijados, latas, botellas vacías...

—¿Dónde está el vino? —pregunté, por decir algo; la verdad es que no tenía ningún deseo de beber. Era algo caliente lo que yo necesitaba.

—Debajo de esa pila de cajones vacíos —me explicó el otro, señalando a un lado—. Lo guardo allí, así nadie me lo encuentra.

Me incliné, traté de apartar el cajón vacío de más abajo. Hice un esfuerzo, la pila era mucho más pesada de lo que parecía, apenas lo moví.

Fue entonces cuando vi una sombra que se movía detrás de mí. No sé por qué, pero me encogí.

Y eso me salvó: el tremendo golpe dado con la barreta de hierro no me dio de lleno en el cráneo porque el hombro amortiguó parte del impacto que pudo ser fatal.

Aturdido, con la cabeza que me quemaba, me di vuelta, medio cayendo contra los cajones. Pero ya Pedro Bartomelli levantaba el brazo para repetir el golpe, me miraba enloquecido de rabia.

No sé qué hice, pero el hierro me silbó junto al oído, se estrelló contra uno de los cajones. Hubo ruido de maderas rotas. Traté de asirle el brazo, forcejeé, traté de darle un rodillazo pero la cabeza se me iba: estaba completamente "groggy". El hombre me sacudió, me empujó a un lado, y no pude seguir sujetándolo.

Como en una pesadilla, lo vi que volvía a alzar la barreta. Ahora no tenía escapatoria: me tenía prácticamente "clavado" contra los cajones.

Alcé la mano, en inútil ademán de defensa...

La detonación pareció estallarme dentro del cráneo.

Por un instante creí que era el hierro que me había golpeado pero no: había sido un balazo disparado a un par de metros.

Pedro Bartomelli, enderezándose, trataba de volverse. Finalmente el brazo armado con la barreta se abatió y el hierro cayó con ruido sordo sobre el piso de tierra. Después las rodillas de Pedro Bartomelli se aflojaron y se derrumbó hecho un ovillo.

Allí quedó, con una mano moviéndose espasmódicamente, en saludo absurdo...

Entonces la vi: allí estaba la mujer, con la pistola humeante en la mano. Me apuntaba a mí...

—Pero... —dije cuando creí que ya me disparaba.

—No se preocupe... —bajó el arma, se pasó la mano cansada por el rostro—. Entre él y yo no había nada... Llegué hace menos de una hora en un bote y prometió ayudarme; a mí y a Bocha... ¡Pero era un monstruo!

Con un estremecimiento, la mujer miró a un lado, hacia el cuerpo caído, y retrocedió como si el muerto pudiera hacerle algo todavía.

—Allí... —y señaló hacia una espesura de plantas de hojas anchas—. Allí, en esa zanja, hay por lo menos cinco personas muertas... A todos los mató él: él mismo me lo dijo, como vanagloriándose... Parece que era la familia de los dueños del chalet. Dijo que si no le obedecía, me mataría como a ellos: fue por eso que me los mostró. Suerte que llegó usted...

—Pero... ¿por qué los mató?

—Dijo que era la ley de la jungla... Que todavía tendría que matar a muchos más, hasta sentirse bien seguro. A usted lo recibió y le conversó hasta que averiguó si podía serle útil o no...

Miré al caído, de bruces, con el brazo estirado: ya no saludaba más...

No era culpable de lo ocurrido, ¿cómo culparlo por haber reaccionado con tanta violencia ante una situación tan inesperada como la de la nevada mortal? Era un hombre de acción, y había reaccionado ante la emergencia de la única forma a la que estaba acostumbrado.

—Atención... Atención... —una voz metálica, allá arriba, dentro del chalet, me sacudió como un latigazo. ¿Pedro tendría compañeros, ocultos dentro de la casa? Pero no, aquello sería absurdo...

—Es la radio —la mujer sonrió débilmente, al advertir mi sobresalto—. Una radio a pilas secas... Debe haberla encendido el Bocha. Lo encerré con llave cuando bajé: debe estar asustadísimo. Voy con él.

La seguí, totalmente aturdido, más por el brusco cambio de la situación que por el golpazo que recibiera en la nuca.

—Atención... Atención... —la radio seguía.

El "speaker" debía ser mejicano o centroamericano por la forma de pronunciar.

Entramos a la habitación. El chico se incrustó literalmente en la madre, llorando.

—Oí el tiro... —fue todo lo que atinó a decir. La mujer lo abrazó, trató de calmarlo.

Yo, lo confieso, me preocupé poco por ellos; todo lo que me interesaba era la radio. Hasta entonces no había oído ningún mensaje del mundo exterior... Ni siquiera sabía con certeza si había algún mundo exterior al área de la invasión. Los únicos mensajes que había captado antes, con Favalli y los otros, habían resultado trampas tendidas por los mismos Ellos.

—Volvemos a transmitir ahora para América del Sur... Queda confirmado que la invasión, aunque muy extendida en el continente, abarca sólo áreas reducidas. Es muy grande la superficie que no ha sido afectada por la invasión, y es mucho más numerosa de lo que se creía en un primer momento la cantidad de sobrevivientes... Se aconseja a lodos la mayor calina y también la mayor prudencia: por el momento es inútil pensar en ataques aislados contra el invasor: sus armas son demasiado poderosas. Y volvemos a destacar el enorme peligro de los hombres robots: es por eso que conviene mantenerse alejado de los invasores, para no ser apresados y convertirse en instrumentos del enemigo. Cada persona, cada familia debe quedarse en su casa ocultándose lo mejor que pueda. Deben tener completa fe de que

muy pronto llegará el contraataque que, tal vez en cuestión de horas, aniquilará la invasión. Como informáramos anteriormente, los gobiernos délos Estados Unidos, de Rusia, Inglaterra y Francia, ya están completamente de acuerdo para una acción conjunta contra el invasor: se ha designado comandante supremo... —un zumbido, un ruido áspero, la pequeña radio de fabricación japonesa no fue de pronto otra cosa que una pequeña cajita de material plástico llena de zumbidos...

—Han interferido la transmisión... Siempre ocurre lo mismo... —la mujer recorrió todo el largo del dial, pero fue inútil—. Por suerte alcanzamos a escuchar algo. ¡Hay esperanzas, todavía!

—No... No se haga ilusiones —para qué dejarla soñar; de todos modos pronto se enteraría de la realidad—. Ya escuché antes esas transmisiones. Son todas trampas. Terminan dando instrucciones para que todos se reúnan en ciertos lugares... Los sobrevivientes obedecen y, cuando quieren acordarse, ya se encuentran rodeados de hombres robots... Es inútil luchar: pronto están ellos mismos, todos convertidos en hombres robots... Yo lo he visto, y no hace mucho... Me salvé apenas.

La mujer me miró desconcertada, creo que con rabia porque le quitaba aquella última luz de esperanza. El chico seguía apretándose contra ella desesperadamente.

—¿Hombres robots? No entiendo lo que son... —dijo la mujer—. Varias veces oí hablar de ellos en la radio.

—Los Ellos, los jefes de la invasión a los que nadie, que yo sepa, ha podido ver todavía, tienen bajo sus órdenes a unos seres inteligentísimos, con manos de dedos múltiples... Son las manos. Estos, a su vez, manejan a los hombres robots: son hombres capturados a los que les insertan en la base del cráneo, en la nuca, un aparato especial provisto de muchas lengüetas que se clavan en el sistema nervioso... Por medio de ese aparato convierten al cautivo en un verdadero autómata, capaz de recibir órdenes transmitidas desde muy lejos y de obedecerlas sin chistar, aun a costa de la propia vida...

No seguí explicándole porque ocultó el rostro entre las manos, juntó la cabeza contra la del chico y allí quedó, sacudida por enormes o incontrolables sollozos.

Miré por la ventana. Había sol, el río seguía corriendo igual que siempre, el verde de las plantas lucía lujoso. Estábamos en invierno pero era un día hermoso: un día como tantos domingos del recuerdo, con el río lleno de botes, de lanchas colectivas, de cruceros suntuosos y envidiables... Pero era inútil dejar de pensar en el drama que nos rodeaba:

—La transmisión de la radio era una trampa... —reiteré.

Aunque, si era una trampa, ¿quién la había interferido? Era algo para pensarlo: quizá después de todo la transmisión era auténtica... Las transmisiones trampas que yo oyera antes no habían sido interferidas nunca... Claro que también podía ser sólo un defecto de la transmisión... ¿Para qué ilusionarse?

Sacudí la cabeza y traté de concentrarme en la situación en que me encontraba: de pronto, como una gran ola, me llenó toda la angustia de la separación, todo lo que me había ocurrido hacía tan poco tiempo...

Martita... Elena...¿Volvería a verlas alguna vez?



Mire otra vez el río. Ya no me pareció hermoso ni nostálgico: de pronto volvió a serlo que era, una vía de comunicación, un camino para la fuga o para el reencuentro: "El hombre dijo que la nevada había llegado hasta el Gambado... Tendría que tomar un bote, salir al Paraná y probar de desembarcar a la altura de Campana o de Zarate... Así podría volver al lugar adonde dejé a Martita y a Elena...".

Un rugido inconfundible, totalmente inesperado aunque nada podía ser más lógico que oírlo allí, me llegó de pronto.

—¡Una lancha!

También la mujer lo había oído y se precipitó a la ventana, a mi lado.

— Por el ruido, debe ser una lancha colectiva.

Era incongruente, costaba creer que todavía podía correr una lancha. Sin embargo era imposible dudar: sí, del lado del Tigre venía una lancha a toda velocidad.

Antes de que pudiera contenerlos, la mujer y el chico se lanzaron afuera, bajaron la pequeña escalera, corriendo hacia el muelle. Tuve que seguirlos, a pesar(le que era una imprudencia enorme: ¿y si eran hombres robots?

Allí, en el codo, abriéndose bastante porque el río estaba en bajante, apareció la lancha. Sí, era una colectiva.

—¡No deben vernos! ¡No les haga señas! —grité.

Llegué por fin junto a la mujer, traté de tomarla por el brazo. Pero era tarde: ya había hecho señas. Y ya la lancha torcía el rumbo, enderezaba hacia nosotros.

—¿Por qué no hemos de avisarles? —la mujer me miró sorprendida—. ¡Es la primera lancha que veo en días!

—Pueden ser hombres robots —expliqué con rudeza, tomándolos a los dos por el brazo y tratando de alejarlos del muelle.

Pero me contuve: ya la lancha esta muy cerca, podía ver con toda claridad a los ocupantes, al hombre que, a popa y con un cabo en la mano, se aprestaba a la maniobra del atraque. Ninguno de ellos tenía el fatídico instrumento en la nuca__Desistí de escapar.

La popa de la lancha dio contra el muelle. El hombre del cabo se asió a un poste, ayudó a la mujer y al chico a subir. En seguida salté yo.

—¿Adonde vamos, señor? —pregunté.

—Al Paraná. A La Cruz —el hombre era un isleño de rostro requemado por el sol.

—¿A La Cruz? —nunca había oído ese nombre.

—Sí... Allí se está reuniendo toda la gente de la zona... Ya hay dos mil, por lo menos...

—¿Quién los manda?

—El capitán Roca... Un capitán retirado. Un hombre muy ducho en manejar gente, se ve a la legua. Desde hace tres días estamos fortificando una isla.

—¿Contra quién?

—Contra los hombres robots, pues. ¿Contra quién había de ser?

Me gustó la manera de mirar del isleño. Seguro que se sentía un poco padre de todos los que había recolectado con la lancha.

Me senté junto a la mujer y el chico. Miré al resto del pasaje, una veintena de personas. Podrían ser los pasajeros de un domingo cualquiera si no fuera por los rostros sin afeitar con las facciones hundidas, como comidas por el espanto. ¡Quién sabe qué experiencias había vivido cada uno!...

Otro muelle, con un hombre haciendo señas.

Medio viejo, rubio, con grandes bigotes manchados de tabaco. Un italiano del norte, seguro, rodeado por media docena de perros pomerania.

Subió a la lancha, se sentó a mi lado.

—Menos mal que vinieron —me sonrió con la boca y los ojos azules—. Ya creía que tendría que quedarme para siempre. El patrón tuvo que irse con el "fuera de borda" —siguió contando más para él que para mí—. La lancha no le arrancaba. Demasiado cargado el bote, con la mujer y los chicos.

—Y a vos no te llevó, claro... Te dejó para que te pudrieras... —el isleño de rostro requemado escupió a un lado.

—¡Eso sí que no! El patrón y la señora quisieron llevarme, hicieron de todo. Pero yo no les hice caso, sabía que iban demasiado cargados. Me escondí en el monte y tuvieron que irse sin mí. Habrán creído que estaba loco... Pero no, no lo estaba. Me gustó oír al chico del patrón, llamándome cuando ya el bote estaba lejos... Los miré por entre los juncos hasta que dieron la vuelta al codo.

Calló el hombre, y sólo se oyó el rugir del motor.

Martita... Elena... La mujer y el chico... El italiano de los bigotes que había querido contarla salvación de sus patrones, que lo eran todo para él.

Era para abrumar, para desesperar. Pero el espíritu tiene una capacidad insospechada para soportar la congoja. Podría haber enloquecido, pero el cerebro me siguió funcionando, ocupándose de cosas mínimas. Por ejemplo, todavía no sabía el nombre de la mujer que tenía al lado.

—Todavía no sé cómo se llama —la miré, y supe que el rostro ya no estaba acostumbrado a la sonrisa.

—Amelia... Amelia de Herrera. Este es el Bocha.

Ya lo sabía, pero acaricié la cabeza del chico. Sonreí, adiviné que éramos amigos.

Ya estábamos en pleno Paraná, bastante picado. Había viento fresco. Iba a preguntar si faltaba mucho cuando el hombre de la popa anunció:

—La Cruz. Ya llegamos.

Era una isla como tantas, con una buena casa al fondo y un muelle nuevo, sólido, recién pintado. Habían levantado una gran cruz de troncos, desproporcionada. Debía de haberles costado mucho plantarla allí.

Estaban en pleno trabajo de fortificación: centenares de hombres, ayudados por mujeres y por chicos, cavaban una gran zanja y echaban la tierra que sacaban sobre un gran terraplén que ya circundaba la isla hasta donde se podía ver.

Otros hombres plantaban estacas, para darle mayor solidez. Recordé algunas de las fortificaciones de la Edad Media que viera en la Historia de Malet. Y pensé en las defensas de barro de la primera ciudad de Buenos Aires...

Bajamos, cruzamos la zanja por dos tablones, hombres armados nos dieron paso.

—Más reclutas, mi capitán —el isleño nos presentó, orgulloso de su trabajo.

El capitán, un hombre de uniforme indefinible, tenía pantalones color caqui, chaqueta de la gendarmería, botas altas; la gorra dorada le quedaba rara sobre aquel conjunto que era y no era marcial.

—Al terraplén —nos ordenó casi sin separar los labios—. ¡Hay palas de sobra allí: a trabajar!

—Ya lo oyeron —el sargento nos hizo una seña con la cabeza, marchó con nosotros hasta que llegamos al terraplén.

—Aquí tienen palas de sobra.

Sí, había una increíble cantidad de palas y de picos.

"Asaltarían un almacén de ramos generales" pensé.

Nos pusimos a cavar. Los hombres dándole a la pala, las mujeres cargando la tierra en cestas de mimbre, de las que se usaban para la fruta.

—Trabajen... No hay tiempo que perder...

Cada tanto el capitán hacía una gira de inspección. Se golpeaba las botas con un junco; su presencia era un estímulo indudable, pues todos aceleraban las paladas apenas lo veían.

—Trabajen... Cuando esté listo el terraplén empezaremos la instrucción militar con ustedes también... Cada hombre debe poder luchar como un veterano... Trabajen... No se paren... Trabajen...

Por fin tuve que descansar: los brazos, la espalda no me daban más. Aproveché que el sargento se enfrascaba en conferencia con el teniente y me dejé caer contra el terraplén.

"¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Tiene algún sentido lodo esto? Las defensas que preparamos son nada contra las armas de los Ellos..."

—¿Un matecito? —el italiano de los bigotes había encontrado tiempo para encender un fuego. Vaya uno a saber de dónde había sacado la pava, el mate y la yerba.

Se lo acepté, me hizo mucho bien el trago estimulante. Comencé a ver todo lo que me rodeaba con un poco más de tranquilidad.

Hasta ese momento había estado verdaderamente idiota, me había dejado manejar como una criatura. Tenía que explicarle al capitán lo que en realidad eran los Ellos. Era muy posible que ninguno en toda la isla tuviera la menor idea del poderío de invasión. Pretender defendernos con los pocos rifles, winchesters y escopetas que teníamos era como pelear con arcos y flechas contra la bomba atómica.

Me separé de los que trabajaban en el terraplén y caminé hacia la casa.

Pasé entre dos escuadras de hombres que hacían ejercicios militares a las órdenes de otro "sargento", un absurdo suboficial con pulóver, "breeches" y botas.

—¿Dónde está el capitán? —pregunté a un viejo que, olvidado de todos, estaba sentado en la escalera de madera que subía a la casa.

No me contestó. Se limitó a señalarme con el pulgar a un lado, debajo de la casa.

Allí encontré al capitán: sentado ante una mesa con una botella de whisky al lado, miraba un tosco plano de la isla con las dos fortificaciones que se estaban construyendo.

—Con su permiso... —empecé.

Pero no me dejó seguir:

—Aquí tiene —me tendió una bandeja—; llévele la comida al perro.

Perplejo, miré lo que contenía: un plato con carne fría, papas, una botella de cerveza y un atado de cigarrillos.

—Pero...

—¡Haga lo que le digo!

Tomé la bandeja y busqué la casilla. Mejor obedecer que llevarle la contra. Era capaz de hacerme castigar.

—¡Allí! —el dedo imperioso del capitán señaló al otro lado de la casa.

En ese lugar, el espacio entre los pilotes de cemento que sostenían la construcción estaba cerrado con chapas: sólidas maderas las sostenían en su lugar.

Llegué con la bandeja, busqué la entrada. La encontré: una pequeña puerta. Habían cortado la chapa, abajo, para dejar pasar la comida.

Desde adentro alguien debió oírme llegar, porque sentí golpes fuertes contra las chapas.

Miré al capitán y lo vi concentrado nuevamente en su mapa. Miré a los hombres que, más allá, trabajaban febrilmente en el terraplén. Miré la bandeja con la absurda comida para el "perro".

Me decidí: dejé la bandeja en el suelo y corrí el improvisado cerrojo que mantenía en su lugar la chapa que hacía de puerta.

Adentro había un hombre. Maniatado, amordazado.

Lo desaté de prisa; el capitán no debía darse cuenta.

—Por fin... —el prisionero se frotó las muñecas. Era un hombre maduro, de rostro fresco, casi rosado, ojos miopes a los que le hacían falta los anteojos...

—No entiendo... ¿Por qué lo ataron? —me acordé de preguntar mientras le desataba los pies.

Quizá estaba haciendo mal en soltarlo. Pero no: aquel hombre no podía haber hecho nada malo, no tenía aspecto de malhechor.

—Tenemos que escaparnos, amigo... No lo conozco a usted, pero veo que se dio cuenta. El capitán Roca está loco... Ni siquiera es capitán, es un abogado... Yo soy su médico, lo estaba por traer de Rosario por barco, para internarlo en un sanatorio de Buenos Aires, cuando ocurrió la nevada...

—¿También nevó en Rosario?

—También...

Una gritería allí afuera: el "capitán" había descubierto la puerta abierta de la "casilla".

—¡Vámonos!

Corrí detrás del médico, que tropezó, entumecido aún por el largo tiempo que había permanecido atado.

Subimos con trabajo el terraplén.

—¡Atrápenlos! —tronó a nuestras espaldas la voz del "capitán"—. ¡Tírenles!

Rajamos al otro lado del terraplén. Vi a Amelia y al Bocha acarreando tierra con las cestas.

—¡Vengan! —les grité.

Sin más explicaciones los llevé conmigo. Corrimos, nos metimos entre las cortaderas.

Nos detuvimos a cosa de un par de cuadras, sin aliento: el médico jadeaba, creí que se descomponía.

—No nos persiguen... —dijo. Y no siguió porque apenas si podía respirar.

Fue entonces cuando sonó la descarga, del lado del río.

Me di cuenta que desde hacía unos momentos habíamos estado oyendo el motor de una lancha.

Otra descarga, gritos...

Empezaba el ataque de los hombres robots.

Me asomé por sobre las cortaderas, miré hacia el terraplén: había humo azulado, chisporroteaban los fusiles, rugía el motor de la lancha que maniobraba para ponerse paralela a la costa.

—¡Reserven las municiones! ¡El asedio puede ser largo! —oí gritar al "capitán".

Disparos.

El motor rugía más fuerte: la lancha daba ya de flanco contra el terraplén, los hombres robots saltaban a tierra.

El fuego de los defensores se hizo intensísimo.

Cayeron varios hombres robots. Pero siguieron saliendo de la lancha; algunos llegaban a tierra al saltar, otros vadearon hasta recostarse contra el terraplén y desde allí disparaban sus armas hacia arriba...

Por un instante me sorprendí tratando de identificar los rostros de los hombres robots: ¿estarían entre ellos Favalli y algunos de los otros? Pero no, no reconocí a ninguno...—¿Qué hacemos? —murmuró el médico a mi lado, despavorido.

—Mejor irnos —dije, obligando a agacharse al Bocha, que se empeñaba en asomarse por sobre las cortaderas para ver mejor—. Los hombres robots vencerán de todas maneras... Aunque éstos sean rechazados, vendrán muchos más...

—No...

El médico meneó la cabeza. Su rostro era de facciones pequeñas y había ahora una rara nobleza en él. Recordé, no sé por qué, a un profesor de anatomía que había tenido hace mucho tiempo, en el Nacional.

—No puedo irme... —el médico se incorporó—. Hago falta allí.

Y señaló el terraplén donde ya los hombres robots se encaramaban, baleando a quienes lo defendían mientras comenzaban a huir.

—¡Es inútil! ¡Los defensores ya están siendo vencidos! —lo tomé por el brazo y luchó por soltarse.

—¡Hago falta allí! ¡Déjeme!

—Olvídese de ese loco, doctor... Ya hizo demasiado por él...

Se me escapó con un violento arrancón y corrió por las cortaderas hacia el terraplén.

—No pienso en el "capitán" —alcanzó a gritar—. ¡Pienso en los heridos!

Me agaché, avergonzado.

Pero ya los hombres robots se atrincheraban en el terraplén, del lado del río, y lo usaban como parapeto para diezmar a balazos a los defensores.

El médico no dio siquiera veinte pasos.

Tres hombres robots lo vieron venir, dispararon: el doctor cayó como si le hubieran hecho un "tackle" bajo.

Volví a agacharme. Amelia temblaba a mi lado; el Bocha tenía lágrimas en los ojos pero, a la vez, apretaba con fuerza los puños. La sangre le hervía, quería pelear... "¿Cómo sería el padre?", me sorprendí pensando.

Gritos, balazos, allá en el campamento. Los hombres robots ya dominaban la situación, perseguían a los defensores. Muchos de éstos se rendían, tiraban las armas y alzaban los brazos.

—¡Vámonos! —ordené.

Y nos alejamos agazapados por entre las cortaderas



Avanzamos así durante varios minutos. Cruzamos zanjas, algún arroyo. Dolía pasar los pequeños puentes pintados por los dueños de las casitas, pintados para otros días, para otras vidas de un tiempo muy diferente... Tiempo sin "nevadas", tiempo sin Ellos, tiempo con vida en todas partes...

Los tiros se fueron apagando a lo lejos.

—¡Un bote! —y el Bocha me señaló un chinchorro islero, atado a la escalera de un muelle.

Había visto otras embarcaciones antes y no me había atrevido a detenerme porque quizá algún hombre robot nos seguía. Pero ya estábamos lejos. Nadie había notado nuestra fuga.

Subimos al chinchorro.

Tomé los remos, empecé a darle; la corriente era a favor. Traté de mantenernos junto a la orilla; los sauces nos ocultarían .Orillé un árbol caído a un costado del río. Apuré la remada. Allá lejos vi la lancha de los hombres robots que se apartaba de la costa.

¡Nos habían visto!

No tuve tiempo de dudar: la lancha viró, aceleró, se vino a gran velocidad. Aceleré la remada y oculté el bote al otro lado del árbol caído. Nos quedamos ahí.

—¿Por qué deja de remar? —Amelia, asustada, había visto también la lancha.

—Es inútil continuar, nos alcanzarían en seguida... Quiero ver si nos descubrieron o no...

No, no venían por nosotros. La lancha iba ahora a lo largo del juncal de la otra orilla. Varios hombres robots saltaron de pronto al agua, se hundieron hasta el pecho y vadearon con los fusiles en alto. Subieron a la orilla y pronto oímos tiros, tierra adentro.

—Están cazando fugitivos...

—Sigamos... —suplicó Amelia.

No le pude contestar porque la maleza, a mi lado, pareció explotar.

Dos hombres, con las ropas destrozadas y los rostros desencajados surgieron como fieras perseguidas, manotearon el chinchorro, casi lo tumban...

—¡No podemos llevarlos! ¡No hay lugar! —grité.

No me hicieron caso, Uno pasó la pierna, el bote se inclinó aún más y empezamos a hacer agua.

Levanté un pie y empujé. Le di en el pecho, cayó hacia atrás.

El otro trató también de subir, pero ya Amelia, con fuerte envión, apartaba el chinchorro del borde. El hombre midió mal la distancia y cayó al agua.

Bufaron los dos, bracearon desesperados hacia el bote.

Si trataban de subir, nos hundiríamos todos. Y allá lejos, volvía a tronar el motor de la lancha de los hombres robots, acercándose...

Una mano muy blanca, con mucho vello, se aferró a la borda.

Saqué un remo y golpeé, de punta, directamente a la cabeza. Le di de lleno, vi sangre en la sien del hombre antes de que se soltara y medio desapareciera bajo el agua. El otro ya se aferraba a la proa, pero no le di tiempo para más: alcé el remo y golpeé de nuevo, apoyando el golpe con todo el peso del cuerpo.

Se soltó; la corriente lo llevó.

—¡Vámonos! —Amelia estaba aterrada.

Pero no le hice caso. Por entre las ramas del árbol caído vi acercarse la lancha. Seguro que los hombres robots habían visto nuestra lucha y se venían a toda marcha.

—¡Abajo del bote! —ordené—. ¡Tenemos que volver a escapar!

Otra vez en tierra, metiéndonos éntrelas cortaderas. Con el motor de la lancha cada vez más fuerte en los oídos.

—¡Párense! —grité, tomando al Bocha por el brazo—. Nos esconderemos aquí, en esa zanja.

Ya la lancha debía de estar frente a nosotros.

Con el agua al pecho nos agazapamos en la zanja, medio nos incrustamos debajo de una espesura de hortensias y madreselvas.

La lancha se detuvo.

Dejamos de respirar. ¿Era posible que nos hubieran visto?

Voces, gritos, disparos...

Comprendí: habían visto a los dos hombres que se llevaba la corriente y pensarían que trataban de escapar a nado.

Terminaron los disparos, volvió a rugir el motor.

Me asomé con cuidado y respiré: la lancha se alejaba.

Seguimos escondidos un poco más hasta que el motor se oyó apenas.

—Sigamos tierra adentro —ordené—. Demasiado peligroso seguir por el río.

Bordeamos la zanja, cruzamos con gran trabajo una enorme espesura de madreselvas y zarzamora, salimos a los fondos de otro lote. Un naranjal, pomelos, un chalet más atrás. Pero no pudimos acercarnos. Algo me zumbó junto *a* la cabeza y una ramita cayó: la detonación de un rifle.

—¡Quietos! —una voz fuerte hizo eco al estampido.

Por fin lo vimos.

Un hombre grande, de rostro gordo, blando, sin afeitar. Vestía vaqueros; demasiado maduro para vestir así.

—A la casa —ordenó, apoyando las palabras con un movimiento enérgico del rifle, un Halcón calibre 22.

—¿Y si no vamos?

No sé por qué pero algo se me revelaba allá adentro. Estaba harto de que me manejaran...

—Te quemo, si no vienen... ¡Vamos, moviéndose! —insistió, ampliando aún más el movimiento con el rifle.

Eso lo perdió.

Apenas vi el rifle de costado me le abalancé. Conseguí aferrar el caño; lancé la cabeza hacia adelante y debí darle en el mentón, porque me dolió atrozmente.

Me enderecé, sin soltar el rifle. Tampoco él lo soltó. Sentí el puño golpeándome en las costillas, otro golpe a la cabeza.

No sé bien lo que hice: debí soltar el rifle, porque estoy seguro de que le pegué con la derecha, un golpe corto, furioso, que lo calzó bajo el oído. Vaciló, se me prendió, quiso abrazarse; le sacudí al estómago, erré un par de golpes en el *afán* de terminarlo. Cayó a un lado, me arrastró consigo, rompimos algo que debió ser un rosal porque pinchaba, me hundí.

Luchábamos en el borde de una zanja.

No sé dónde estaba el rifle; él se agachó, buscando algo, y se enderezó de pronto armado con una navaja.

El acero terminó de enceguecerme: lo tomé por la muñeca, golpeé y golpeé. Pero siguió forcejeando, no podía acertarle ningún golpe de "knock out" y me estaba cansando: cada vez me era más difícil sujetarle la mano armada. Le hice una zancadilla mientras le sujetaba el cuello y terminamos de caer los dos en la zanja, yo encima.

No me levanté, seguí apretando, no le dejé sacar la cabeza del agua...

Forcejeó, convulso, manoteó ya sin la navaja, pero no lo solté.

Hasta que dejó de moverse.

Me enderecé. Quedó flotando con la camisa a rayas rota a lo largo de la espalda.

"Otra muerte más", pensé "¿Qué me está pasando? Me estoy convirtiendo en una fiera.."

Pero no era tiempo para reflexiones absurdas.

Sin embargo Amelia y el Bocha me miraban con ojos agrandados. También ellos, seguro, estaban pensando lo mismo que yo: ¿con qué fiera andaban?

Recordé que en realidad también ella tenía una muerte. Aunque aquello había sido diferente: no había matado como yo, tan de a poco. Es distinto matar de un balazo que matar con las propias manos...

Sacudí la cabeza.

—Vámonos a la casa —ordené—. Pueden vernos los hombres robots desde el río.

Me siguieron.

Una casita blanca moderna, una galería con enrejado de madera verde, un cartel muy pintado: "Las Hortensias".

—Tengo hambre —dijo el Bocha apenas entramos en el comedor, un cuarto grande y casi vacío de muebles.

—También yo —y traté de sonreír.

Pero no había nada en el aparador. Ni platos, ni vasos: nada.

—Mejor se quedan aquí, ustedes dos —dije—. Trataré de buscarles algo para comer. Seguro que algo encontraré. Descansen, que les hace falta, y traten de no asomarse.

No me contestaron, pero obedecieron y se sentaron.—Lo esperaremos —dijo Amelia.

Pero seguro que se estaba acordando del otro hombre, el que "coleccionaba muertos en la zanja". Y yo ya tenía uno en mi haber... ¿Le resultaría como el otro?

Quise preguntarle qué pensaba, pero me contuve. Total, ¿para qué?

Salí, busqué el rifle Halcón y tomé por un sendero que supuse llevaría a lo largo de los lotes. Tuve que pasar junto a la zanja. Allí seguía la espalda con la camisa a rayas, rota.

Seguí de largo.

Una plantación de álamos, talados hacia poco; una cerca de ligustros mal cortados, un montón de cajones rotos, casi negros de tan podridos. Viejos letreros rotos de Coca Cola y La Superiora. Y botellas. Una enorme cantidad de botellas...

"La espalda de un almacén", pensé.

Sí, era un almacén; allí se alzaba la vieja construcción de barro blanqueado y techo de paja. Uno de los pilotes estaba torcido y toda la casa se ladeaba un poco.

"Puede haber gente. Debo andar con cuidado".

Me acerqué por atrás, procurando no hacer ruido. Un barril. Me subí y llegué a la ventana. Empujé: estaba abierta.

"Tengo suerte", sonreí. Era, sí, un almacén islero con las estanterías llenas de cosas. Busqué una bolsa en la penumbra. "A ver qué llevo. No debo cargarme con cosas inútiles. Para empezar..."

La puerta se abrió de un golpe.

Dos hombres armados, de rostros torvos, me apuntaban.

Podían ser isleros. O podían ser los dueños del almacén o...

Hubo dos fogonazos. Algo me golpeó en la camisa. Me agaché y me hice a un lado, tratando de evitar los disparos; caí entre un montón de latas de conserva, a un lado del mostrador.

—Le erré—dijo uno, dando un salto hacia adelante.

Alcanzó a tirar otra vez pero con demasiado apuro: el fogonazo me encegueció. Sin embargo yo también pude disparar. Mi fogonazo lo iluminó y vi, neto, el agujero de la bala en la campera negra, en medio del pecho.

Se encogió, cayó hacia adelante.

El otro quizá chocó contra él. O quiso flanquearme o no supo dónde había caído yo. No lo sé: de pronto lo vi tropezar y sentí que un par de sacos de yerba se deslizaban sobre mí.

Semicaído, quise incorporarme. Vi un tobillo, más allá de los sacos; manoteé, y lo hice caer a la vez que apretaba el gatillo del rifle.

Pero le erré y medio se me cayó encima. Nos dimos un cabezazo. Me encontré tratando de que no me apretara el cuello.

Vio que no me podría estrangular porque me había agarrado mal y quiso pegarme. Aproveché para torcer el cuello, zafándome.

Entonces se tiró al otro lado. Me sorprendió el movimiento pero lo comprendí en seguida: estaba manoteando el cuchillo que el otro tenía en la cintura.

Me tiré sobre él antes de que terminara de aferrarlo, se lo hice caer, y volvimos a forcejear, sin golpes netos, los dos jadeando como desesperados, tratando de llegar hasta el arma.

Otra vez la astucia de animal salvaje. No sé cómo se me ocurrió pero apenas tuve la idea la ejecuté: lo dejé estirar la mano hasta el cuchillo y entonces le tomé el brazo estirado; hice fuerza con mi otra mano debajo de su codo y le retorcí el brazo a la espalda. Seguí haciendo

fuerza hasta que gritó de dolor. Otro esfuerzo más, con todo el cuerpo como resorte, y sentí que le zafaba la articulación del hombro. Dio un grito.

Lo vi vencido y lo solté, agotado por el tremendo esfuerzo. Pero, con el hombro dislocado y todo, volvió a manotear el cuchillo.

Entonces me abalancé sobre él, le pegué tras la oreja y de pronto me sorprendí ya con el cuchillo en la mano, ya clavándoselo hasta el mango en la espalda.

Me levanté, aterrado.

Lo había muerto.

Igual que al otro.

Igual que al anterior, al que ahogara en la zanja.

Tres muertos, en cuestión de minutos.

La mujer y el Bocha.

Suerte que los tenía a ellos para pensar. No sé dónde encontré la bolsa, pero la cargué con cuanta cosa pude, hasta que ya no cabía más.

Me eché la bolsa al hombro, salí de la casa.

Un puente sobre el arroyo, una lancha mal cubierta con lona.

Miré: era una "cris-craft" moderna. El motor relucía, había estopa sucia de aceite, herramientas; comprendí que los dos hombres la habían estado acondicionando cuando yo llegué.

"Nos vendría bien para seguir huyendo", pensé.

Con la bolsa al hombro volví de prisa a la casa donde habían quedado Amelia y el Bocha.

Subí la escalera.

Pero no abrí en seguida la puerta.

"No les contaré lo que pasó en el almacén... No entenderían... Pensarían demasiado mal de mí".

Abrí, entré.

Quedé clavado en el umbral.

El cuarto estaba vacío. Vacíos también los dos dormitorios.

Amelia y el Bocha habían desaparecido.

"Quizá creyeron que no volvería... Se cansaron de esperar... Quizá se los llevó algún otro... Quizá vinieron los hombres robots en mi ausencia..."

Pensé esperarlos, pero, no sé por qué, yo sabía que la separación era definitiva: habían aparecido de pronto en mi camino, y ahora, de pronto también, desaparecían...

Y yo sin saber siquiera quiénes eran... Salí de la casa, me hundí en un pajonal. Abrí una lata de sardinas. La devoré... "Como un animal, ocultándome en la espesura". Me estremeció lo exacto de la comparación: sí, me estaba convirtiendo en un animal...

Comí, devoré las conservas, y después, agazapado, mirando con recelo a cada paso, troté de vuelta hacia la casa donde había matado a los dos hombres.

No me acerqué al destartalado almacén. Fui directamente hasta el zanjón donde poco antes viera la lancha.

Ella sí estaba allí todavía, tapada a medias por una lona.

Hice un rápido inventario: nafta, agua, aceite... Había cantidad de todo. Los dos hombres la habían estado equipando para un largo viaje. Latas de conserva para por lo menos quince días; dos rifles, uno de calibre 44... Sumados al winchester que ya tenía era un

armamento más que formidable para un hombre solo. Había cajas de proyectiles como para sostener todo un combate.

Puse en marcha el motor. Me costó: era un "krisler" último modelo, algo raro para mí. Por suerte el agua estaba alta y lentamente fui moviéndome por el zanjón.

Y salí al río.

Aceleré, tomé hacia el norte.



"Rosario fue arrasada por la nevada" me habían dicho poco antes. "Pero más al norte alguna ciudad tiene que haberse salvado: Paraná, quizá, o Santa Fe" pensé." No es posible que todos los lugares estén dominados por los Ellos. En algún sitio habrá una radio que funcione, podré saber lo que pasa en el mundo..."

Navegar hacia el norte era alejarse definitivamente de Elena, de Martita. Pero ya sabía yo hasta qué punto era un suicidio intentar hacer algo solo, por mi cuenta. Mi única oportunidad de volver a verlas alguna vez era unirme a quienes combatían contra los Ellos; si al final la Tierra triunfaba, era posible que nos reuniéramos de nuevo. Si la Tierra era derrotada, ¿qué importaba ya nada entonces? Yo estaría muerto o, lo que era lo mismo, convertido en un hombre robot como Favalli, como Franco, como Mosca...

Pero no tuve mucho tiempo para pensar en planes: no llevaba más de cinco o diez minutos de navegar a unos cincuenta kilómetros por hora cuando, al doblar un codo del río, vi una lancha colectiva detenida junto a un muelle. Hombres armados se estaban embarcando en la lancha. Me bastó un vistazo para saber quiénes eran: hombres robots.

La lancha pareció saltar; se despegó del muelle y viró hacia mí.

Pero yo no la esperé y aceleré a fondo; no me alarmé demasiado porque la mía era mucho más veloz que una lancha colectiva.

Pero hubo chisporroteo de fogonazos en el flanco de la lancha, algo como insectos furiosos silbó en el aire y sentí dos o tres chicotazos contra el casco: me estaban baleando.

Un golpe de volante a la derecha, otro a la izquierda, hice un rápido zigzag y aceleré aún más. En el siguiente recodo los había perdido de vista.

Seguí a velocidad máxima. Otro recodo. Me metí por el primer brazo lateral que encontré y por fin reduje un poco la velocidad: tenía combustible de sobra pero mejor no derrocharlo, no podía adivinar cuántas carreras como aquélla me esperaban todavía...

Continué navegando, bien alerta, mirando constantemente a los lados y hacia atrás.

Y de pronto lo vi.

Apareció sobre los álamos de una isla, como si los saltara por encima con tremendo impulso.

Un avión Corsair, de los usados por la marina.

Se vino en línea recta hacia mí, volando cada vez más bajo.

El instinto me hizo virar, apartándome. Por suerte allí el río era muy ancho.

Dos destellos en las alas del aparato y dos cohetes que pasaron junto a la lancha: uno estalló en el agua, el otro rebotó y se perdió no sé dónde.

Como un trueno, el avión me pasó por encima, hizo un viraje cerrado y en seguida lo tuve otra vez atacándome, ahora por la proa...Nuevos destellos en las alas, pero ahora era el inconfundible chisporrotear de las ametralladoras. Hice otro zigzag a tiempo. Hubo latigazos furiosos en un costado de la lancha, vi hervir el agua...

Otra vez el trueno indescriptible pasándome por encima: creí que me abrasaría el chorro de fuego...

"Si no pierdo la cabeza puedo torearlo..", pensé. "Todo consiste en maniobrar la lancha en el último instante, cuando empieza a disparar... Suerte que la lancha es agilísima..."

Pero no me dio nueva oportunidad de seguir probando mis habilidades: con la misma presteza con que apareciera se perdió allá en el fondo, tras un monte de casuarinas.

No lo vi más. El río y la tarde siguieron calmos, llenos de sol, como si nunca la muerte hubiera bajado del cielo buscándome...

Pero estuve lejos de sentirme aliviado: el ataque del Corsair demostraba que los hombres robots —o mejor dicho los Ellos que los dirigían—, estaban estrechamente ligados entre sí por comunicaciones radiales. La lancha colectiva había avisado mi fuga y en seguida habían lanzado un avión en mi persecución...

Viendo la inutilidad del ataque aéreo, ¿con qué se vendrían ahora?

"O mucho me equivoco, o aquí termina mi investigación... Si me atacan con aviones, no podré eludirlos indefinidamente... Lo mejor será dejar la lancha en la costa y seguir escapando por tierra..."

Sí, quizá era eso lo que tendría que hacer. Aunque seguir por tierra significaría tardar semanas, afrontando quien sabe qué penurias y peligros para recorrer lo que, con la lancha, me insumiría no más de dos o tres días...

Antes de que lo hubiera resuelto, ellos mismos dieron un corte al problema, cuando otra vez apareció algo por encima délos árboles... Algo que volaba muy bajo, que casi tocó con las ruedas los sauces de la orilla, que se me vino con las palas girando lentamente: un helicóptero.

"Claro", pensé mientras volvía a acelerar a fondo. "Se dieron cuenta de que un Corsair es demasiado rápido... Con un aparato lento como el helicóptero podrán cazarme sin mayor problema..."

Mi lancha era velocísima: el helicóptero aceleró también pero le costó mucho ir descontando la ventaja que le llevaba.

Pero no me hice ilusiones porque poco a poco los tenía cada vez más cerca. Y en la "ampolla" entreví la silueta de tres hombres. Uno de ellos tenía un arma grande, un fusil ametralladora por lo menos...

"Siguen acercándose. Es inútil, no tengo más velocidad. Por más que maniobre, por más que zigzaguee, por más que traté de eludirlos, les será muy sencillo acribillarme... No hay caso: ahora sí que tengo que embicar la lancha... ¡Y pronto!"

La lancha, lanzada a toda velocidad, planeaba casi enteramente sobre el agua. Los árboles de las orillas huían, eran una sola franja verde, y de pronto daba lo mismo torcer a la derecha o a la izquierda.

Como un absurdo halcón que se precipita ya sobre su presa, el helicóptero se me venía encima; pronto empezarían a buscarme las ráfagas del fusil ametrallador.

"A la izquierda".

Tomé la decisión pero no alcancé a virar.

Con un arrancón violento, torciendo de pronto el rumbo, el helicóptero pareció saltar hacia adelante y a un lado: muy inclinado por un momento, pareció zambullirse entre los árboles. Antes de que me diera cuenta de nada ya no lo veía más...

Aturdido, sin saber aún bien lo que pasaba, mantuve el rumbo por un tiempo; poco a poco fui reduciendo la velocidad cuando se me hizo certeza que el helicóptero, vaya uno a saber por qué, había abandonado de pronto la persecución.

"Quizá se le acabó el combustible... Quizá recibió orden de atacar algún blanco más importante..."

Pero tampoco entonces pude reflexionar mucho: el río se ensanchó de pronto y cuando quise acordarme me encontré en la inmensa llanura líquida del río Paraná. Había algo de neblina y apenas si se alcanzaba a ver la orilla opuesta.

"¡Ahora sí que puedo escapar! Cruzaré lo más rápido que pueda y tomaré rumbo al norte pegado a la orilla opuesta... Ellos no podrán saber para dónde fui, si para el norte o para el sur... Pero..."

Había hecho mal en entregarme al optimismo. Ahora las veía: como si hubieren estado esperándome a los lados del río, dos lanchas colectivas me cerraban el paso, y un crucero blanco, de líneas aerodinámicas, se apartaba ya de una orilla y maniobraba como para impedirme escapar por aquel lado... En los tres barcos vi hombres robots, todos armados... A un lado del crucero blanco dos de ellos me apuntaban con una ametralladora liviana.

No vacilé un instante: imprimí al volante un giro rapidísimo. Creo que jamás lancha alguna viró con tanta presteza. Acelerando a fondo, volví a meterme en el río de donde viniera.

Pero no había terminado de enderezar la lancha cuando el pulso se me detuvo: a velocidad fantástica, desde el fondo del río, se me venía algo que por un instante creí que era un gran cohete.

Era un Sabré, un jet de modelo desconocido para mí, de alas pequeñas, que de pronto estaba en mi camino y ya tronaba a mis espaldas... Ni tiempo me dio casi de asustarme, de esperar el disparo de los cohetes...

Me volví y una detonación violentísima me sacudió, creí por un momento que me había lanzado una bomba.

"Tranquilo, Juan, tranquilo... No es más que el estampido causado al romper la barrera del sonido... "

Sí, no había disparado bomba alguna, yo seguía entero, el motor de la lancha funcionaba normalmente. Pero, entonces: ¿qué hacía ahora el jet?

Allá lo vi, sobre el Paraná, cómo daba un viraje cerrado, bajaba a ras del agua y se ponía en posición para buscarme... Un potente, ultramoderno, agilísimo caza a chorro...

Pero no pude pensar siquiera si podría escaparle o no. En el momento siguiente el jet ponía proa hacia el crucero blanco, algo fulguraba en sus alas y una explosión desintegraba literalmente al barco. Otra rapidísima evolución, algo así como un salto de costado, y el jet apuntaba ahora hacia una de las lanchas colectivas. Nuevos destellos. Otra explosión partió en dos a la lancha.

No pude asistir al destino de la otra, pero no me quedó duda alguna al oír una nueva explosión y ver la llamarada más allá de los árboles.

Quedé perplejo, mucho más que cuando viera aparecer el Sabré ¿Era posible que los hombres robots se pelearan entre sí?¿Era posible que, de pronto el piloto del jet hubiera decidido ayudarme?

"No... se habrá equivocado... Seguro que ahora me vuela a mí también..."

Sin embargo, no lo vi más. Por un momento lo entreví volando a ras del agua sobre el Paraná pero en seguida la costa del brazo donde yo estaba me impidió seguir viéndolo.

Quedé solo, con la lancha en medio del río y el motor ronroneando en punto muerto...

"Quizá haya sobrevivientes" pensé por un momento. Pero, ¿de qué me valdría buscarlos? Sería exponerme a un riesgo que nadie podría apreciar... Además, ¿qué diferencia había para un hombre robot entre la vida y la muerte?

Hubo un movimiento raro, entre los árboles, allá, a mi derecha. Movimiento giratorio, palas de helicóptero...

¡Sí! Volvía el helicóptero.

Iba a acelerar cuando algo me paralizó el brazo: desde la "ampolla" del helicóptero, una mano agitaba un trapo blanco...

Quedé aturdido, sin saber qué hacer. ¿Se rendía?¿Trataba de demostrarme amistad?¿Sería acaso el helicóptero el que había traído en mi ayuda al Sabré?

Entre tanto, el helicóptero seguía acercándose, ya lo tenía prácticamente encima.

¿Y si era una trampa?

Podían acribillarme cuando quisieran con el fusil ametralladora...

El helicóptero bajó aún más y, de pronto, vi a uno de los hombres... ¿Cómo no lo había reconocido antes?

Miré, volví a mirar y por un largo instante seguí mirando, resistiéndome a creerlo.

Era como si una pesadilla se repitiera, como si de pronto me volviera una imagen soñada tiempo atrás.

Pero inútil resistirme: allí estaba. Sí, allí estaba, mirándome desde los anteojos gruesos, de armazón negro. El rostro ancho, cuadrado, el infaltable pulóver, la barba recia de varios días que ocultaba mal una semisonrisa.

¡Era él, sí, él!

Favalli.

El loco impulso de alegría al reconocerle se me congeló al instante de nacer. Recordé:

"Favalli, y con él todos los demás, fueron capturados por los Ellos... Los Ellos le insertaron en la nuca el dispositivo de telecomando... Favalli, junto con todos los otros, fue convertido en un hombre robot. Favalli ya no es más Favalli, mi amigo de siempre... Favalli es un autómata que obedece órdenes impartidas desde la distancia... ¡Favalli es un soldado más del enemigo!"

Con ojos que presentían ya el horror, traté de ver las nucas de Favalli y de sus dos compañeros...

Sólo alcancé a ver la de uno de ellos, un hombre de expresión triste y mandíbula maciza, que por un momento se volvió para mirar hacia el fondo del río.

Contuve el aliento.

¡No, aquél no era un hombre robot! No tenía en la nuca el siniestro aparato que delataba a los hombres robots…



Todo esto que tardo tanto en contar transcurrió en no más de una fracción de segundo. Favalli, que piloteaba el helicóptero, dijo algo al otro compañero, un hombre viejo, de cabello y barba blanquecinos, con ojos grises de mirar terroso. Entonces el hombre me arrojó una escala de cuerdas, sin dejar—no sé cómo se las arregló— de tener lista la metralleta por lo que pudiera suceder…

Era evidente que ellos no se fiaban de mí como se fiaba Favalli…

Tomé la escala, hice un esfuerzo, empecé a trepar. Al principio me costó porque se movía mucho, pero en seguida le encontré la vuelta y subí sin dificultad. Ni se me ocurrió mirar la lancha, que seguía a la deriva, ni se me ocurrió pensar que abandonaba los rifles, que me entregaba inerme, sin ofrecer resistencia. Pero, ¿por qué habría de pensar en la necesidad de alguna precaución?¿Acaso no estaba allí Favalli? Si sus compañeros no eran hombres robots, tampoco él podía serlo…

Alcancé por fin el aparato y me ayudaron a subir. La aprehensión anterior me duraba todavía. Lo primero que hice fue mirar las cabezas de Favalli y del otro hombre. Respiré, aliviado: no, tampoco ellos tenían el telecomando.

Me senté junto a Favalli que me palmeó en el hombro, pero en seguida volvió a ocuparse del manejo del helicóptero. Lo miré extrañado: era tan inesperado aquel encuentro, era tanto lo que había ocurrido desde la última vez que nos viéramos, habían sido tan atroces las circunstancias en que nos habíamos separado__

Pero, ¿cómo era posible tamaña indiferencia?

Acaso__

Pero no. Volví a cerciorarme. Favalli no tenía aparato alguno en la nuca__

"Debe de estar cansado, muy cansado… ¿Y quién no lo está? ¡Es tanto lo que ha pasado!… ¿Qué puedo saber yo de sus experiencias como hombre robot?¿Qué puedo saber yo de lo que pasó hasta poder liberarse del telecomando?"

—¿Y los otros, Fava? ¿Qué fue de los otros? ¿También se liberaron? —Favalli me miró con ojos ausentes.

Fue una mirada fugaz, cenicienta. Después volvió a ocuparse de los controles de la máquina:

—Perdona si no te contesté, Juan. Pero estamos en guerra… Ya lo sabes, el peligro acecha por todas partes… Estamos en guerra… No debo distraerme…

Lo miré espantado. No, aquél no era Favalli, el amigo de siempre, el hombre calmo, seguro de sí aun en medio de las más difíciles emergencias; aquel no era el hombre que tanto hiciera para que pudiéramos superar aquellos primeros terribles momentos cuando empezó la nevada mortal...

—Fava... Fava... —Como en otros tiempos, lo palmeé en la espalda, aproveché para tomarlo por el cuello, para palparle la nuca... Pero no, sólo encontré un pequeño círculo de cicatrices..."Ahora sí que no me quedan dudas. Favalli no es un hombre robot. Sí me parece otro hombre, sí lo encuentro increíblemente cambiado, tiene que ser por la fatiga, por el desgaste do tanta tragedia... ¡Quién sabe cómo me encuentra él a mí! ¡Quién sabe la impresión que le debo causar yo!... ¿Cómo puedo imaginar las huellas que han dejado sobre mí mismo las muertes que tuve que hacer? ¿Qué puedo saber yo cuántos terrores, cuántas agonías vivió Favalli desde la última vez que lo vi junto con los otros, marchando con los demás hombres robots, obedeciendo las órdenes silenciosas pero ineludibles de algún Ello?"

El helicóptero, siempre a baja altura, volaba ahora a lo largo del río: a los lados veía las masas de verduras, por allá espejaba el agua de algún otro brazo.

—¿Cómo hiciste para liberarte, Favalli? —tuve necesidad de volver a hablar, de romper aquel cerco de mutismo que nos separaba. Nos habíamos encontrado y, a la vez, seguíamos sin encontrarnos...

—Hay cosas de las cuales es mejor no hablar, Juan... —Favalli siguió mirando hacia adelante, prestando atención excesiva a la maniobra del vuelo. Como para quitarme las ganas de preguntar, agregó, señalando con el pulgar—: Este que está atrás se llama Galíndez. El otro se llama Volpi.

Los miré de reojo. Apenas si el llamado Volpi, el hombre de la mandíbula cuadrada, intentó una débil sonrisa. El y Galíndez, el más viejo, siguieron mirando hacia abajo, hacia el río, lo mismo que Favalli, con desesperada atención.

—No te distraigas, Fava...—Volpi habló con voz gruesa—. No te distraigas, ya sabes lo que pasa si lo haces...

—¿Qué es lo que pasa?

Pero ninguno oyó mi pregunta. Con maniobra violenta, Favalli hizo inclinar el helicóptero, acelerando a la vez con inesperada agilidad. La pequeña máquina cambió de rumbo: por un momento volamos sobre un largo y regular naranjal, en seguida estuvimos sobre otro ancho río, casi igual al Capitán.

—Allí... —Volpi señaló a un lado, hacia abajo.

Doblando un recodo, lanzado a toda velocidad, apareció un moderno crucero de paseo, de líneas aerodinámicas; alcancé a ver dos hombres a popa y debía haber más en la cabina. Era un crucero velocísimo, "planeaba" con estupenda facilidad.

Otro viraje de Favalli, el helicóptero fue hacia el crucero.

—Listos para tirarles —la voz de Favalli sonó opaca , como si aquella fuera una orden dicha muchas veces antes...

Me esforcé por mirar: ¿por qué los atacábamos?

—¿Son hombres robots?

Ninguno me contestó: abriendo paneles de la cobertura de plexiglás, Volpi y Galíndez apuntaban ya hacia abajo con las metralletas.

No, no pude ver las nucas de los tripulantes del crucero: uno de ellos levantaba ya un winchester; el otro sacaba una Pam de debajo de una lona y también nos encañonaba.

Restalló la metralleta de Volpi. Vi una hilera de puntos negros en el techo de la cabina del crucero. Como si fuera un animal al que le tocan un nervio vital, el barco pareció saltar a un lado, tan brusco fue el viraje. Siguió navegando en zigzag, tratando de eludir nuestros disparos. Estaban usando la misma táctica que empleara yo hacia muy poco tiempo.

Volpi y Galíndez siguieron disparando hacia abajo. La cabina se llenó de humo acre. Favalli mantuvo firme el helicóptero. Reguló la velocidad para que siguiéramos encima del crucero, que continuaba lanzado en desesperada carrera.

Agujeros netos ahora en la cubierta de plexiglás. También era buena la puntería de los tripulantes del crucero.

Una ráfaga breve en la metralleta de Volpi y en seguida una palabrota. Tenía que cambiar el cargador. Galíndez siguió disparando, pero paró en seguida. Gruñó algo. Se apretó el hombro.

—¿Te dieron? —preguntó Volpi, cambiando el cargador de la metralleta con movimiento automático, sin mirar al compañero.

Más le preocupaba el crucero que la posible herida de Galíndez.

—No. Apenas un raspón. Creí que era más grave —Galíndez se miró por un momento la manga quemada de la campera; en seguida cambió el cargador.

Nuevas ráfagas; nuevos agujeros en la cabina; astillas que saltaban a popa; un humo azulado, blanquecino, envolviendo a los dos tripulantes que seguían disparando hacia nosotros. Rápidos chicotazos pasaron a mi lado: alguna ráfaga de la Pam que acertaba y atravesaba el piso del helicóptero.

Una explosión. Me pareció, por un instante, que la popa del crucero se partía en dos. Un fogonazo; en seguida una gran humareda; otra explosión; más humo; un núcleo rojo en el humo. El crucero desapareció por completo.

—¡Por fin! —con voz cansada, indiferente, Volpi se enderezó, miró hacia Favalli—. Le estalló la nafta.

No era necesario el dato. El crucero se detenía ya. No era más que una gran columna de humo. Por un momento, no pudimos ver nada. Era que Favalli, para cerciorarse, viraba, y nos metía directamente en medio déla humareda. Salimos y allá lo vimos, medio hundido, escorándose rápidamente, con fuego por todas partes.

Un hombre intentaba romper con desesperación el parabrisas delantero y trataba de salir. Las llamas parecieron buscarlo. Se agitó por un momento, en espasmo eléctrico. Quedó tumbado hacia adelante. No pude verlo bien. El humo volvió a entorpecerme la visual, pero juraría que no tenía en la nuca ningún aparato de telecomando.

Otra maniobra de Favalli y desapareció el río allá abajo. Ahora había una fila de casuarinas, en seguida un bañado, zanjas, un parque cuidado en torno a un pequeño chalet, otro brazo de río...

—¿Adonde vamos ahora? —pregunté.

—Ya veremos, Juan—. Favalli habló con voz pareja, sosegada, como si nunca hubiera vivido el breve combate con el crucero—. Lo que sé, es que el helicóptero resultó averiado. El motor de cola ratea algo. Habrá que arreglarlo en seguida, si se puede...

Volpi y Galíndez estaban ya sentados. Volvían a reponer los cargadores en la metralleta. Calmos —profesionales , diría—, como si su oficio de siempre hubiera sido cazar lanchas desde un helicóptero...

Pero no me horroricé demasiado. ¿Acaso yo mismo no tenía ya varias muertes en mi cuenta? A todo se habitúa uno: es tan fácil matar cuando la propia vida está dependiendo a cada instante de una ráfaga disparada desde una maleza, desde los cañones de un caza a chorro que aparece saltando por sobre los árboles; o del cuchillo de cualquier otro desesperado, a quien ya tampoco le importa nada una muerte más o menos...

"Está visto que no quieren que les pregunte nada. O, quizá, Favalli estará esperando a que quedemos solos, para poder explicarme... La presencia de Volpi y de Galíndez debe molestarle. ¡Eso tiene que ser! ¿Cómo no lo pensé antes?"

Me alivió pensar aquello. Recordé a los sobrevivientes de la isla, obedeciendo las órdenes de aquel extraño "capitán". Seguro de que Favalli había tenido que ingresar a un grupo análogo. Quién sabe en qué terror se asentaría el poder de su líder.

"No todo estará perdido, mientras haya grupos que resistan. Por supuesto que en pleno territorio dominado por los Ellos, los grupos de resistencia tendrán que ser, por fuerza, tan disciplinados e implacables como bandas de pistoleros. No hay mucho que elegir: también yo, dentro de poco, seré uno de ellos"...

Sauces llorones, allá abajo; algún muelle, un astillero con cascos viejos, un camino con un colectivo atravesado. Dejábamos ya las islas para volar sobre la costa. Quizá estábamos cerca ya de Campana, de Zarate. No reconocí el lugar ni pude verlo bien tampoco porque, con más brusquedad de la debida, Favalli hizo tocar tierra al helicóptero.

—Llegamos —favalli resopló—. Llévenlo a Juan. Yo me quedaré con el helicóptero. Tengo que ver lo que le pasa al motor de cola.

—Pero... —traté de oponerme.

Aquello retrasaba la posibilidad de explicarme a solas con Favalli, pero mi amigo ni me miró siquiera. Con expresión cansada pero resuelta, salió a tierra y nos dio la espalda. Sin perder un instante empezó a destornillar algo en la cola del helicóptero.

—¡Vamos! —Volpi me puso la mano en el hombro.

Lo miré. El y Galíndez, por un momento, me parecieron dos policías arrestándome:

—¡Vamos! —repitió.

La mano que se apoyaba en mi hombro, me empujó ahora. La otra mano acomodó la metralleta. No me apuntó, pero no era necesario: la energía del ademán me indicó que era mejor obedecer. Y sin tardanza...

Atrás quedó Favalli, ocupado con sus herramientas. Siguiendo a Volpi y seguido por Galíndez, tuve que avanzar a través del pastizal y los sauces.

"Si salto a un lado, puedo escapar. Galíndez está detrás mío; me soltará una ráfaga, seguro, pero con un poco de suerte puedo eludir los tiros... Pero, ¿qué sacaría con huir? Está visto que solo no puedo ir a ninguna parte. Mejor hacerme aceptar por el grupo. Ya habrá ocasión de hablar con Fava; ya me explicará él la situación; ya resolveremos juntos lo que nos conviene hacer".

El pastizal y los sauces dieron paso a un pajonal. Por un momento avanzamos a través de una angosta picada abierta entre colas de zorro mucho más altas que nosotros.

Pero las colas de zorro terminaron pronto. Nos encontramos ante un gran espacio abierto.

Contuve el aliento.

Nunca esperé encontrar aquello.

Una enorme estructura de acero, con algo de cañón, con ruedas en los lugares más inesperados, con diales, con remaches, con una cantidad de instrumentos y antenas como no vi jamás en ninguna revista de vulgarización técnica...

Había hombres armados en torno. Del otro lado del gigantesco aparato había una cabina improvisada con chapas de cinc: la absurda estructura parecía armada de prisa, con elementos reunidos de apuro, con lo primero que se pudo encontrar. Pero, a la vez, no sé porqué, daba la impresión de una potencia desconocida e incontenible. Aunque ni idea tenía yo de para qué servía, ni cómo funcionaba.

—¿Y eso? —me volví hacia Galíndez.

No sé si me contestó, porque no tuvo tiempo de hacerlo: en alguna parte sonó un silbato agudísimo, Fue como una señal que electrizó a todos, incluso a Volpi y a Galíndez. Unos corrieron hacia el aparato; otros se subieron a él, ocupando diferentes posiciones; otros más, con una rara sensación de espanto y de calma a la vez, señalaron a lo alto, algo hacia el oeste. Muy arriba, mucho más allá de los pocos cirros que blanqueaban el cielo, vi una finísima pero muy nítida línea luminosa, algo así como el trazo de una estrella errante pero claramente visible a pesar de que estábamos de día.

De horizonte a horizonte. La línea abarcaba el cielo todo. ¿Qué podría ser?

No había alcanzado a formularme siquiera el interrogante cuando, hacia el sur, en la dirección de la capital, hubo un brevísimo destello, muy fugaz pero de gran intensidad. Por un instante, los sauces, nosotros, el extraño aparato de acero y hasta los cirros allá arriba, fueron iluminados por un esplendor espectral, azulado.

Pero no pude mirar más. El suelo retumbó. Zumbidos. Ahogadas explosiones acompasadas hicieron vibrar la colosal armazón de acero. Los hombres se afanaban en torno a ella: movían diales, manivelas; los otros, los que habían ocupado sus puestos, también parecían entregados a una labor complicada y sincronizada. Los zumbidos crecieron en intensidad; cesó la trepidación del suelo; las explosiones se hicieron más fuertes, más regulares.

"¿Qué puede ser? El grupo de Favalli está mucho más preparado para la resistencia de lo que pensé. Un aparato así no se construye en un instante. Es posible que..."

No pude pensar más. Volpi señalaba algo hacia arriba, hacia el norte: allá, muy alto, más allá de los cirros, se encendía una mancha luminosa, cada vez más intensa. Era como si allá arriba se concentrasen los haces de varios reflectores.

Pero no, no eran reflectores: la mancha luminosa, allá en el cielo, era producida por el aparato que yo tenía adelante. Ahora lo veía bien: en el centro tenía algo que podía ser una lente, enorme y de contorno irregular. Algo irradiaba hacia lo alto, hasta producir en la estratosfera la sorprendente mancha luminosa.

Y seguían los zumbidos; seguían las explosiones... Dispositivos y motores desconocidos para mí generaban la energía necesaria para la irradiación, seguro__

Otra vez el zumbido agudísimo. Otra línea muy fina y muy luminosa, dibujándose, velocísima, hacia el Norte.

Pero esta vez no llegó de horizonte a horizonte: la línea se interrumpió en la mancha luminosa y no pasó de allí. Una luz cegadora pareció quemármelas pupilas. No vi ya nada: sólo una noche roja. Me dolió dentro de los ojos, como si me hubieran clavado dos puñales. Se me aflojaron las rodillas. Allí quedé, con la cara entre las manos, abatido por el dolor.

Pero no duró mucho: pronto se me alivió y me atreví a abrir los párpados. Poco a poco fui recuperando la visión normal.

No me atreví a mirar a lo largo, pero los zumbidos y las explosiones continuaban. Por dos veces más vi relampaguear contra el pasto una luz crudísima. Y oí truenos, muy vastos pero sofocados como por una enorme distancia.

Me animé a mirar en torno: a mi lado, Volpi y Galíndez estaban medio arrodillados esperando. Vi a los demás hombres armados en posiciones análogas. Era como si todos los que no tuvieran nada que ver con la operación del aparato debieran quedarse en posición de espera, aguardando nuevas órdenes.

Un silbato inesperado, simple, vulgar. Pareció el silbato de una fábrica a las siete y cuarto de la mañana, llamando a los obreros...

Cesaron los zumbidos. No hubo más explosiones. Comprendí que había pasado un peligro, que el aparato no volvería funcionar por un tiempo.

Y también con relampagueante claridad comprendí también otra cosa:

"Sé lo que son las líneas luminosas. Vinieron del norte. Proyectiles; quizá cohetes intercontinentales. Proyectiles disparados no por los Ellos, pues los Ellos están en el sur, en Buenos Aires. Son proyectiles dispararlos contra los Ellos... El aparato que tengo delante es parte de una barrera de intercepción. El primer proyectil consiguió pasar: quizá hizo impacto o quizá fue interceptado por alguna otra barrera. Pero los siguientes fueron destruidos en pleno vuelo, interceptados por alguna irradiación que no conozco. Todo lo cual significa que Volpi, Galíndez, todos estos hombres, desde los que miran hasta los que manejan el aparato, luchan a favor de los Ellos... Sí, todos. ¡Y también Favalli! No tienen más los aparatos de telecomando. Quizá ya no los necesitan. Son ya hombres robots perfectos, que no precisan de dispositivo alguno para recibir las órdenes y obedecerlas".

Todo se me aclaraba. Desde la reticencia y el extraño comportamiento de Favalli, hasta el monstruoso instrumento aquel, concebido quién sabe por qué cerebro extra terrestre.

Y también se me aclaró el tremendo peligro que estaba corriendo. Como una oveja, me había dejado capturar. Me estaba dejando llevar, si no al matadero, al lugar donde yo también pronto sería uno más entre tantos, un hombre robot como Favalli, como Volpi, como Galíndez...

Otra vez sentí una mano en el hombro. Volpi, de nuevo, me empujaba hacia adelante. Volvía a ordenarme:

—¡Vamos!

Ni lo pensé: di un salto hacia atrás y doblado en dos me zambullí de cabeza entre las colas de zorro. Sentí que las hojas me tajeaban las manos, el rostro, pero seguí corriendo.

La descarga de una metralleta y después ruido de malezas: Volpi y Galíndez, y quizá alguno más, me perseguían.

Seguí corriendo, cayendo a veces, enredado por las cortaderas, levantándome en seguida, cambiando de rumbo como un conejo acosado por perros... Hasta que di con el pie

en un tronco y caí de bruces, golpeándome con fuerza contra el suelo. Sin aliento, quedé quieto un largo rato.

No más tiros. Pero sí ruido de malezas acercándose. Presté atención. El ruido no era tanto, después de todo...

"Son dos, no más... Deben ser Volpi y Galíndez. Si sigo corriendo terminarán por cazarme. Mejor los espero. Si pudiera quitarle a alguno la metralleta..."

Me acurruqué contra el tronco. Esperé.

Sí, eran sólo dos. Ahora podía distinguir bien los ruidos en el pastizal.

Y ya uno estuvo cerca; y ya se abrieron las cortaderas; y ya vi aparecer el rostro ensangrentado de Galíndez. Venía furioso, rechinando los dientes, como torturado por atroz desesperación. ¡Quién sabe qué latigazos estaba recibiendo para que me capturara!

Pero también yo estaba desesperado.

Me le abalancé, lo choqué de costado, le di con la frente en un lado de la cabeza y lo tumbé. Caí sobre él. Me repuse primero. Le manoteé la metralleta. Se la quité.

Una ráfaga.

Quedó quieto, como clavado contra el suelo...

Salté a un lado. Esperé. La metralleta lista...

Se abrió otra vez el pastizal. Apareció el rostro de Volpi, los ojos desorbitados. Vio a Galíndez. Trató de buscarme...

Pero yo ya estaba apretando el disparador. La ráfaga le dio en el cuerpo. Giró algo hacia atrás y se derrumbó.

En seguida estuve a su lado. Le quité la ametralladora; me la eché a la espalda; le saqué los cargadores del bolsillo y corrí escapando por entre el pastizal y los sauces...

No fui lejos. Allí, en el claro donde bajáramos, estalla el helicóptero, con Favalli, desconcertado, mirando en mi dirección. Lo habían alarmado, sin duda, los disparos.

Debió verme, porque de pronto tiró la herramienta que tenía en la mano y, con agilidad que nunca le imaginé, se metió en el helicóptero. Y antes de que yo atinara a nada, ya tenía la hélice mayor en marcha. Ya empezaba a ganar altura.

"¿Le tiro? No me sería difícil cazarlo. No puedo errarle desde aquí... Pero..."

Antes de que terminara de decidirme, ocurrió lo impensado. Quizá por error de maniobra, quizá porque el motor de cola todavía andaba mal, el helicóptero no terminó de rebasarlas copas de los árboles, se desplazó *a* un lado, tocó unas ramas, se ladeó y volvió a tocar el suelo...

No había terminado aún de asentarse cuando ya Favalli saltaba a tierra, ya se me venía a toda carrera como si hubiera recibido órdenes de capturarme de cualquier modo, sin medir los riesgos.

"Viene desarmado. Quizá pueda dominarlo sin tener que herirlo."

Dejé a un lado las metralletas. Me agaché porque ya se me abalanzaba.

Más pesado que yo, con mucha más fuerza, me castigó al cuerpo con golpes abiertos, me empujó y me tiró de un rodillazo.

Me dejé rodar, me incorporé y eludí una nueva embestida. Lo golpeé de izquierda, de derecha...

"Pelea mal; demasiado desesperado... No se cuida, sólo piensa en aplastarme...

No es difícil derrotar a un adversario así, aunque sea mucho más pesado..."

Contragolpeé al cuerpo, al rostro, al cuerpo, eludiendo sin dificultad sus tremendos manotazos y pude apuntar con comodidad un neto directo a la mandíbula. El golpe llegó justo y se derrumbó."¡Por fin!... Lo cargaré y me lo llevaré..." Busqué las metralletas, me las puse a la espalda, volví... Pero Favalli no estaba "knock-out": se puso de pie de un salto en sorpresiva reacción y echó a correr a toda velocidad hacia el helicóptero.

Desconcertado, tardé en reaccionar mientras ya estaba Favalli en el helicóptero, ya lo volvía a poner en marcha, ya remontaba vuelo otra vez...

No volvió a chocar. Hizo una breve evolución y hubo un centello en la cabina: chicotazos a mi alrededor. Comprendí que me estaba ametrallando. Salté a un lado, me escabullí entre los sauces, corrí a todo lo que me daban las piernas.

Allí estaba el río. Juncos, más sauces, pero ningún lugar bueno como para protegerme.

El motor del helicóptero aturdiéndome; casi no oía las ráfagas de la metralleta, pero seguro que me disparaba... Por fin, un tronco algo más grueso: me acurruqué contra él, sentí los proyectiles golpeando rabiosos...

"Imposible seguir... Me cazará de un modo u otro... Debo defenderme..."

El helicóptero me pasó encima, viró, siempre a muy baja altura. Buscaba una posición más favorable... Dejé el tronco, en un par de saltos estuve en otro pastizal junto a un sauce.

Me encaramé al horcón y afirmé la metralleta contra una rama.

Favalli me había perdido de vista, todavía me buscaba en torno al tronco anterior y pude apuntarle con calma. No disparé contra él sino contra el tanque de combustible...

El helicóptero vaciló, algo humeó en el costado, una explosión sorda, llamas...

Una caída oblicua, un ruido violento, una llamarada, una gran humareda. Corrí con el espanto atenazándome el pecho: no había pensado lograr tamaño efecto...

Un pequeño bulbo, arriba de la oreja.

Aparté el cabello, localicé un pequeño objeto metálico, algo muy parecido al dial de una radio...

Busqué en el otro lado de la cabeza. Encontré otro objeto igual.

"Han perfeccionado el dispositivo de telecomando: ya no necesitan los aparatos tan grandes y visibles, esos que injertaban al principio de la nuca de los prisioneros capturados para convertirlos en hombres robots. O, quizá, Favalli es ya un hombre robot de categoría superior y puede ser manejado por un dispositivo más simple, más pequeño..."

Favalli resopló, movió la cabeza de un lado al otro, manoteó con el brazo izquierdo.

"Está volviendo en sí. Tendría que golpearlo otra vez..."

Pensé en la reciente lucha. Pegarle a Favalli había sido lo mismo que pegarme a mí mismo. Y ahora, si reaccionaba, volveríamos a combatir. Y él no escatimaría esfuerzos para vencerme. Más que para vencerme, para matarme... Porque ésa era, no había por qué dudarlo, la orden que le habían impartido: matarme apenas me encontrara.

"Le arrancaré 'los botones' con que lo manejan... Pero... ¿y si le hago un daño irreparable?¿Y si lo mato al arrancárselos? Pero, si no se los arranco, Favalli seguirá siendo un hombre robot. Es decir, prácticamente un muerto. O peor que un muerto, porque seguiría sirviendo a los Ellos, seguiría luchando contra su propia especie, seguiría traicionando a los hombres. Seguiría asesinando. Incluso a mí..."

Me decidí.

Tomé los dos "botones" y tiré con fuerza hacia los lados. No cedieron, pero el cuerpo todo de Favalli se sacudió, como si hubiese recibido un golpe eléctrico. Abrió los ojos; la sacudida lo hacía reaccionar.

Parpadeó, miró sin verme, pero pronto estaría totalmente recuperado. Un momento más y estaríamos de nuevo trenzados en lucha.

Volví a tirar de los "botones", ahora con toda la fuerza de que era capaz.

Un quejido ronco y los "botones" se desprendieron. Un temblor espasmódico recorrió el cuerpo de mi amigo.

Pero al instante siguiente Favalli estaba exánime, los ojos se le cerraban y entreabría la boca.

—¡Lo maté! —grité espantado.

Pero no; en seguida la respiración se le hizo regular, las facciones se le distendieron, una curiosa paz, casi una sonrisa, le calmó el rostro.

"Duerme..."

Respiré aliviado. Lo había hecho.



Favalli no era ya más un hombre robot. Favalli volvería a ser el de siempre; con él a mi lado podría reanudar el viaje al norte, hacia la zona todavía no dominada por los Ellos.

Con él a mi lado volvería a intentar alguna vez la búsqueda de Elena, de Martita...

"Pero no podemos seguir así mucho tiempo más. Quisiera dejarlo descansar, pero debo despertarlo..."

Antes de que pudiera hacer nada, llegó el ruido.

Ruido de helicóptero, fuerte, casi encima de mí.

Me aplasté junto a Favalli y miré por entre los juncos.

Sí, otro helicóptero con cuatro hombres robots, todos armados con metralletas y pistolas.

El aparato descendió a un centenar de metros de donde estábamos.

No se había detenido aún el motor cuando ya los hombres robots saltaban a tierra.

"Van hacia el lugar donde yo estaba antes... Tendrán orden de reanudar la persecución desde el punto donde cayeron los hombres robots anteriores..."Uno de los cuatro era un viejo muy arrugado, de bombacha y alpargatas. Por unos instantes miró el suelo con ojos vivaces, luego señaló hacia la espesura y echó a andar con paso resuelto.

"Debe de ser un rastreador. Por lo que veo, están resueltos a todo con tal de que no me escape..."

Un momento más y los hombres robots, trotando detrás del viejo, desaparecían en la espesura.

Junto al aparato quedó uno como centinela. Un hombre de tricota, de cara colorada, rubio: un alemán, seguro.

"Si me demoro, seguro que el rastreador termina por encontrarme... No será mucho lo que podré hacer yo solo contra todos ellos. Si no aprovecho ahora, estaremos perdidos".

No vacilé. Muy agazapado, dejé a Favalli y casi a la rastra avancé hacia el centinela.

No hice ruido alguno: el peligro y la muerte me habían enseñado a moverme. O, acaso, el peligro y la muerte habían sacado de adentro de mí al hombre primitivo, al salvaje que duerme en todo ser humano.

Pero el centinela me oyó cuando todavía estaba a unos diez metros de distancia.

Quizá si no hubiera sido un hombre robot me habría podido balear con comodidad.

Pero reaccionó tarde, y aunque no quise dispararle para no atraer la atención de los otros, me dio tiempo para alcanzarlo con un furioso culatazo en el mentón. Cayó como fulminado, quedó inmóvil.

Miré al interior del helicóptero; era grande. Y no había ningún otro adentro.

"Si andamos rápido todavía podremos escapar", pensé mientras trotaba hacia donde dejara a Favalli.

Llegué en seguida.

Pero no lo encontré.

El espanto me petrificó.

Apenas había recuperado a Favalli, y ya lo perdía...Miré alrededor; vi juncos doblados...

"Seguro que fue por allí."

Me lancé a la carrera pero no anduve ni siquiera un par de metros.

Un brazo grande, fuerte, me frenó de pronto.

¡Favalli!

Casi al mismo tiempo algo me estalló en la mandíbula, vi luces, caí de espaldas.

Aturdido, tardé en reaccionar, hasta que sacudí la cabeza y sentí sus manos tanteándome ansiosamente la nuca, los lados del cráneo.

Lo miré. Pude por fin enfocar los ojos; y a desaparecía el efecto del puñetazo.

Me sonrió, aliviado.

—No tienes ningún telecomando... —habló como deslumbrado, como si le resultara un sueño comprobar que yo no era un hombre robot.

—Tampoco tú lo tienes. Yo te lo saqué.

—Adiviné que habías sido tú —los ojos se le nublaron; la experiencia pasada como hombre robot estaba demasiado fresca—. Desperté cuando te alejabas. Te vi atacar al hombre robot junto al helicóptero. Pensé que tú no podías ser un hombre robot pero quise estar seguro.

Sacudí otra vez la cabeza; sí, ya estaba del todo despejado.

Pero el peligro en que estábamos me golpeó como una ola.

—Pronto, Favalli... ¡Al helicóptero! No tenemos un segundo que perder... En cualquier momento los tendremos encima.

Me levanté y eché a correr hacia el helicóptero.

Favalli me siguió aunque el desconcierto se le pintaba claro en el rostro: él no conocía enteramente la situación.

El hombre robot noqueado por mí no se había movido. Le quité la metralleta, se la pasé a Favalli, y subí a la "burbuja" del helicóptero.

Favalli se sentó a mi lado.

—¡Pronto!¡Aparecerán en cualquier momento! ¿Qué esperas, Fava?

—Pero... —me miró sorprendido— ¡Si yo nunca manejé un cacharro de éstos! ¡Y tú bien lo sabes!

Quedé helado. Tampoco yo sabía manejar helicópteros... Pero él, Favalli, había piloteado el aparato que me persiguiera.

—Trata de acordarte... —lo apuré—. Nunca manejaste "antes", pero cuando eras hombre robot lo hiciste... ¡Y muy bien!

Cerró los ojos, se le arrugó la frente, una expresión dolorosa le endureció la boca. Dolía, sin duda, recordar.

Una conmoción, allá entre los juncos.

Los hombres robots que llegaban al lugar donde habíamos estado antes.

Un grito.

Nos habían visto.

Una descarga de metralla.

Vi los agujeros nítidos en el plexiglás.

Un rugido ensordecedor.

Favalli había puesto en marcha los motores, Favalli recordaba.

Más tiros.

Me agaché y apreté el disparador, sin apuntar, en la dirección general de los hombres robots.

Alzamos vuelo, por fin, pero no todo lo rápido que hubiera deseado.

Más balazos perforando el plexiglás.

Los vi venir corriendo por entre los juncos y seguí disparando; el viejo, el rastreador, tropezó con algo y cayó. O, quizá, alguno de mis proyectiles le alcanzó.

Ante una maniobra de Favalli, el helicóptero se torció, golpeó contra una rama; hubo otro sacudón y, por fin, ya ganábamos altura. No más nuevos agujeros en el plexiglás.

Desaparecieron allá abajo los hombres robots; sólo quedaron juncos, sauces, el agua del río...

—¿Y ahora?¿Para dónde vamos?

La voz de Favalli sonó lejana, muy cansada...

—Al norte, Fava... No sé si podremos ir muy lejos, todo depende del combustible. Pero allá, hacia el norte, están los que resisten a los Ellos... De aquel lado, al menos, vi venir cohetes a gran altura...

—Ya lo sé —asintió Favalli—. Cohetes intercontinentales que los Ellos interceptan sin mayor trabajo con el haz del "crucer".

—¿El "crucer"?

—Ahá... Así llaman al emisor de haces anticohetes. Un aparato sensacional. Me habría gustado verlo por dentro, pero no nos permitían acercarnos a menos de cinco metros...Tampoco se podía...

Al instante siguiente yo había quedado mirando al cielo: Favalli había hecho una maniobra violentísima; casi había dado vuelta al helicóptero.

Consiguió enderezarlo pero por el plexiglás vi cerca, demasiado cerca, ramas de araucaria.

—¿Qué haces? —grité.

No me contestó porque no hizo falta: allá, saltando a ras de los árboles, un "gloster" con las insignias de la marina se venía oblicuamente hacia nosotros.

Seguimos bajando; volvimos a cortar ramas.

Un riacho. Favalli casi acostó el helicóptero contra el agua y en un pantallazo, por entre los árboles, pasó el "gloster".

Favalli aceleró, pero sin subir. A todo lo que daba el helicóptero volamos siguiendo el curso del río.

—Están organizando la cacería.

Favalli ya se estaba percatando de cuanto ocurría. Huían las orillas a los lados. Era mucho lo que hubiera querido preguntar a Favalli, pero imposible distraerlo: el río se angostaba, era sinuoso: debía volar con cuidado máximo para que no termináramos estrellándonos contra algún sauzal.

Un par de lanchas, allá abajo; no pudimos ver si quienes las tripulaban eran hombres robots o no; íbamos demasiado rápido.

Siempre a ras del agua salimos por fin a un río grande; ni idea tengo de cuál sería porque ya estábamos en zona totalmente desconocida para mí.

El río aparecía extraño, totalmente vacío. Sólo entonces me di cuenta de hasta qué punto el ir y venir de vapores, de lanchones, de botes isleros era parte infaltable del paisaje del Delta.

Vimos allá abajo algún vapor encallado, escorado en ángulo imposible: quién sabe qué drama le había llevado hasta aquel fin.

Sobrevolamos un par de botes de club; iban a la deriva, vacíos.

De pronto, no más el río: sauces, inacabables plantaciones de álamos.

—¿Por qué dejamos el río, Fava?

—No creo que nos persigan hasta aquí, Juan...

¿Por qué lo habrá dicho?

Un estallido, hacia la cola del helicóptero.

Una explosión violentísima.

Me sentí lanzado hacia adelante y estrellé mi cabeza contra el plexiglás; al instante siguiente me vi cayendo entre ramas que se rompían, hojas, trozos de plexiglás, hierros retorcidos. Y ya estábamos en el suelo...

Antes de que intentara levantarme, la mano de Favalli me arrancó de entre los restos del helicóptero (pie empezaba a humear, anticipando el estallido de los tanques de combustible. Tropezando por entre cortaderas y madreselvas, Favalli me arrastró unos cuantos metros.

Un fogonazo, un estallido sordo y en seguida el rugir del incendio que devoraba el helicóptero.

—Hay que seguir—. Hubo urgencia desesperada en la voz de Favalli—. Con el incendio como señal, los que nos derribaron no tendrán dificultad en encontrarnos...

Me levanté: no tenía ningún hueso roto, aunque estaba cubierto de pequeños tajos y magulladoras, y ya corrí detrás de Favalli, que prácticamente se lanzaba de cabeza entre la espesura, como un toro embravecido.

No sé cuánto tiempo corrimos así. Por fin, chapoteamos en un pantano; el agua se hizo más y más profunda; había muchas achiras, sagitarias, totoras.

De pronto Favalli se detuvo y choqué contra él; los dos perdimos pie. Quedamos sentados en el fango, con el agua al pecho.

—¿Qué te pasó?—pregunté—. ¿Por qué te paraste?

No me contestó, pero abrió la boca como un pescado sacado fuera del agua: comprendí que había quedado sin aliento; simplemente por eso se había detenido.

—Tenemos que seguir corriendo —lo sacudí, hice un vano esfuerzo por ponerlo en pie—. Todavía estamos demasiado cerca del helicóptero.

Era cierto: por sobre los árboles, a menos de un par de cuadras, se alzaba ya muy alta la negra humareda del incendio. Por toda respuesta, Favalli me tiró del brazo; literalmente me hundió en el fango.

Saqué la cabeza del agua, quise resoplar enfurecido, pero la mano de Favalli me apretó la boca, impidiéndome respirar.

No me miraba: tenía los ojos, dilatados de terror, clavados en el otro extremo del pantano.

Me retorcí, zafé de posición aunque no de la mano de Favalli y miré yo también.

Pude verlos, al fin. Tres hombres en mangas de camisa, armados con carabinas cortas. Uno de ellos llevaba una especie de tubo macizo, pesado, pero lo manejaba con gran soltura.

Los tres avanzaron con paso ágil, moviéndose con rara eficiencia, casi sin hacer ruido. "Así avanzarían los mohicanos de Fenimoore Cooper" pensé absurdamente: uno asocia las cosas más extrañas en el momento menos oportuno...

—Una bazooka de nuevo tipo... —murmuró Favalli.

Aludía, seguro, al tubo macizo que llevaba uno de los hombres.

Pero ya los tres terminaban de pasar, mirando siempre a los lados. Nos buscaban a nosotros, sin duda.

Por fin, Favalli aflojó la mano con que me apretaba.

—¿Quiénes serían?—pregunté respirando con trabajo.

—No lo sé... No pude verles bien la cabeza, pero parecían hombres robots...

Nos miramos. Ninguno de los dos quería esperanzarse demasiado. Si no eran hombres robots, significaba que por fin una fuerza nueva, bien organizada, bien armada, estaba enfrentando a los Ellos.

—¿Habrán sido ellos quienes nos derribaron?

—Seguro. Nos tirarían con esa bazooka.

Una rama se quebró, inesperadamente cerca.

Volvimos a sumergirnos hasta la nariz, nos apretamos aún más entre las sagitarias. Pensé en un par de carpinchos heridos, guareciéndose en lo más intrincado del bañado...

El ruido se repitió, más cerca. Me apretó aún más contra los tallos verdes de la sagitaria, tuve la cara contra un manchón de huevos de caracol, los veo aún hoy con una nitidez sobrecogedora.

Más cerca, el ruido... Alguien venía a través del bañado.

—Estamos en su camino... Tropezará con nosotros...Pero no era uno solo. Por los nuevos ruidos que ahora sentíamos debían de ser varios...

Ya los temamos encima...Un golpe de agua me dio un bofetón y casi me tocaron al pasar a mi lado...

Un hombre muy semejante a los tres de poco antes. Y en seguida otro, y otro.

Iban en fila, mirando a los lados, también ellos buscándonos. No se les ocurrió que podíamos estar tan cerca; si se hubieran agachado nos habrían descubierto.

Las mismas ropas simples de los otros tres. Las mismas carabinas cortas, el mismo andar suelto, ágil, decidido y...

Me costó contener la exclamación.

El horror casi me hace gritar.

La nuca...

La nuca de los hombres que seguían pasando a nuestro lado, pisándonos casi: nucas con telecomandos... Nucas de hombres robots.

Seguimos inmóviles, sin respirar casi...

Hasta que pasaron todos, hasta buen rato después de que juncos y cortaderas quedaron quietos, hasta que no oímos más el chapoteo que se alejaba.

—Hombres robots de nuevo tipo... —murmuró Favalli—. Nunca vi hombres robots así... Se ve que éstos están muy bien adiestrados.

—La invasión estará formada por varios ejércitos... ¡Lo mismo que si fuera una invasión terrestre!

—Sí, eso debe ser. El que maneja a estos hombres robots debe de ser un experto, algo así como un militar de carrera...

Nos miramos, desalentados. En verdad, ¿qué importaban ahora las diferencias entre los varios tipos de hombres robots? ¿Qué cambiaba para nosotros?

—Tenemos que hacer algo —Favalli fue el primero que reaccionó—. Si siguen buscando terminarán por encontrarnos.—¿Se te ocurre algo?

—Sí... Vamos a explorar en la dirección contraria... Si desandamos el camino que los hombres robots siguieron hasta aquí terminaremos por llegar hasta el Ellos que los manda...

Adiviné el resto: localizado el Ellos que los mandaba, podríamos atacar, quizá vencer. Quizá apoderarnos de alguno de sus aviones...

Era una esperanza insensata, pero... ¿teníamos otra alternativa?

—Vamos —dije, moviéndome con trabajo.

Estaba aterido... Cortaderas, totoras, sagitarias... Con el agua a media pierna avanzamos por el bañado, temiendo, a cada paso, que se abriera de pronto el telón verde y nos topáramos con más hombres robots lanzados en nuestra persecución.

No fuimos lejos.

Una pequeña barranca, y allí terminaba el bañado. Una espesura de madreselvas y zarzas nos cerraba el paso. Pudimos franquearla con esfuerzo, dejando jirones de ropa.

Y de pronto, allí estaba: una vasta superficie pintada a manchones verdes y amarillos, estirada entre los árboles.

—Parece una lona camuflada —murmuré en un hilo de voz.

—Es una lona camuflada... Una tienda: mira los tiros —Favalli tenía la cabeza más fresca que yo, veía mejor las cosas.

Sí, era una tienda de campaña, baja.

Una antena metálica a un lado, camuflada con enredaderas. Desde arriba sería imposible ver nada.

—Vamos a...

Me interrumpí: algo se había movido, allí a la izquierda.

Un hombre. Un hombre robot igual a los anteriores, armado también con la infaltable carabina corla.—Un centinela... —murmuré.

—Sí... en la tienda es posible que esté el Ellos que manda a los hombres robots que nos buscan...

—No lo sé... Esa antena no se parece a las que vimos antes entre los Ellos...

—También estos hombres robots son diferentes a los otros.

Nos quedamos observando al centinela. Caminaba con cierto desgano. Claro, estaba en un puesto que podía considerarse de retaguardia y no tenía por qué mantenerse muy alerta.

El centinela fue hasta el extremo del claro, se volvió. Le vimos entonces, también a él, el telecomando plantado en la nuca.

Había que hacer algo; en cualquier momento podíamos tener encima a los hombres robots que regresaban del helicóptero incendiado. Contuve el aire en los pulmones:

—Espérame aquí —dije—. Yo me encargo del centinela.

En otro tiempo lo habría pensado mucho antes de atreverme así, pero ahora estaba acostumbrado a apostar todo, a apostarme a mí mismo en aquel desesperado juego: a la vida o a la muerte.

Esperé que el centinela se diera vuelta y me le acerqué con paso rápido; había pasto blando, no hice ruido alguno.

Lo golpeé con fuerza en la base del cuello y se le doblaron las rodillas. Busqué de repetir el golpe, pero se agachó en el último momento: le erré. Golpeé otra vez y ahora se echó para atrás: volví a errar. El me aferró de la muñeca, no soltó, me tiró del brazo... Me encontré cayendo de cabeza hacia adelante.

"Ju-Jitsu" pensé, tratando de reponerme.

Pero ya se me tiraba encima.

Quise revolverme y me sacudió con todo: creí que me arrancaba el cráneo. No sé cómo solté un brazo, traté de golpear , le di, no con mucha fuerza...

Me apartó la mano y tomó impulso para rematarme...

Al momento siguiente ya no estaba más allí: Favalli, con un tremendo golpe, me lo había sacado de encima.

Y ahí estaba el hombre robot, entre el pasto, totalmente nocaut.

Durante un largo instante estuvimos allí, inmóviles, agazapados contra el caído, mirando hacia la tienda.

Pero no, nadie salió: el ruido déla breve pelea había pasado inadvertido.

—¿Seguimos? —pregunté.

—Un momento... Si fuéramos tres podríamos hacer mucho más que si seguimos siendo dos...

—No te entiendo, Fava...

Mi amigo señaló al caído:

—Le arrancaré el telecomando, como tú lo hiciste conmigo... Será un nuevo compañero... Mostró que sabe pelear.

Mientras hablaba, Favalli dio vuelta al hombre robot, le tomó con fuerza el aparato insertado en la nuca...

Y tiró.

Salió con inesperada facilidad.

—Pero...

Era para no creerlo: el aparato de telecomando no tenía lengüeta alguna. Tampoco en la nuca del hombre había ninguna herida.

¡Estaba pegado! ¡Solamente pegado!

Miramos con más atención el pequeño aparato, nos miramos desconcertados.

— ¡Es un simulacro! ¡No es un aparato de telecomando! El hombre robot no es…

Algo se me incrustó entre los omóplatos.

Alguien, también detrás de Favalli, dominándolo…

Dos, cuatro, cinco hombres vestidos como los que viéramos en el bañado —quizás eran los mismos—, nos rodeaban, apuntándonos con las carabinas cortas, —No se muevan… Al menor movimiento en falso los acribillamos…

La energía de la expresión, la soltura con que manejaban la carabina, resultaron más convincentes que la amenaza de las palabras. Favalli y yo quedamos tal como nos encontraran, completamente congelados.

Uno de los hombres, que debía de ser el jefe aunque vestía igual a los otros, se me acercó y, con movimiento rápido, me pasó la mano por la nuca. En seguida me tanteó el cráneo, buscando con especial cuidado en los parietales. Me pareció que, por un instante, la sorpresa le redondeaba los ojos…

l)n momento después Favalli se veía sometido a la misma operación.

El hombre que nos revisara miró a otro algo más bajo, de rostro rechoncho pero vigoroso. No sé por qué me pareció que aquél sería el jefe de todos: rostro de párpados hinchados, ojos rasgados, duros… Tenía algo de indio.

—No tienen aparatos directores… —dijo el primer hombre con curioso acento extranjero. Me pareció estar oyendo a un locutor de noticiero cinematográfico.

El que parecía el jefe se adelantó y repitió el examen a que nos sometiera el otro. Una curiosa expresión, mezcla de alivio y de fastidio, le suavizó la dureza de poco antes, una cansada, inesperada sonrisa le plegó los labios delgados:

—La hicimos… —el hombre se volvió a los otros, que nos miraron con expresión desconcertada—. No son hombres robots. Son un par de pobres diablos que, vaya uno a saber cómo, lograron escapar de los Ellos… Bajen las armas.

La tensión aflojó, los hombres nos miraron con desencanto. De pronto habíamos dejado de interesarles.

—Tanto trabajo para nada… Y tanto tiempo perdido… —El jefe meneó la cabeza, alzando los hombros—. Habrá que volver a empezar.

Favalli, reaccionando por fin, lo encaró:

—¿Pueden explicarnos lo que ocurre? Nosotros no somos hombres robots… Tampoco lo son ustedes, aunque se han colocado simulacros de teledirectores… ¿Pueden decirnos por qué nos derribaron?

El jefe lo miró durante un largo instante a Favalli; luego me miró a mí. El resultado del estudio debió de ser favorable porque contestó:

—Sí, podemos decírselo: hemos venido hasta aquí justamente para capturar a dos o tres hombres robots. Para no atraer sospechas del enemigo nos pusimos en la nuca los aparatos teledirectores simulados… Cualesquiera que nos viera desde lejos —ésa fue la idea— nos confundiría con hombres robots.

—¿Para qué quieren capturar a dos o tres hombres robots?

—Para llevarlos a nuestra base. Hay allí expertos que los estudiarán. Sería de vital importancia si pudiéramos apoderarnos del secreto de los lelecomandos, si lográramos enterarnos délas órdenes que los Ellos transmiten a los hombres robots.

—¿"Nuestra base"? ¿Dónde está esa base? ¿Y de dónde vienen ustedes? ¿Ustedes no son de aquí?

Hubo ansia mal reprimida en la voz de Favalli: era tanto lo que deseábamos saber, podían ser tan importantes para nosotros las respuestas...



Pero el hombre se tomó su tiempo para contestar: volvió a mirarnos con ojos escrutadores, como si nos viera por primera vez. Sin duda estaba entrenado en la desconfianza, en no fiarse de nada ni de nadie. Por fin se alzó de hombros:

—¿Qué más da? De todos modos, hasta los perros saben ya dónde está nuestra base —murmuró como para sí mismo. En seguida agregó, mirando a Favalli—: Venimos de Dallas, Texas, Estados Unidos... Mi nombre es Timer, Bob Timer... Capitán Bob Timer.

—Favalli, Carlos...

—Salvo, Juan...

Mi amigo y yo nos presentamos. Quizá nos atropellamos al hacerlo: era demasiada la urgencia que teníamos por escuchar las explicaciones.

—El teniente Gustave...

El capitán Timer no tenía tanta prisa: tuvimos que presentarnos ahora al que primero nos tanteara el cráneo, un hombre de rostro como mal dibujado, con mandíbula excesiva.

—La invasión... ¿no llegó entonces a los Estados Unidos? ¿No hubo nevada allí? Favalli tuvo que seguir preguntando. Eran demasiadas las interrogaciones que le quemaban por dentro.

—Sí. La nevada llegó también a los Estados Unidos... Pero en algunas partes su efecto mortífero logró ser neutralizado desde el primer momento... Fue así como grandes áreas superpobladas lograron salvarse: Pittsburgh, Nueva York, Boston, San Francisco... Casi todas las grandes ciudades se salvaron; claro que con lógicos desastres en la zona suburbana. Pero en la gran mayoría del país las cosas no anduvieron tan bien: el oeste y el centro han dejado prácticamente de existir. Es, con mucho, el mayor desastre de la historia de la nación. La economía toda está paralizada, se vive de las reservas...

—¿Y Europa?¿Y el resto del mundo?

—Rusia está más o menos igual que nosotros: las grandes áreas urbanas pudieron ser protegidas, pero la mayor parte del país ha sido arrasada. África, Asia, fuera de Tokio y alguna otra ciudad del Japón, no cuentan ya para nada. Han muerto cientos de millones de personas; como en Sudamérica, más o menos... En muchas partes la nevada no fue total, cayó como en manchones, pero puede decirse que en todo el mundo han perecido dos tercios de la

población... Muchos en el primer momento de la nevada, otros en los desastres subsiguientes. Hay hambre, habrá lucha salvaje entre los sobrevivientes en más de un lugar...

—Dos tercios de toda la población del mundo aniquilados... —Favalli repitió, como queriendo grabarse bien adentro la enormidad de lo ocurrido.

—¿En cuántos otros lugares han descendido los Ellos? —pregunté.

La magnitud del desastre no me sorprendía, en verdad; más importante que saber cuánta era la muerte era ahora saber cuánta podía ser la esperanza...

— El enemigo ha descendido sólo aquí, en el Gran Buenos Aires... Es ésta su primera cabeza de invasión. No hay noticia de que hayan invadido en ninguna otra zona del inundo. Imposible saber por qué eligieron esta área para iniciar la invasión; lo más probable es que cualquier lugar les diera lo mismo... Por eso estamos nosotros aquí: para poder contrarrestar la invasión. Es fundamental conocer al enemigo, por si no lo saben, ésta es desde tiempos inmemoriales la primera ley del arte militar: conocer al enemigo. Por eso mis hombres y yo hemos sido enviados en misión de patrulla avanzada, con el objeto de capturar algunos hombres robots para poder estudiarlos: no nos hacemos ilusiones de que podamos echarle mano, al menos por ahora, a algún Ellos. Por supuesto, no somos los primeros en intentarlo. Ya cuatro patrullas fueron enviadas antes, pero la suerte no las acompañó.

El capitán Timer se interrumpió un momento, miró a sus hombres con mirada breve. Había en todos expresión sombría; era evidente que conocían de sobra la gravedad y el peligro de la empresa en que se habían embarcado.

—Pero, por suerte, las patrullas anteriores, aunque fueron aniquiladas a poco de ser sorprendidas, alcanzaron a transmitir a la base alguna información, Fue por estos datos que nos pusimos en la nuca los aparatos simulados: la idea es hacernos pasar por hombres robots, para poder acercarnos a las concentraciones enemigas. Con tal de obtener informaciones estamos resueltos a todo, incluso a entreverar algunos de nuestros hombres en las filas del adversario... Cuando vimos volar el helicóptero de ustedes creímos que, por fin, la suerte se inclinaba a nuestro favor. Por las patrullas anteriores sabíamos que en toda la zona no hay nadie que pueda volar, que solo los hombres robots lo hacen... Por eso los atacamos, por eso nos tomamos el trabajo de sólo averiar el helicóptero para que cayeran de a poco, para que no se mataran al caer: si hubiéramos querido, habríamos podido hacer estallar el helicóptero en el aire... Pero... —y aquí el capitán Timer hizo un gesto de amargo desaliento—. Como ustedes ya lo saben, fallamos miserablemente: los únicos hombres que conseguimos atrapar nos salen resultando hombre corrientes, no hombres robots. Tendrán ustedes, desde luego, unas cuantas cosas interesantes para contarnos: la experiencia de cada sobreviviente vale la pena de ser escuchada. Siempre es posible que haya en ella algún dato importante que ha estado ausente en las declaraciones anteriores... Pero, y en esto disculparán ustedes, la verdad es que la gran mayoría de las declaraciones de los sobrevivientes se parecen unas a otras de manera desesperante. ..Casi todos los sobrevivientes hasta ahora han sido personas que, por estar al abrigo, pudieron salvarse de la nevada inicial. Han seguido escondidas después y de alguna manera se las han arreglado para sobrevivir. Pero ninguno ha visto prácticamente nada de los invasores; todos están llenos de cuentos de incidentes y de luchas, casi siempre mortales, con otros sobrevivientes, pero nada más. No se ofendan, pero no creo que ustedes puedan ampliar en mucho las declaraciones que ya tenemos en nuestra base. Vengan a la tienda, les haré llenar el cuestionario impreso.

Sin esperar a que le dijéramos nada, el capitán Timer se volvió y caminó hacia la tienda. Favalli me miró con sonrisa breve, y lo seguimos.

El interior era mucho más vasto de lo que parecía desde afuera: había aparatos raros, como nunca viera antes: macizos, compactos, con muchos diales. Varios hombres, en silencio, y con auriculares en la cabeza, se ocupaban de ellos. Por los lados déla tienda corría una intrincada red de conexiones. Tres grandes pantallas desiguales, como de televisión, con extraños reticulados grabados en el cristal, ocupaban toda una cabecera de la tienda.

Con movimientos rápidos el capitán Timer sacó del escritorio un par de papeles: era evidente que ya habíamos dejado de interesarle, que allá en su interior volvía a ocuparse del problema que le trajera hasta allí: la captura de varios hombres robots.

Favalli miró el cuestionario y conteniendo mal la sonrisa lo devolvió:

—No sirve, señor... Es demasiado incompleto.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye... Es tanto lo que tenemos para contarle —Favalli lo miró ahora con gran seriedad— que no hay cuestionario que alcance.

—Ya sé... Ya sé... —el capitán habló con forzada paciencia—. La experiencia que cada uno ha vivido ha debido de ser tremenda... Pero, comprendan ustedes, no nos interesan ni el horror que han vivido, ni los miedos, ni cómo se las arreglaron para salvarse... Lo que en verdad nos interesa...

—Perdone que le interrumpa, señor, pero le repito que lo que debemos contar es demasiado... Y quizá no sea éste el lugar más adecuado para hablar... Lo que tenemos que contar, usted perdone, señor, deberá ser escuchado por los especialistas máximos, por los mismos conductores de la campaña contra los Ellos...

—¿Está usted seguro? —hubo un relámpago de divertida ironía en los rasgados ojos del capitán.

—Sí, señor. Usted cree haber fracasado en su patrulla pero desde ya le digo que no necesita continuarla. Ha hecho usted algo mucho más que atrapar a un hombre robot...

El capitán Timer miró ahora a Favalli con expresión nueva, como dudando entre sorprenderse o considerarlo fuera de sus cabales...

—¿Acaso es usted un hombre robot, señor Favalli?—Preguntó el capitán con mal disimulado sarcasmo.

—No, señor: no soy un hombre robot... Pero lo he sido.

—¿Cómo dice?

El capitán Timer dio un involuntario paso hacia Favalli; miró con rapidez a los demás hombres. El teniente Gusta ve ya se acercaba también, desconcertado.

—Antes de que me crea loco mire esto...

Favalli se agachó, se bajó el cuello de la tricota, les mostró la nuca.

Tenía allí, en el centro, un chichón lívido. Cicatrices frescas, concéntricas, le marcaban un raro tatuaje: era donde habían estado insertadas las lengüetas del primer aparato de telecomando que le insertaran los Ellos cuando lo capturaran.

—Durante un tiempo tuve insertado aquí un aparato que me transmitía órdenes directamente al cerebro... Luego me lo sacaron y me instalaron otros dos aparatos mucho más pequeños y perfeccionados, aquí, en los parietales.

Mientras hablaba, Favalli guió las manos del capitán para que le tanteara el cráneo: éste no pudo evitar una breve exclamación de sorpresa cuando tocó las dos pequeñas nuevas series de cicatrices disimuladas bajo el cabello.

—Toque, teniente...

Pero el capitán se apartó y miró ahora a Favalli con súbito respeto. Se volvió en seguida hacia mí:

—¿Usted también?

—No, yo no fui capturado nunca. Pero me faltó muy poco.

Momentos más larde, sentados ante la mesa de campaña que servía de escritorio al capitán. Favalli y yo hicimos un somero relato de nuestras aventuras desde que comenzara la nevada. Pasamos muy por encima sobre las horas vividas en la casa, cuando nos encontramos como si fuéramos una pequeña isla de vida rodeada por el mar de muerte que se extendía a nuestro alrededor. Aquello, aunque de tremenda importancia para nosotros, no era lo que interesaba al capitán Timer. Cuando empezó Favalli nuestro primer encuentro con los cascarudos, el capitán lo interrumpió, hizo una señal al teniente y éste trajo un grabador a cinta magnética: Favalli tuvo que empezar de nuevo la descripción de los cascarudos.

Y así, todo lo que vivimos desde que salimos del chalet fue recogido por la cinta grabadora: la central del mano que encontramos en Barrancas de Belgrano, la muerte del mano amigo, los gurbos, las alucinaciones, las diferentes armas con que el enemigo nos atacó en River Plate, la lucha en Plaza Italia y lo que llegamos a ver allí, en la Plaza del Congreso...

—Tiene usted razón: todo esto debe de ser escuchado en la base... Ahora mismo partiremos.

Ordenes, llamadas insistentes con una extraña chicharra.

De todas partes empezaron a llegar hombres. Me sorprendió que fueran tantos. Como si supieran de memoria lo que hacían empezaron a desmontar la tienda, a desconectar los diferentes aparatos que la ocupaban. La antena exterior fue desarmada y en seguida todo estuvo repartido en unidades individuales, fáciles de transportar a pulso.

Ya la "tienda" había sido plegada; el capitán Timer y el teniente Gustave empezaban a andar hacia un lado del claro. Los hombres, cargados con las diferentes partes de los aparatos, se pusieron en fila y empezaron a marchar también.

—Vamos, Juan, ¿qué te pasa?

Favalli tuvo que darme un codazo porque yo me había quedado mirando a un lado, hacia algo que había aparecido entre la maleza, hacia alguien que me miraba con ojos serenos...

Una muchacha.

Una muchacha que vestía ropa de ciudad, absurda, incongruente en aquel lugar. No muy hermosa, pero de facciones regulares, me sonreía al ver mi desconcierto.

—Es Lena —explicó el teniente Gustave, que había vuelto sobre sus pasos—. Agente de servicios especiales, adscripta a nuestra unidad.

—¿Vino con ustedes para capturar hombres robots?

—Así es. Fue idea del general Maxwell. La pensábamos utilizar como "cebo" para atraer a algún hombre robot. La idea no era del todo mala...

—Pero no hubiera resultado —Favalli sacudió la cabeza, disgustado.

No entendía, ni yo tampoco, aquella forma de hacer la guerra al enemigo por más extraterrestre que fuera:

—Un hombre robot no siente, ni ve, ni padece nada por su cuenta... —prosiguió—. Todo lo hace obedeciendo las órdenes que recibe... Mientras no reciba información específica, una muchacha o un tronco de árbol son para él lo mismo.

Los ojos claros de la muchacha, la línea pura del cuello, el cabello que le llegaba hasta el hombro, mi; recordaron de pronto, con la fuerza demoledora de un impacto tremendo, muchas cosas que habían quedado detrás, adormecidas en el fondo de la conciencia: Elena, Martita, todo el pequeño y grande y siempre maravilloso mundo femenino que me rodeara hasta el momento mortal de la nevada.

—Vamos, vamos —sonriendo, comprensivo, el teniente Gustave me tomó por el brazo.

—No lo interprete usted mal... —intercedió Favalli.

Quiso decir algo más pero un sonido extraño, algo así como una nota grave de guitarra, llegó desde más allá de los árboles. La tensión repentina hizo que quedáramos todos como congelados, mirando hacia la espesura en momentáneo aturdimiento.

La nota se repitió, por dos veces más.

—Alarma general, ¡a sus puestos!

La voz de Timer llegó desde el otro lado del claro, con calma profesional.

Los hombres dejaron en el suelo lo que llevaban y se dispersaron, cada uno corriendo el cerrojo de la carabina, avanzando con paso ágil, resuelto. Aquello era, sin duda, una maniobra muchas veces repetida para ellos.

Favalli y yo empuñamos nuestras armas, que nos habían devuelto cuando entramos en la tienda, nos miramos por un momento sin saber qué hacer.

—Vengan —el teniente Gusta ve nos ordenó seguirlo.

Busqué a Lena, pero había desaparecido. Sin duda también ella tendría un puesto asignado cuando llegaba el momento de la acción.

—¿Qué pasa? —preguntó Favalli mientras trotábamos junto al teniente por entre la espesura.

—Se acerca alguna presencia extraña —explicó el teniente—. El incendio del helicóptero de ustedes debe de haber llamado la atención desde mucha distancia. Es muy posible, casi seguro, que seamos atacados...

—Sí... Los Ellos tienen medios, vaya uno a saber cuáles, para detectar presencias hostiles desde lejos —explicó Favalli.

Iba a decir algo más, pero ya estábamos fuera de la espesura, en el borde del bañado.

—¡Agacharse! —indicó el teniente con voz tranquila.

A nuestros lados, dispersos, los hombres se agazaparon en el pasto.

Un ruido violento e inconfundible más allá. Los árboles impedían verlo, pero era un helicóptero.

—Está volando sobre el helicóptero incendiado —explicó el teniente.—¡Allá está!

—Sí, al fin podemos verlo: un helicóptero igual al que nosotros tripulamos un poco antes. Tres hombres robots en la burbuja con telecomandos en la nuca.

—Vuela hacia nosotros...

— Están transmitiendo —dijo Favalli.

Me fijé mejor: sí, el hombre robot sentado al lado del piloto hablaba con rapidez. Un micrófono de garganta, seguro.

—Estará informando sobre nuestras posiciones al mano que lo manda... Si yo fuera ustedes, ahora mismo lo bajaba —concluyó Favalli.

El capitán Timer, desde algún otro lado del boscaje, debió de ser de la misma opinión porque apenas Favalli había hablado oímos el crepitar de carabinas de tiro rápido.

El plexiglás de la burbuja, transparente como el cristal, quedó de pronto nublado, astillado por las perforaciones de los proyectiles. Los tres hombres robots estaban ya fuera de combate.

Pero no: aunque sin duda herido, el piloto maniobró para alejarse.

Entonces, algo así como un bufido sordo estremeció el boscaje; una estela de humo y chispas buscó oblicua al helicóptero y hubo un estallido, un relámpago vivísimo, una detonación.

Después, sólo humo: del helicóptero no quedó nada.

—La bazooka antiaérea… —murmuró Favalli a mi lado, sobrecogido por lo que acabábamos de ver.

Verdaderamente habíamos tenido suerte de que, poco antes, a nosotros no nos tiraran a matar, que sólo buscaran derribarnos.

La maleza se apartó a mi lado. El capitán Timer y varios de sus hombres venían con expresión resuelta, como impulsados por una gran urgencia:

—Seguro que transmitió nuestra posición. Lo más probable es que dentro de un minuto o dos tengamos encima quién sabe qué clase de ataque. Junte a los demás hombres, teniente, y vamos antes de que esto se ponga demasiado espeso.

El teniente Gustave tenía en la cintura, en un estuche de cuero, un aparato con botones, algo parecido a una radio de transistores. Apretó dos botones y volví a oír la nota musical, como el rasguido de una cuerda de guitarra. Comprendí que los demás hombres tendrían receptores sensibles a la vibración y que de esa manera recibirían todos, a la vez y sin pérdida de tiempo, las órdenes de los comandantes.

Pero por más que la orden fue dada con gran rapidez, ni siquiera hubo tiempo de ponerla en práctica.

Como saltando por sobre las copas de los árboles apareció un Gloster, lanzado a gran velocidad. Un instante más y picaba hacia nosotros, con las alas chisporroteando. Relampaguearon sus cohetes al ser lanzados y, casi al mismo tiempo, se oyó el bufido de la bazooka antiaérea.

El estallido ensordecedor ahí, muy cerca, y un manotazo de aire que me lanzó a un lado. Sentí por todo el cuerpo que me golpeaban la tierra y trozos de ramas.

Y, casi al mismo tiempo, otro estallido en el aire, apenas sobre nuestras cabezas: el impacto de la bazooka desintegrando el aparato en pleno vuelo.

—Vienen más aviones —dijo alguien entre la espesura.

Miré con más atención: uno de los hombres, con auriculares, estaba inclinado sobre un pequeño aparato con correas y diales, y había estirado una antena circular. Debía de ser un radar portátil.

—¿Estás bien, Juan? —Favalli preguntó a mi lado.

—Yo sí. ¿Y tú?

—También… Aunque faltó poco…

Más crepitar de carabinas, otra vez el bufido de la bazooka, ahora a media cuadra a nuestra derecha. Era evidente que los hombres del capitán Timer disponían de varias piezas.

No alcanzamos a ver los aparatos, sólo oímos los estallidos y vimos los fogonazos por detrás de las copas de los árboles: la bazooka era de una eficacia demoledora.

—Si no nos tiran con cohetes teledirigidos podremos salir bien de ésta —el capitán Timer estaba a hora junto al hombre de los auriculares—. ¡No vienen más aviones...! Les bastó con los anteriores, ya tienen bastante.

—No creo que usen cohetes —dijo Favalli—. En ningún momento los vi usarlos. Ni creo que los tengan.

—Sin embargo —hubo preocupación en la voz del teniente Gusta ve—. Los cohetes intercontinentales que fueron disparados desde Arizona y otros lugares de los Estados Unidos contra el Gran Buenos Aires han sido interceptados en su totalidad... Ninguno consiguió llegar a destino. ¿Cómo han hecho para destruirlos en pleno vuelo?

—Los Ellos disponen de un aparato que lanza un haz sumamente poderoso. Seguro que tiene un alcance fantástico —explicó Favalli—. Desconozco la naturaleza del haz, es posible que sea un amplificador de luz, algo así como el láser: tres veces vi explosiones atómicas, muy en la estratosfera. Seguro que eran los cohetes intercontinentales interceptados por el haz...

—También yo los vi—corroboré, estremeciéndome de sólo pensar que aquel haz en lugar de ser empleado contra cohetes intercontinentales fuera utilizado para barrer nuestra posición.

—Si usted me permite, un consejo, señor —Favalli se encaró con el capitán que seguía escuchando con los auriculares—.Yo, en su lugar, emprendería a hora mismo la retirada. Por más eficaces que sean sus armas, por más bien adiestrados que estén sus hombres, señor, esta posición es totalmente insostenible si los Ellos se deciden a atacar en forma.

—De acuerdo... De acuerdo... —el capitán silenció con el ademán a Favalli y siguió escuchando durante unos segundos; luego, quitándose los auriculares, agregó—: Creo que es demasiado larde... Según el radar, hay varios objetos que, desplazándose a gran velocidad por la superficie terrestre vienen hacia nosotros. Si alzáramos vuelo, seguro que nos derribarían.

—Insisto, señor... —Yo conocía a Favalli: para hablar con tanta urgencia debía de estar desesperado—. Es preferible cualquier riesgo a quedarnos aquí.

El capitán Timer no pudo contestar porque retumbó en el boscaje, al otro lado del claro, el fuego de las carabinas, el bufido de las bazookas.

—Ya están aquí —el rostro del capitán parecía de piedra: el esfuerzo por mantenerse impávido debía hacerle doler los músculos. Pero me olvidé en seguida de él: estaba notando, con la planta de los pies, la vibración del suelo.

—¡Gurbos! —exclamé.

"¿Será posible que nos ataquen con gurbos?"

Más disparos de carabina, ahora muy cerca.

Vi que Favalli, el capitán Timer y otros se alineaban en el borde del bañado y empezaban a dispara r también.

Los imité. Entonces también yo pude verlo.

Era un objeto negro, metálico, algo así como una pera montada sobre orugas. Orugas raras, con largos pies metálicos en lugar de dientes... Ninguna abertura, ninguna saliente en la superficie redonda que brillaba al sol con siniestra negrura. Y eran varios.

La negrura de pronto se encendió de chispazos: eran los lugares donde los proyectiles de los nuestros hacían impacto. Bufaron las bazookas y varios estallidos casi simultáneos ocultaron el aparato o al tanque o lo que fuera que venía hacia nosotros.

Por entre el humo y los fogonazos de los estallidos esa cosa siguió avanzando completamente indemne.

—Son microtanques —explicó Favalli, a mi lado, con expresión desalentada.

—¿Microtanques? ¿Hay acaso otros mayores?

—¡Por supuesto! He visto algunos enormes como casas de varios pisos... Pero con estos bastará... Ya los vos: las bazookas no les hacen nada...

Favalli tenía razón; el microtanque seguía avanzando. Aunque de pronto noté con cierta esperanza que había reducido su velocidad.

—¡Lo estamos frenando! —gritó entusiasmado el capitán Timer; también él había advertido lo mismo que yo.

—]\o es por nuestros disparos, señor —aclaró Favalli—; es el terreno fangoso lo que lo frena... Está entrando al bañado...

Aunque sabiendo que era prácticamente inútil, seguimos haciendo fuego. Por momentos el microtanque parecía al rojo vivo, pues no había prácticamente proyectil que se perdiera. El fragor del tiroteo era intensísimo.

Los otros lados del perímetro eran atacados también por microtanques.

Continuamos disparando. Cuando se va perdiendo la esperanza, uno se aferra a lo único que puede hacer. Aunque sepa que es completamente inútil.

Lentamente el microtanque seguía avanzando. Con algo de inexorable en la firmeza, en la exactitud con que los pies metálicos de las orugas se hundían en el fango, chapoteando agua a los costados.

—Por nuestro lado los paramos, señor... —y el que hablaba era un teniente con la camisa hecha jirones que llegó junto al capitán—. El microtanque que nos atacaba cayó en una zanja demasiado honda y no pudo volver a subir; prácticamente lo enterramos disparándole con las bazookas alrededor.

—¿Seguro que está fuera de combate? —el capitán Timer lo miró sin poder creer lo que oía—. ¿No será un contratiempo momentáneo?

—¡No! AJ principio se movió, parecía que lograría salir de la zanja, pero finalmente quedó quieto...

Era un éxito muy valioso, sin duda, pero ¿qué significaba detener a un microtanque si eran varios, por lo menos ocho, los que nos atacaban desde distintos lados?

Y allí estaba el que venía hacia nuestro grupo, cada vez más cerca...

Ahora lo podíamos ver muy bien: tenía mucho de insecto monstruoso. Los impactos y los estallidos no habían hecho mella alguna en la bruñida superficie. Y seguía viniendo; a veces se hundía hasta la base de las orugas, por momentos alentábamos la esperanza de que se frenara del todo, pero volvía a resurgir. No era muy alto, no tendría más de tres metros, pero parecía más alto, más imponente, por los estallidos y rebotes que lo sacudían. Y avanzaba siempre: su sola insistencia era demoledora...

Supe, una vez más entre tantas, lo que era el terror final de ver llegar la aniquilación última.

No recuerdo cuántas veces cambié el cargador de mi arma. Volví a cargarla, quemándome los dedos con el acero recalentado. Entreví por entre el humo a Lena, que estaba algo detrás del capitán Timer: agazapada tras un tronco, esperaba. Al lado tenía un estuche de primeros auxilios.

"No harán falta sus servicios", pensé, encajando el cargador y cerrando el cerrojo. "En este combate no habrá heridos... Terminaremos de pronto en un relámpago... Todos nosotros, también ella".

Volví a apuntar, volví a disparar contra el microtanque, que en aquel breve instante se había acercado más y más: ya estaba a menos de una cuadra.

Apunté a la base de la oruga, traté de acertar en una especie de hueco que había allí, pero nada. Ya otros lo habían intentado, pero tampoco esta vez los disparos surtieron efecto.

Siguió avanzando, ya estaba a menos de cuarenta metros...

Y seguía.

Y siguió...

A menos de treinta metros...

Se detuvo. Se detuvo...

Continuamos disparando durante unos momentos, sin querer creer lo que veíamos. Pero sí, se había inmovilizado, las orugas habían dejado de girar.

No había caído en zanja alguna, no lo habíamos atacado con ninguna arma nueva, no estaba en un lugar más difícil.

Pero se había detenido.

Otro bufar de bazooka, otro estallido.

Y lo increíble: toda una parte de la negra superficie desapareció, como devorada por invisible y feroz mordisco.

Otro impacto de bazooka y desapareció más superficie; incluso algo de la oruga se llevó el estallido.

—¡Lo estamos desintegrando! —gritó alguno, loco de entusiasmo.

Nuevos impactos y pronto el microtanque no fue más que un grotesco despojo, semioculto por las explosiones, caído finalmente algo de lado.

—¡Alto el fuego! —tronó la voz del capitán Timer.

Dejamos de disparar. Sobrecogidos, quedamos mirando por un momento, como hipnotizados, ese resto metálico semihundido en el barranco.

Y en ese instante nos dimos cuenta que también los demás habían dejado de disparar: el silencio era total...

Nos enderezamos, desconcertados, mirándonos unos a los otros sin comprender, aturdidos: todo había sido demasiado rápido...

—¿Es posible que los hayamos derrotado?—uno hizo la pregunta que nos estaba quemando—. ¿Es posible que los hayamos derrotado a lodos?

Enseguida tuvimos la confirmación de que sí: los ocho microtanques habían resistido sin sufrir el menor daño todo el peso de nuestras armas hasta que llegaron a treinta o cuarenta metros de distancia, pero al llegar a ese punto habían sido, de pronto, vulnerables. En cuestión de segundos habían resultado completamente destrozados.

—JN o son tan superiores como parecían —el teniente Gustave se secó la frente con la manga y sonrió satisfecho, mientras resoplaba con alivio.

—No nos ilusionemos —murmuró Favalli a mi lado; se enderezó y, sin soltar el arma, se internó en el bañado.

Lo seguí, me le puse al lado.

—¿Qué temes?¿Que nos vuelvan a atacar?

—No sé... En seguida lo sabremos...

No era fácil avanzar por el bañado pero pronto llegamos: semihundido en el agua estaba el destruido microtanque, un confuso y enredado montón de hierros y de cables, engranajes como nunca viera antes.

Con prisa, como si se le hubiera perdido algo, Favalli escarbó entre los restos. Pronto se incorporó meneando la cabeza.

—¿Qué encontró? —el capitán Timer y el teniente Guslave nos habían seguido.

—Nada —replicó Favalli—. Nada, y eso es lo peor... Significa que el microtanque era un aparato automático, que no venía ninguna mano, ningún Ellos, ni siquiera un hombre robot en su interior... Significa que nuestra victoria es sólo aparente: lanzaron contra nosotros los microtanques no para atacarnos, ni para destruirnos sino simplemente para tentarnos, para ver de qué armas disponemos...

Favalli miró ahora al capitán con rostro demudado: estaba francamente asustado, casi al borde del pánico. Nunca lo había visto así.

—Por última vez, señor ¡vamonos cuanto antes de aquí! Ya saben de sobra cuántos somos, con qué armas contamos, cómo las empleamos... El próximo ataque será para borrarnos del mapa o para algo peor...

No lo dijo, pero adiviné que estaba pensando en lo que a él le ocurriera; en que nos atraparan y nos convirtieran en hombres robots.

El capitán Timer vaciló sólo un momento. Era hombre realista, no se hacía ilusiones. Sabía que el microtanque había sido invulnerable sólo hasta que al enemigo no le interesó más. Quién sabe por qué procedimiento telemagnético los microtanques controlados desde lejos habían sido invulnerables a nuestras armas; apenas suspendida la protección magnética habían resultado presas fáciles. El interior vacío de los aparatos y la súbita y fácil victoria quedaban así explicados.

—¡Vamos! Retirada doble tres... —ordenó el capitán.

No necesité preguntar lo que significaba aquella orden: todos echaron a correr...

Y Favalli y yo seguimos a los hombres del capitán Timer.

No fue fácil evitar que se nos distanciaran: eran hombres jóvenes, bien adiestrados y en la mejor de las formas. Favalli y yo veníamos desgastados por días y días de angustias inenarrables, de peligros, de privaciones. Pero logramos mantener el tren, o por lo menos eso nos pareció: ahora pienso que alguno de los hombres del capitán Timer se rezagó deliberadamente para que no nos quedáramos atrás. Por fin los árboles ralearon, la espesura se abrió, llegamos a un claro entre grandes arbustos cuyas copas se tocaban en lo alto, como cerrando un vasto recinto. Allí, en un pastizal cuidadosamente segado, vi la silueta alargada de un avión a chorro como nunca viera antes.

Debía de ser un caza bombardero, porque era grande y macizo. Todo en él hablaba de velocidades supersónicas.

En cuestión de segundos todos estuvimos adentro; cuando yo me ajustaba el cinturón en el asiento que me señalaron, junto a Favalli, se me ocurrió un pensamiento que me dejó perplejo: ¿cómo haríamos para alzar vuelo, si las copas de los árboles se tocaban por arriba?

Pero hice mal en preocuparme; aquel follaje tan denso no era más que un camuflaje muy bien preparado, con redes de plástico que simulaban hojas y ramas.

Un momento después sentí el empujón que me sepultaba más y más contra el asiento, que me apretaba contra el respaldo: estábamos decolando.

Alzamos vuelo en forma casi vertical.

Por la ventanilla vi huir el verde allá abajo, vi cómo el río se achicaba a velocidad fantástica, vi nubes y enseguida no vi nada más...



Sólo azul, un azul que se hacía más y más intenso. Estábamos en plena estratosfera, a quince o veinte mil metros.

La aceleración dejó de apretarme contra el respaldo del asiento: ya estábamos en vuelo horizontal y pude prestar atención a mi alrededor. Favalli, en uno de los asientos vecinos, cabeceaba, ya dominado a medias por el sueño.

E]n el asiento delantero adiviné la cabeza de Lena. Tuve por fuerza que pensar en Elena, en Martita... Otra vez, al alejarme más y más de Buenos Aires, tuve la sensación de desertar, de no hacer por recuperarlas todo lo debido. Pero logré convencerme de que para volver a reunirme con ellas debía colaborar con los que luchaban contra los Ellos.

El capitán Timer, que había estado en la cabina del piloto, volvió de pronto y se sentó junto a mí en el otro asiento vacío.

Me miró, sonrió para sí y luego me dijo:

—Debo hacerle una confesión: si fuera sólo por lo que hemos conseguido ver del armamento del enemigo, nuestra misión de patrulla sería un fracaso. Suerte que los liemos encontrado a ustedes dos, señor Salvo.

—¿A nosotros?

—Sí... Acabo de informar al Comando Central sobre el reciente combate y, también, sobre cómo los encontramos a ustedes. Cosa extraña, el combate no les interesó para nada a los "cogotes" del Comando. Lo que pareció hacerles saltaren el asiento fue la revelación de que teníamos entre nosotros nada menos que a un sobreviviente del ataque a Buenos Aires, y a un ex hombre robot. Me ordenaron llevarlos sin perder un solo segundo a la sede del Comando Central: por eso el piloto que nos conduce tiene orden de batir todos los récords de vuelo entre el Delta y Nueva York.

Asentí; no era difícil comprender por qué resultábamos de pronto tan valiosos. Me gustó, además, la franqueza con que Timer me hablara.

Pero en ese momento no pude pensar ni en una ni en otra cosa. También yo, como Favalli, había estado expuesto al peligro durante demasiado tiempo: creo que el capitán Timer volvía a hablarme cuando sentí que se me cerraban los ojos y la cabeza se me caía, vencida por el sueño, hacia adelante...

Desperté al minuto siguiente, o eso al menos me pareció.

Y sin embargo ya estábamos en Nueva York, en el aeropuerto de Idlewild.

Apenas salí del avión, con los miembros entumecidos por la prolongada quietud y parpadeando porque la luz del sol era intensísima, miré con ansia en derredor. *FA* ansia se trocó en alivio: era maravilloso ver que el aeródromo aparecía intacto, que no había en ninguna parte señal de lucha. Tampoco había, por más que buscara, indicios de nevada mortal. Nueva York había tenido mucha más suerte que Buenos Aires: el enemigo la había respetado...¿Mucha más suerte? Eso creí en aquel momento. Faltaba muy poco para que cambiara totalmente de opinión...

Fuimos a través de la pista hasta donde nos esperaba un helicóptero con el motor en marcha; había operarios, hombres uniformados, una reconfortante sensación de eficiencia.

—Da gusto ver gente obedeciendo órdenes —resopló Favalli todavía no del todo despierto, mientras miraba en torno achicando los ojos de miope.

—Sin embargo —apunté—, hay algo en todos que no termina de gustarme...

Favalli asintió. No necesitó decirme más para indicarme que también él había comprendido: lodos, desde el empleado que abriera la puerta del transporte, hasta el piloto del helicóptero que se disponía a llevarnos hasta el comando central, tenían el rostro demacrado, los ojos hundidos en el fondo de las cuencas y líneas nuevas, duras, recién marcadas en los rostros...

No era necesario pensar mucho para adivinar el porqué de aquellas expresiones; todos sabían el peligro en que estaban, todos conocían que estaban en guerra mortal. Que en cualquier momento podía llegarles el golpe aniquilador, definitivo... Nada como el temor constante para esculpir un rostro...

En el helicóptero: el capitán Timer, Favalli y yo volando ya hacia la enorme ciudad.

Era reconfortante verla intacta, sin huellas de destrucción, ver imágenes increíblemente iguales a algunas tomas que viera en "Cinerama", siglos de angustia atrás.

Entreví, allá abajo, por entre jirones cenicientos de nubes, la bahía con la Estatua de la Libertad, la fabulosa City, el bosque de rascacielos, el esbelto Empire State Building sobresaliendo entre los demás y, un poco más allá, el fabuloso edificio de las Naciones Unidas. Y la gente. Resultaba maravilloso ver allá abajo a los transeúntes, por millares, y hasta había algo de tránsito: aunque restringida, la vida seguía su pulso de siempre...

Pensé en Buenos Aires, congelada en la muerte de la nevada, y sentí un dolor casi físico.

Pero ya el helicóptero descendía en un helipuerto emplazado en la terraza de un rascacielos. Y allí, más empleados, todos con los mismos rostros devorados por dentro, soldados formidablemente armados con cascos de plástico. No pude verlos bien porque al instante siguiente ya estábamos en un ascensor ultrarrápido, que, en cuestión de momentos nos dejó al nivel del suelo. Se abrieron las puertas, nos cruzamos con más ojos hundidos en la desesperación y allí estaba ya un gran automóvil negro, esperándonos.

Arrancamos, la sirena nos abrió paso, enseguida estuvimos corriendo por las calles a gran velocidad.

Súbitos pantallazos de gente mirándonos; alguna mujer de compras, hombres de rostros aturdidos ya peligrosamente indiferentes; en un portal, sentados en los escalones, vi a un grupo de chicos escuchando una pequeña radio a transistores. Estaban con la boca abierta, muy serios, con los ojos espantados...

"Malo... malo, cuando hasta los chicos se asustan...", pensé.

Con chillar de frenos y llantas nos detuvimos ante un edificio extraño, no muy alto pero de basamento imponente. Adiviné enseguida que era la sede del Comando Central, formidablemente protegida por quién sabe cuántas toneladas de cemento y de acero.

Bajamos y seguimos al capitán Timer marchando entre soldados armados con metralletas macizas, extrañas, que me parecieron muy complicadas.

Delante de nosotros se abrió una puerta muy reforzada que me hizo recordar la del tesoro de un banco de la calle San Martín, que visité una vez...Corredores, silencio, limpieza quirúrgica, y cada tantos soldados armados con cascos de plástico. Otra puerta formidable se abrió silenciosa para dejarnos pasar.

Una celda pequeña, metálica; una botonera con un sargento lampiño y de rostro sonriente al lado: estábamos en un ascensor.

—¿Cuántos pisos debemos bajar? —quiso saber Favalli.

—Enseguida llegamos —dijo el sargento oprimiendo un par de botones.

La complicada puerta se cerró.

Antes de que el sargento siguiera apretando botones, una voz metálica se oyó en alguna parte...

—"¡Atención... Atención...! ¡Alerta general!" Repito: ¡alerta general! Proyectil de nuevo tipo pasó la barrera tercera... Imposible pararlo.

Favalli y yo nos miramos, enseguida buscamos el rostro del sargento.

Con ojos aterrados, salidos de las órbitas, el hombre miraba al capitán Timer como si éste pudiera hacer algo.

Impávido, con toda expresión borrada del rostro, el capitán Timer miró como hipnotizado una pequeña rejilla junto a la botonera —por allí salía la voz— que seguía diciendo, con urgencia más y más alarmada:

—"Proyectil de nuevo tipo pasó barrera segunda..." "Proyectil de nuevo tipo pasó barrera primera... Proyectil..."

Hubo una sacudida, como si la caja metálica del ascensor hubiera sido embestida de lado.

¿Un estallido atómico?

No, no podía haber sido un estallido: no habíamos sentido detonación alguna. Además, la sacudida se repetía...

El ascensor se estremeció ante lo que parecían embestidas. De alguna parte llegaba como un ronco gruñido y no sé por qué pensé en una perforadora rompiendo el pavimento.

—Creo saber lo que es... —musitó Favalli, muy despacio, como temiendo decir lo que pensaba—. Es un proyectil calculado para destruir refugios subterráneos... Vi dos de ellos allá, cerca del Río Lujan...

Continuaban las sacudidas. El capitán Timer y yo mirábamos a Favalli: imposible atinar a nada. Con un raro gemido el sargento se había encogido, era apenas un ovillo en el rincón opuesto del ascensor. Se apretaba con desesperación los oídos.

—Son como trompos gigantescos —siguió explicando Favalli—. Giran a gran velocidad, se entierran hasta la profundidad deseada... Luego estallan...

—Quiere decir, entonces...

No puedo decir si oí algo o nada. Sólo sé que, al momento siguiente, la caja toda del ascensor era empujada con violencia increíble hacia arriba, con nosotros adentro...

Algo me golpeó en la cabeza y me arrojó de lado con tremenda fuerza. Quedé aturdido durante no sé cuánto tiempo.

Reaccioné. El capitán Timer y Favalli hablaban con voz calma como si no hubiera pasado nada:

—Permítame, Favalli: la puerta tiene un sistema de emergencia para abrirse... Algo parecido a los eyectores explosivos de los asientos, en los aviones supersónicos... Estos son los botones...

La caja del ascensor estaba inclinada. Toda una pared había quedado abollada hacia adentro. Junto a mí, podía tocarlo, estaba el sargento ascensorista. Era tan absurda la inclinación de la cabeza con respecto a los hombros que no necesité preguntar para saber que estaba muerto, con el cuello roto.

Dos ruidos violentos, como de pistoletazos, y la puerta se entreabrió: polvo, algunos cascotes que rodaron hacia adentro, algo de luz.

—Tenemos suerte, podemos salir—oí decir a Favalli que ya se encaramaba, arrastrándose, a una pila de escombros.

El capitán Timer se volvió hacia mí, solícito:

—Y, señor Salvo. ¿Cómo se siente...?

—Perfectamente... Salga, que lo sigo.

El capitán Timer no tenía nuestra experiencia en catástrofes: él no había analizado aún lo sucedido. Creía que su mundo de siempre seguía con todos sus valores, con toda su organización... Yo, en cambio, apenas reaccioné supe sin que nadie me lo dijera que no encontraríamos nada afuera, que todo apoyo había desaparecido, que otra vez estábamos tan solos, tan desesperados como cuando huíamos de los hombres robots, allá en las espesuras del Delta...

La fuerza de la explosión, desencadenándose en un nivel inferior al nuestro, había lanzado la caja del ascensor hacia arriba: y ahora estábamos en la calle, entre un montón de escombros. Y sólo supe que estábamos en la calle porque, quién sabe por qué milagro, una columna de alumbrado se mantenía curiosamente intacta.

Se había hecho de noche. Un humo acre, que ahogaba al respirar, llegaba de algún lado. Empezaron a caer gruesas gotas, calientes, viscosas por el polvo... Parecían coágulos...

—Tenemos suerte.

Favalli, experto y siempre técnico, recogía algo de entre los escombros al pie de la columna de alumbrado.

—La radiactividad no ha aumentado prácticamente nada.

Vaya a saber cómo, Favalli había encontrado un contador Geiger. Alcancé a verlo, era el modelo usado por los policías neoyorkinos; adiviné que él lo había sacado a algún agente muerto entre los escombros.—Por aquí —el capitán Timer habló con voz quebrada: el horror de lo que acababa de suceder empezaba a penetrarle el cerebro; seguro que todavía se resistía a creer que aquel Nueva York que viéramos desde lo alto, ya no existía más, que no era otra cosa que un tétrico y desolado montón de ruinas y de muerte.

—Por aquí... —repitió el capitán Timer.

Ahora tenía una linterna. El haz de luz penetró hasta bastante distancia a través del humo. Vimos la calle convertida en un camino cubierto de escombros; el haz de la linterna saltó a los lados, tembló: no había paredes, no había edificios, nada...

—El Comando Central... —el capitán Timer se aferró a la idea.

Seguramente estaba adiestrado para un momento como aquel; le habían enseñado que, de producirse el ataque atómico, los sobrevivientes debían reagruparse en torno al Comando Central, pues se descontaba que éste, por su posición en las entrañas de la tierra, resistiría cualquier ataque...

—El Comando Central... —el capitán Timer, tropezando, cayendo, avanzó por entre los escombros hacia el fondo de la calle.

Favalli y yo lo seguimos, no era mucho lo que podíamos hacer.

Más escombros. Hubo que trepar un gran pozo de manipostería; bajé, pisé entre otros escombros, algo blanco, todavía tibio. Aparté la mano con horror. Toqué en seguida algo duro, metálico, debía ser una bicicleta... Seguí a Favalli, que gruñía algo a pocos pasos delante de mí.

De pronto, él y Timer se habían detenido. Los alcancé. La linterna apuntaba ahora hacia abajo. A pesar de toda mi experiencia, debí contener el aliento.

Estábamos en el borde de un cráter. Un cráter inmenso, de no sé cuántas cuadras de extensión. De una profundidad imposible de precisar, porque el haz de luz no llegaba... Aquí y allá, en pantallazos, vi blanquear trozos de cemento, vi brillar chapas de acero, adiviné que habían sido las paredes reforzadas del Comando Central. De algún lugar indeterminado llegaba el rumor sordo de una cascada de agua que estaba llenando el cráter; pronto quedaría convertido en un gran lago.

—El Comando Central... —el capitán Timer miró a Favalli, luego a mí, como buscando ayuda. Todo lo que lo había sostenido hasta entonces desaparecía: las bases de la disciplina, incluso las bases del coraje...

Y no estaba adiestrado para aquello.

Favalli lo palmeó, lo hizo volverse:

—Ahora tenemos que... —Favalli dejó la frase en el aire, tuvo que interrumpirse: desde lejos nos llegaba un extraño repiqueteo...

Supe en seguida lo que era.

—Tiros... En alguna parte se está combatiendo...

—Sí... —asintió Favalli—. Mejor nos...

Tampoco ahora terminó. Un nuevo tiroteo se sentía a lo lejos, ahora en otra dirección...

De pronto escuchamos un gran vocerío distante, como un gran mar embravecido. ,

—Hay pánico por algún lado...

Favalli habló con voz opaca; había mucho de aterrador en la desolación que nos rodeaba, en la terrible violencia de la explosión, de la que eran mudos testigos los gigantescos escombros, en los tiroteos, en el vocerío distante. Como si de pronto nos hubiéramos visto envueltos por un inmenso, brutal huracán de violencia y de muerte, huracán ante el cual nada podíamos hacer.

—Menos mal que hay ninguna radiactividad... —Favalli trataba de aferrarse a algo para no perder la razón—. Los Ellos han usado un proyectil "limpio".

También yo traté de no pensar, también yo traté de que el cerebro se ocupara de algo inmediato para no enloquecer:—Raro que no llegaran antes otros proyectiles... Nueva York, hasta ahora se había ido salvando.

—Este no es el primer ataque que sufrimos—. El capitán Timer pareció agradecer la oportunidad de hablar de algo concreto, de no pensar en la incalculable catástrofe en que

estábamos sumergidos—. Nuestros científicos habían levantado en la frontera un verdadero cinturón de ondas electromagnéticas... Era el sistema supersecreto en que se basaba nuestra defensa durante la guerra fría contra Rusia. El cinturón de ondas electromagnéticas funcionó bastante bien; fueron más de veinte los cohetes anulados en pleno vuelo... Fue el mismo cinturón de ondas el que salvó a las grandes ciudades de la nevada mortal que cayó en otras partes d«l mundo.

—¿Nueva York también fue atacada por la nevada mortal? —Favalli había echado a andar por entre los escombros; Timer y yo lo seguíamos. Cualquiera, al oírnos hablar, nos habría confundido con tres paseantes...

—Sí, Nueva York fue atacada por la nevada mortal. Pero, como les decía, el cinturón de ondas electromagnéticas desintegró en la alta atmósfera los copos radiactivos. Ni una sola partícula cayó a la Tierra.

—¿Y ahora?¿Qué ha pasado para que de pronto el cinturón de ondas haya dejado de funcionar, para que haya podido pasar el proyectil?

El capitán Timer nos miró con expresión desolada, como si él tuviera la culpa de algo. El no podía saber lo ocurrido, pero no era difícil adivinarlo: la técnica de los Ellos era demasiado avanzada; no les habría sido difícil encontrar la manera de anular la barrera de ondas electromagnéticas y destruir Nueva York con un proyectil.

Me estremecí: si los Ellos podían anular a voluntad las defensas, ahora podían repetir el impacto cuantas veces quisieran. Nos sería muy difícil sobrevivir ante un nuevo ataque.

No dije nada a mis dos compañeros, pero seguro que pensaron lo mismo. Los tres apuramos el paso, comenzamos a correr lo más rápido que nos permitían los escombros.

El cansancio de la carrera se hizo pronto angustioso: era irracional moverse así; para estar a salvo de un nuevo proyectil deberíamos desplazarnos quizás a decenas de kilómetros desde donde estábamos. A la velocidad que corríamos, apenas si extremando el esfuerzo resistiríamos un par de miles de metros...

De pronto, el vocerío que habíamos oído antes se hizo más cercano hasta que a una cuadra los vimos: era una multitud enloquecida escapando por un boquete abierto entre los escombros. El resto de un letrero metálico nos indicó de donde salían: era gente a la que la explosión había sorprendido viajando en subterráneo.

Más tiros; ahora, próximos. Alguna explosión ahogada. Por entre los restos mutilados de alguna construcción todavía en pie vimos alzarse un humo negro, con llamas rojizas en la base: empezaban los incendios...

Seguimos corriendo; se podía avanzar en cualquier dirección; habían desaparecido las calles, tropezábamos en un mar de escombros que cedían bajo nuestros pies; varias veces caímos, nos lastimamos, la fatiga nos ahogó... Pero igual seguimos escapando.

Se levantaban ráfagas de un viento arrasador y a pantallazos podíamos ver hasta varias cuadras de distancia.

—La nube atómica empieza a desintegrarse —dijo Favalli.

Me irritó su esfuerzo por explicarlo todo. ¿No era preferible abandonarse al pánico, no pensar más en nada?

"Habría sido mejor que nos capturaran, que nos convirtieran en hombres robots", pensé. El esfuerzo de la carrera me rendía, me dolía todo el cuerpo, el pecho me estallaba. "Todo habría terminado ya para nosotros; estaríamos tranquilos. Y..."

Un destello verdoso me interrumpió; choqué con Favalli, que también se paró bruscamente.

Miramos aturdidos en derredor: por todas partes reinaba una claridad verde, muy intensa.

—¡Miren! —el capitán Timer señalaba hacia arriba y a un lado.

Allá, por entre el humo y las oscuras volutas de la nube atómica, resplandeciendo como una fabulosa joya, descendía una especie de enorme burbuja deforme y fosforescente.

De contorno cambiante, como si estuviera hecha de material plástico, tenía en la parte media una serie de oscuros círculos metálicos que brillaban grises, amenazantes: pensé en la línea de cañones de algún viejo buque de guerra.

Comparándola con los restos de edificios cercanos, la burbuja era enorme, fuera de la dimensión de cualquier vehículo humano. No tengo idea de cómo se desplazaba, sólo sé que la parte inferior aparecía envuelta en una nube de vapor blanquecino.

Y no pude seguir mirándola porque ya Favalli me tomaba del brazo y me empujaba hacia un lado:

—¡Vamos!... ¡ Escondámonos allí! —dijo señalando lo que quedaba del esqueleto de una casa.

Corrimos detrás de Favalli y pronto estuvimos en el esqueleto; trepamos por una escalera de incendio, asombrosamente intacta, hasta el segundo piso. Desde allí volvimos a mirar a la burbuja. Ya había terminado de descender: patas cortas, macizas, seis en total, la sostenían sobre los escombros a un par de metros de altura. Había mucho vapor en la parte inferior, pero vimos un par de grandes escotillas que se abrían para extender lo que parecieron anchas escaleras. Por ella vimos descender lo que a la distancia nos pareció un diminuto río oscuro...

—Hombres robots —murmuró Favalli.

Sí, eran centenares, miles de hombres robots que salían de la burbuja y se esparcían por el sendero de escombros, en pequeños grupos de diez o quince; todos bien armados cargados además con extraños bultos: llevaban, sin duda, desarmadas, distintas partes de las instalaciones de los Ellos.

—¡Es una invasión! —exclamó el capitán Timer mirando con ojos desorbitados.

Estaba sucio de polvo, sudoroso y anhelante por la carrera, trabajado el rostro por los dedos torpes del terror... Pero no lo compadecí ni sentí desprecio: seguro de que mi rostro no se diferenciaba en nada del suyo.

—Sí, es la invasión —asentí—. ¡Nueva York empieza a padecerlo mismo que Buenos Aires!... ¡Lo mismo que quién sabe cuantas otras ciudades!

—Pronto estarán por este lado las primeras avanzadas...

Sí, había que pensar en reanudarla huida, ahora en otra dirección, para alejarnos del centro de la invasión.

—Tranquilos... —Hubo una inesperada nota de alivio en la voz de Favalli...—. Si los Ellos están aquí, quiere decir que no caerán nuevos proyectiles... Es un consuelo.

Timer y yo tardamos en comprender, pero Favalli tenía razón. Ya teníamos experiencia en lidiar con los hombres robots; era mil veces preferible luchar contra ellos que estar expuestos al estallido de algún proyectil.

—¡Miren la burbuja! —gritó Favalli señalando la extraña nave. La burbuja había sufrido un inesperado cambio: de la parte superior le crecía, con increíble rapidez, un largísimo tallo metálico, muy derecho, que subía y subía, rematado por una esfera erizada en puntas.

Era fascinante ver crecer aquella increíble antena; en pocos segundos llegó a más de quinientos metros de altura.

Mientras, otras escotillas se abrían en los flancos de la burbuja: como abejas de una colmena, comenzaron a salir pequeños vehículos aéreos, de contornos irregulares, que se parecían extrañamente a tantas ilustraciones de platos voladores que viera en los diarios y revistas de hacía cinco o seis años.

Eran vehículos velocísimos que rápidamente ganaban altura, lanzándose hacia el dosel de humo espeso que todavía colgaba en jirones desde lo alto.

—No será tan fácil escapar... —El capitán Timer habló con voz estrangulada; le costaba mantener el control—. De alguna manera nos verán; seguro que nos atacarán...

—La cuestión es no dejarse ver.

Favalli, instintivamente, se apretó contra la columna de cemento, y Timer y yo nos parapetamos contra el piso, como si ya algún Ellos pudiera estar observándonos.

Hubo un destello vivísimo en lo alto y un estampido ensordecedor que hizo retumbar la estructura de cemento.

—¡Estalló uno délos platos!—dijo Favalli señalando hacia un lado.

Miré y vi una bola de fuego suspendida allá arriba; ya caían fragmentos brillantes, como de vidrio.

Un poco más allá centelleó una súbita línea de fuego, como la ráfaga de una bala trazadora que hizo impacto en otro de los platos.

Un nuevo destello vivísimo, otra explosión ensordecedora.—¡Estupendo! —Favalli, olvidando por un momento toda precaución, se asomó afuera tratando de descubrir desde dónde venían los proyectiles—. Desde alguna parte los están contraatacando.

No había terminado Favalli de hablar cuando una luz roja nos buscó de pronto. La esfera erizada de puntas en lo alto de la larguísima antena se acaba de encender. De cada punta partía un haz de luz rojiza; era como si de pronto se hubiera abierto una enorme sombrilla de luz que protegiera a la burbuja y a una vasta zona circular, dentro de la cual veníamos a quedar también nosotros.

Otros estallidos, otros estampidos. Pero ahora afuera de la sombrilla.

—También los Ellos disponen de defensas electromagnéticas... —murmuró Favalli, tragando saliva, desalentado—. Todo lo que está dentro del cono de luz roja ha quedado invulnerable a los ataques desde afuera.

—¿De qué te sorprendes, Fava? ¿Acaso no sabes de sobra de lo que son capaces los Ellos? ¿Cómo pudiste imaginar que con simples cohetes antiaéreos los íbamos a vencer?

No sé de dónde saqué tanta calma para reprocharle así: quizá el cansancio; tal vez el hábito de que siempre salíamos derrotados, de vivir de prestado, siempre en el filo mismo de la muerte y de la destrucción definitiva me anestesiaba la sensibilidad permitiendo que mi cerebro funcionara con calma.

—¡Vienen!

El capitán Timer señalaba ahora hacia abajo.

También yo los vi, demasiado cerca ya, corriendo, saltando por entre los escombros: una partida de diez hombres robots, armados de fusiles automáticos, de bazookas, cargados con varias cajas blindadas.

Ninguno de ellos miraba hacia arriba; todos tenían demasiado concentrada la atención en los escombros que pisaban, para evitar las caídas.

—Pero... ¿quiénes son? —preguntó Timer.

Habíamos olvidado que Timer estaba completamente en ayunas sobre los hombres robots.

—Son hombres capturados por los Ellos... —comencé.

Le expliqué sintéticamente el horror de la teledirección.

—Yo fui un hombre robot —intervino Favalli—. Confieso que preferiría morir a tener que repetir la experiencia.

—Debe de ser atroz... Ahora les veo el aparato en la nuca.

Sí, ya los hombres robots pasaban debajo de nosotros, ya podíamos verles los dispositivos de telecomando.

—Si no nos ven... —comencé a decir.

—¡Nos están rodeando! —gritó Timer, incorporándose, repentinamente fuera de sí—. ¡Y nosotros dejándonos envolver sin intentar nada!

—¡Cállese! —Favalli trató de convencerlo, pero un violento empellón lo hizo a un lado.

Timer alzó su metralleta, apuntó a los hombres robots.

Pero yo no vacilé: Timer me había olvidado, me estaba ofreciendo la nuca.

Le di con todo. Un puñetazo rabioso que me hizo doler la muñeca.

Se desplomó sin un quejido.

Favalli y yo nos incrustamos contra el cemento.

Uno, dos minutos de espera ansiosa.

Favalli se asomó de a poco...

—No nos descubrieron... —resopló aliviado.

También yo me asomé. En pequeños grupos, seguían desfilando los hombres robots bajo nosotros. Armados con metralletas, con fusiles; algunos traían armas cortas, de cañón grueso, que nunca había visto antes:—¿Y eso, Fava? ¿Qué armas son?

—Lanzagranadas, Juan. Modelo norteamericano con proyectiles de 40 mm.

Hablábamos con tono impersonal, como si comentáramos una película en la que nosotros mismos no tuviéramos nada que ver. Era tanta ya la costumbre que teníamos del peligro, de la muerte tan próxima.

—¿Qué hacemos, Fava? Si nos movemos, nos pescan.

—No tenemos necesidad de movernos. Esperaremos a que oscurezca. Quizá entonces los Ellos levanten la barrera de ondas y podamos escapar. Todo depende de que los hombres robots no nos descubran. Y de que...

—¡Cuidado!

Demasiado tarde.

Ya Timer había reaccionado, ya estaba de pie, en el borde del piso de cemento, ya apuntaba hacia los hombres robots.

Restalló la metralleta.

Dos hombres robots se encogieron, cayeron. Otros saltaron a un lado, se parapetaron tras los escombros, apuntaron hacia el capitán.

Ahora habló la metralleta de Favalli: eran ya inútiles las precauciones, había que "cubrir" al capitán y yo también disparé.

Pero Timer estaba demasiado expuesto y tres balazos lo alcanzaron en rapidísima sucesión.

Soltó la metralleta, dio un paso atrás... Se repuso, avanzó... Perdió pie...

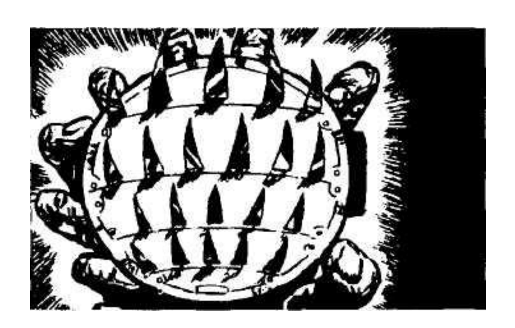
Y cayó al vacío.

Con ruido seco, los proyectiles de los hombres robots seguían dando contra el cemento; con los balazos que pasaban por todas partes, apenas si Favalli y yo podíamos disparar con alguna precisión.

Alcancé a ver un hombre robot apuntando con un lanzagranadas.

—¡Cuidado, Fava! ¡Una granada! ¡Agáchate! La granada golpeó contra el techo de cemento, cayó detrás de Favalli, estalló...

El intenso fogonazo y luego nada más.



Desperté en un mar lechoso.

Luz sin focos, que venía de todas partes.

Traté de moverme pero no pude.

No, no estaba herido; al menos no me dolía nada. Y estaba lúcido.

Una silueta apareció encima de mí, un rostro humano se me acercó.

¿Rostro humano?

Frente alta, ojos hondos. Una mano de dedos múltiples sostenía algo que no pude ver bien...

¡Era un mano!

Sacudido por el pánico, hice un esfuerzo desesperado por huir. Pero no pude mover ni un dedo.

El mano me sonrió; recordé, como en un pantallazo, al mano que nos capturara en las Barrancas de Belgrano hacía... ¿cuánto?: ¿semanas? ¿siglos?

Pero en seguida dejé de ver al mano.

Todo lo que vi fue el aparato que sostenía entre los dedos.

Lenguas aceradas, que se adivinaban agudísimas.

Un aparato de telecomando: iban a convertirme en hombre robot. Dedos múltiples sosteniéndome la cabeza, tanteándome ya la nuca.

Grité sin un sonido, la boca cerrada.

Me soltó la cabeza.

Se enderezó, miró a un lado.

Un zumbido entrecortado, a intervalos desiguales.

"Debe de estar recibiendo instrucciones", pensé. "¿Tendré ya en la nuca el telecomando? Favalli dijo que se sufría tanto... Yo no sentí nada... Ni..."

El mano se volvió hacia mí.

Tenía el telecomando todavía entre los dedos.

"No soy un robot...", pensé.

El mano meneó la cabeza, dejó a un lado el telecomando y trajo una banda transparente.

Comenzó a envolverme los pies.

Sí, empezó a vendarme como si fuera una momia. Para hacerlo tuvo que ladearme, y ahí creí que el corazón se me detenía: allí a un metro de distancia, estaba Favalli, vendado ya de la cabeza a los pies. Momia extraña de algún rito incomprensible. Me miró con ojos aturdidos, aterrados. Como yo lo estaba mirando a él, seguro.

El mano seguía envolviéndome.

Pensé en una araña monstruosa envolviéndome en "tela", haciendo un paquete para devorarlo después.

"¿Para qué nos reservan?¿Que harán con nosotros?"

Estábamos inmovilizados, nos vendaban... ¿Era para que no muriéramos?¿Para observarnos?

"Hay avispas que paralizan arañas para poner sobre ellas los huevos. Así, cuando salen las larvas, encuentran abundante alimento a su disposición..."

¿Qué sabíamos de la biología de los manos?¿Qué sabíamos de los Ellos? ¿Qué sabíamos acerca de por qué invadían la Tierra?

Ya concluía el mano. Ya me vendaba el rostro. Pude seguir viendo porque la venda era finísima.

El mano desapareció por unos momentos y volvió con algo que me pareció la mitad alargada de una cápsula transparente.

Me metió adentro, cerró con otra tapa igual. Hizo lo mismo con Favalli.

"Ataúdes".

¿Era, finalmente, la muerte? Quién sabe por qué no servíamos como hombres robots. Se deshacían de nosotros...

Raro, pero sentí un alivio enorme. Sólo entonces supe cuan cansado estaba. Sí, mejor terminar cuanto antes.

Un dolor atravesándome de lado a lado; estaba pensando en Elena, en Martita... También ellas habían pasado por lo mismo... Elena, Martita... Elena, Martita...

Algo nos movió, nos alzó con cápsula y todo. Alcancé a verlo: era un enorme brazo articulado que nos llevaba, suspendidos en el aire.

De pronto, la burbuja gigantesca. La cosmonave que descendiera sobre las ruinas de la atomizada Nueva York.

Una gran boca se abrió a un lado de la burbuja y por allí nos introdujo el brazo articulado.

Nos recogió una cinta transportadora que nos dejó en un recinto de paredes transparentes. Recinto extraño, de ángulos desiguales.

"¿Nos ultimarán aquí...? Pero... ¿se tomarían tanto trabajo si sólo se trata de ultimarnos?"

Un mano en un extremo del recinto. Manejando palancas, apretando diales de formas absurdas.

Hubo un aullido prolongado, un sacudón, como un ascensor que arrancara de pronto, y se me nubló la vista. Por un momento no pude ver nada.

Cuando recuperé la visión no había casi luz.

Por las paredes transparentes se veían las estrellas, millones de estrellas que perforaban una negrura profunda, de terciopelo. A un lado, un gran globo iluminado a medias.

Por entre un colchón de nubes reconocí el dibujo de una punta: Sudamérica... Era la Tierra...

Estábamos en el espacio, alejándonos más y más...

Era difícil no creer que aquello no le pasaba a algún otro. La Tierra, como un gran globo terráqueo iluminado a medias y envuelto en nubes, se iba yendo, yendo, yendo...

Hasta que se redujo al tamaño de una naranja, y luego fue una pelota de ping-pong, y luego fue un punto más entre tantos que brillaban contra el espacio negro, y pronto desapareció del todo...

Pero no pudimos reflexionar sobre todo aquello: un aroma acre saturó el aire, sentí que los ojos me lloraban... Nada más.

Desperté a la luz de un sol violáceo.

Ninguna venda me ceñía el cuerpo, tenía los miembros libres, respiraba con facilidad. Sentía la cabeza como si hubiera bebido alcohol; no mucho, pero lo suficiente...

Favalli, siempre a mi lado. Los dos en una especie de banco duro, con respaldo.

Había otros hombres a nuestro alrededor, algunos ya de pie. Rostros desconcertados, ninguno con demasiado temor: habíamos visto tanto que ya nada nos sorprendía, ya el miedo era costumbre.

Nubes bajas, de contornos duros. Paisaje árido, con rocas lisas, cortadas a grandes planos. Parecían inmensos cristales. ¿Serían artificiales?

Antenas extrañas, muy altas, limitaban el lugar donde estábamos.

"Supe" que estábamos encerrados, que aunque quisiéramos no podríamos escapar. Ondas invisibles liarían las veces de muralla.

De entre dos rocas se alzó como una escotilla de metal, y subió una plataforma, también metálica, negra. En la plataforma estaba ya instalado un mano, sentado ante un complicado tablero. Me pareció estar otra vez en la glorieta de las Barrancas de Belgrano, esperando que me colocaran en la nuca el aparato que me convertiría en un hombre robot.

—¿Qué te parece que nos harán, Fava?

—No tengo ni idea, Juan...

—¿Nos convertirán en hombres robots?

—No lo creo... Ya lo habrían hecho apenas nos capturaron, allá en la Tierra... ¿Para qué se tomarían el trabajo de traernos hasta aquí?

"¿Hasta dónde?"

Quise seguir preguntando pero ya el mano estaba hablando, y cuando habla un mano hay que escuchar...

—Como ya lo saben por experiencia propia, la vida es dura, muy dura en la Galaxia... Ustedes, en la Tierra, han vivido alejados de todo. La vida para ustedes ha sido fácil, demasiado fácil. La Tierra ha tenido el enorme privilegio de vivir aislada. Pero la suerte de la

Tierra se terminó. Desde que el Enemigo ocupó los planetas del Alfa del Centauro, la Tierra, igual que los demás planetas del Sol, se ha convertido en lugar de enorme valor estratégico. Por eso se decidió la invasión de la Tierra... para que el Enemigo no la ocupe.

—Algo así como la invasión de Noruega por Alemania —gruñó cerca mío un hombre de rostro afilado—. Para que los aliados no la ocuparan.

—La Tierra fue invadida de urgencia, por eso la invasión no fue todo lo contundente que debía ser ... Por eso están ustedes aquí, todavía vivos...— los ojos del mano nos escrutaron; ojos duros, agudos, muy diferentes a los de aquel mano que conociéramos en Buenos Aires.

—Pero siempre sacamos algo útil de los tropiezos —continuó el mano—. La lucha en la Tierra sirvió para demostrarnos que hay hombres que pueden sernos muy útiles en la lucha contra el Enemigo. Sobre todo para luchar contra él en planetas de condiciones naturales similares a las terrestres...

—En otras palabras, está pensando en usarnos como mercenarios, ¿eh? —el hombre de rostro afilado se rió con risa seca.

—No exactamente. Los mercenarios pelean por dinero. Ustedes pelearán para no morir. Aquellos de entre ustedes que se nieguen a luchar contra el Enemigo serán muertos en el acto.

—No se lucha por miedo... ¿Qué clase de soldados seremos entonces?

—De acuerdo, no se lucha por miedo. Pero sí se lucha por sobrevivir. Justamente por eso están ustedes aquí. No los hemos convertido en meros hombres robots porque ustedes han demostrado iniciativa, capacidad de resistencia, un fabuloso deseo de vivir... Cada uno de ustedes fue capturado después de mucha lucha, y algunos — aquí el mano nos miró a Favalli y a mí— han sido capaces de sobrevivir en circunstancias increíbles. Por eso están ustedes aquí: porque demostraron ser los mejores entre los terrestres.

—No deja de ser un consuelo... —otra vez la risa seca—. ¡Hemos llegado a las finales!... Pero —agregó, levantando la voz—: ¿cómo haremos para pelear si no sabemos por qué lo hacemos ni contra quién?

—El porqué no les interesa. Básteles saber que hay que luchar. Los Ellos están trabados en lucha mortal contra el Enemigo, que comenzó ya la invasión de la Galaxia. Nosotros los manos, como ustedes los hombres, nos debemos a los Ellos. Por eso peleamos.

—No aclara mucho las cosas, ¿verdad? —hubo sarcasmo y a la vez una rabia loca en la voz del hombre de la cara afilada, le temblaban los labios al hablar—. Los hombres, después que nos han arrasado la Tierra, nos debemos a los Ellos... ¿Quiénes te crees que somos? ¿Superesclavos? Yo no pienso mover un dedo a favor de los Ellos.—,No?

—¡No!

Un silencio. El mano miró al hombre con ojos calmos, como pensándolo.

—Adelántate.

—No.

—Es igual.

El mano apretó una tecla.

El hombre fue empujado hacia adelante por algo a la vez invisible e irresistible.

—¿Qué opina tu compañero? —el mano miró al vecino del hombre de la cara afilada, un petiso rechoncho, de aspecto insignificante.

—Este__yo... —el hombrecillo trató de decir algo, pero no pudo.

—Tranquilo, José —el otro trató de calmarlo—. Llegamos al fin del camino, eso es todo. Y en cierta manera mejor que sea así.

Otra vez apretó el mano la tecla. El hombrecillo fue empujado hacia adelante, quedó lado a lado con el otro. El mano volvió a mirar a éste:

—¿Quién te crees que eres?¿Acaso un Dios? Por última vez: ¿pelearás o no por los Ellos?

—¡No!

El mano meneó la cabeza. Apretó otra tecla.

Una vibración en una antena, un relámpago: el hombre del rostro afilado y su compañero abrieron la boca, una luz cruda los iluminó por un instante, en seguida sólo se vio la luz, los dos ya no estaban, apenas si humeaba algo sobre el suelo rocoso...

El hombre de la cara afilada y su compañero habían sido desintegrados...

—Bien, ¿algún otro se opone a pelear contra el Enemigo?

Pero pensé en Elena, en Martita. Me contuve.

Habría que seguir el ejemplo. Aquel hombre había muerto fiel íl sí mismo, muy digno. También Favalli se contuvo.

Supe por qué lo hacía: la muerte-gesto cuando no puede dar fruto, es más fuga que coraje.

—¿Ningún otro se opone a pelear contra el Enemigo? —preguntó el mano.

Ninguno se movió.

—Bien. No les explicaré más, porque por ahora no es necesario; sería perder el tiempo. Porque sólo unos pocos de entre ustedes podrán luchar contra el Enemigo.

Tragué saliva, y no debí ser el único, porque el mano contuvo una sonrisa.

—No se lo esperaban, ¿eh? Sin embargo, ya les dije que la vida en la Galaxia es dura, muy dura, como no lo imaginaron nunca los habitantes de la Tierra...

Ni sombra ya de la sonrisa en los labios del mano.

—Necesitamos guerreros. Pero sólo nos interesan los mejores. Sólo los mejores pueden recibir nuestras armas. Ustedes demostraron al sobrevivir, al luchar contra nosotros, ser los mejores en la Tierra. Ahora procederemos a elegir a los mejores entre ustedes... Veamos... —el mano recorrió con la vista una especie de tablilla—, son ustedes en total uno quinientos hombres... Nos quedaremos sólo con cien... Es decir, con uno de cada cinco.

Miré a Favalli, él me miró a mí. ¿Cómo harían la selección? ¿Qué destino darían a los terrestres que no fueran elegidos?...

—Casi todos ustedes —explicaba ya el mano— han sobrevivido actuando en parejas. Según parece la asociación más eficiente es un grupo de dos...

"Ninguna mujer entre los elegidos", pensé, recién se me ocurría. "¿Por qué será?"

—Mantendremos las parejas que ustedes mismos han formado. Los que están solos elegirán compañeros de lucha. Las parejas serán agrupadas en series de cinco. Cada serie de cinco parejas recibirá la consigna de dominar determinado asteroide. La pareja que resulte dominadora será la elegida.

Tardé en comprender. Tampoco otros entendieron, alguno preguntó:

—No lo veo claro... ¿Quiere decir que cada grupo de cinco parejas tendrá que llegar primero a cierto asteroide?

—No. He dicho "dominar"; por dominar se entiende quedar dueño absoluto. Cada pareja déla serie recibirá los medios para llegar al asteroide y luchar en él. La pareja que venza a todas las otras, que "domine" en el asteroide, será la elegida.

—¿Qué quiere decir con "que venza a las otras"? —Favalli preguntó con voz hostil.

—Que las mate. Eso quiere decir. Nada de abandonos, de rendiciones: matar o morir.

Quedé aturdido. Busqué el apoyo de Favalli, pero estaba mirando el suelo. También en los demás hubo desconcierto, se miraron sin comprender. O comprendiendo ya demasiado.

Para ser elegido había que matar a las otras cuatro parejas...

Favalli alzó la cabeza. Me miró como nunca lo hiciera antes. Enderezó los hombros y avanzó.

—Me opongo —dijo con voz calma—. No mataré a otros hombres para salvarme.

No sé cómo lo hice, avancé, me puse al lado de Favalli.

—También yo me opongo.

—¡Y nosotros! —otra pareja se adelantó.

Sin hablar, otras parejas nos imitaron. Más de una tercera parte se negaba a tomar parte en la prueba.

—Ya viste lo que les pasó a los otros dos —el mano miró a Favalli con ojos helados—. ¿Quieres que te pase lo mismo a ti? ¿A ti y a tu compañero?

—Acepto pelear contra el Enemigo si no hay otro remedio —Favalli contestó con voz entera, aunque algo cansada—. Pero nunca mataré a otro hombre, a sabiendas, para salvarme. Precisamente, si acepto pelear contra el Enemigo es porque pienso que de alguna manera con ellos serviré al género humano. Pero si el precio es luchar contra otros hombres, ya no puedo hacerlo.

—Bien, todos los que piensan como éste que se agrupen allí.

Un momento más y quedamos divididos en dos grupos. Por un lado los que nos oponíamos a matar a otros hombres. Por el otro, los más, los que sólo pensaban en su propia subsistencia...

—Bien... la selección se va simplificando...

El mano nos sonrió.

Extendió la mano sobre el teclado que tenía delante y hubo como una ola de dedos apretando teclas.

Una luz en la antena.

Miré a Favalli. Sonreí también yo.

Más violenta la luz.

Un destello vivísimo.

Lentamente se fue apagando la luz.

Favalli me miró como desconcertado. También los otros se miraban aturdidos... No nos había pasado nada...

El otro grupo, el que sólo había pensado en subsistir, no era más que un manchón de restos que humeaban sobre el suelo rocoso.

—Bien —el mano sonrió, enigmático—. De un golpe eliminamos de la selección a todos los sobrevivientes por puro instinto. Quienes nos interesan son los que lucharon, los que se salvaron por algo, no sólo por cuidar el pellejo. Seguiremos con la selección . Pero —aquí se le acentuó la sonrisa—, introduciremos un pequeño cambio en el método... Tendrán que luchar sí, para demostrar ser elegibles. Pero no pelearán contra otros seres humanos. Pelearán

contra seres de otros planetas. La invasión a la Tierra no ha sido la única, la cosecha de sobrevivientes en otros planetas ha sido también grande, debemos elegir con cuáles nos quedaremos. Cada pareja de hombres luchará contra tres parejas de seres extraterrestres... ¿De acuerdo?

Aquello cambiaba todo. O no: ¿qué más daba, luchar contra alguna fiera, contra algún monstruo proveniente de otro planeta?

Todos debieron pensar lo mismo, ninguno se opuso ya...

SONDAS

CIENCIA

En algún lugar de los vastos arenales de Marte hay un cristal muy pequeño y muy extraño.

Si alzas el cristal y miras a través de él, verás el hueso detrás de tu ojo, y más adentro luces que se encienden y se apagan, luces enfermas que no consiguen arder, son tus pensamientos. Si oprimes entonces el cristal en el sentido del eje medio, tus pensamientos adquirirán claridad y justeza deslumbrantes, descubrirás de un golpe la clave del Universo todo, sabrás por fin contestar hasta el último porqué.

En algún lugar de Marte se halla ese cristal.

Para encontrarlo hay que examinar grano por grano los inacabables arenales.

Sabemos, también, que, cuando lo encontremos y tratemos de recogerlo, el cristal se disgregará, sólo nos quedará un poco de polvo entre los dedos.

Sabemos todo eso, pero lo buscamos igual.

AMOR

Desnudos, se hacen el amor delante de la chimenea.

El resplandor de las llamas les caldea la piel, los cuerpos son un solo, rítmico latido.

Un solo, rítmico latido cada vez más pujante.

Agotados, los tres cuerpos se desenroscan lentamente, las antenas se separan. Las llamas se multiplican en las escamas triangulares.

EXILIO

Nunca se vio en Gelo nada tan cómico.

Salió de entre el roto metal con paso vacilante, movió la boca, desde el principio nos hizo reír con esas piernas tan largas, esos dos ojos de pupilas tan increíblemente redondas.

Le dimos grubas, y linas y kialas.

Pero no quiso recibirlas, fíjate, ni siquiera aceptó las kialas, fue tan cómico verlo rechazar todo que las risas de la multitud se oyeron hasta el valle vecino.

Pronto se corrió la voz de que estaba entre nosotros, de todas partes vinieron a verlo, él aparecía cada vez más ridículo, siempre rechazando las kialas, la risa de cuantos lo miraban era tan vasta como una tempestad en el mar.

Pasaron los días, de las antípodas trajeron margas, lo mismo, no quiso ni verlas, fue para retorcerse de risa.

Pero lo mejor de todo fue el final: se acostó en la colina, de cara a las estrellas, se quedó quieto, la respiración se le fue debilitando, cuando del ó de respirar tenía los ojos llenos de agua. ¡Sí, no querrás creerlo, pero los ojos se le llenaron de agua, d-e a-g-u-a, como lo oyes!

Nunca, nunca se vio en Gelo nada tan cómico.

GÉNESIS

Y el hombre creó a Dios, a su imagen y semejanza.

Y hubo amor, y placer, y virtud en el mundo. Y los días fueron largos, demasiado largos.

Entonces el hombre creó al Demonio, a su imagen y semejanza.

Y hubo así amor y odio en el mundo, placer y dolor, virtud y pecado.

Y los días fueron cortos, muy cortos.

Y fue bueno vivir.

UNA MUERTE

Yo andaba investigando la muerte del Jon.

Las huellas, luego de contornear todo el pueblo, me llevaron hasta la pequeña casa junto al río, casi perdida entre los juncos.

No hacía frío, pero igual me subí las solapas del abrigo y hundí las manos en los bolsillos.

Subí cinco escalones no muy seguros, empujé la puerta, entré.

Jaulas, pajareras por todas partes. De fabricación casera.

Pájaros de colores: cotorras, cardenales, pechos colorados, canarios. Pájaros grises, pájaros marrones. Grandes y chicos.

Avancé: fue como entrar en una nube de píos, trinos, gorjeos. Y de olor denso, cálido.

De entre dos pajareras salió el hombre. Tricota agujereada, cabeza blanca. Ojos curiosamente grandes y claros en el rostro ceniciento, lleno de arrugas; un rostro muy gastado, pero abierto, cordial.

—Hace tres días... —empecé.

Y me detuve. Me miró por un momento. Miró al piso, volvió a mirarme. Ya nos estábamos entendiendo.

—¿Amigo suyo?

Asentí.

—¿Sabe lo que..., lo que le pasó?

Volví a asentir.

—Me lo imagino. Sé que estaba muy enfermo.

Me acercó una silla de paja. El se sentó en un cajón vacío.

—Ahora que lo pienso —se rascó la cabeza—, quizás debí decírselo a la policía. Pero cuando sucedió no me pareció necesario. No hubieran comprendido nada; usted me entiende.

—Por supuesto.

—Ya todos me creen loco, sin necesidad de un cuento semejante —sacudió la cabeza, tenía las manos sobre las rodillas flacas; manos de dedos largos, delicados—. Además, ¿por qué habría de elegir mi casa para morir? El comisario no lo entendería nunca. Claro, podía haber ido al médico. O a ver al cura. Pero no, tuvo que caminarse toda la distancia hasta aquí.

Yo sólo sabía que el Jon estaba muerto. Lo dejé hablar.

—Aunque creo saber por qué me eligió a mí, al "Churrinche", el loco "Churrinche", el pajarero... Él sabía que yo era el único en todo el pueblo que lo dejaría morir tranquilo y sin preguntas. De tanto andar con animales uno termina por amigarse, por entender a todo lo vivo, venga de donde venga...

Me miró con los ojos claros: tenían algo de charcos de agua quieta. Yo hubiera hecho lo mismo que el Jon.

—Claro, al principio me tomó por sorpresa; yo no estaba preparado para verlo. Llegó del lado del río, lo sentí chapotear en el juncal; cuando subió los escalones creí que era José o el Negro, o cualquiera de los vagabundos de siempre. Tardó en entrar, el último escalón le costó

mucho trabajo; pensé que estaría borracho, no le hice caso. Pero, al llegar a la puerta se apoyó en el marco, y recién entonces me di cuenta al verle la mano, tan verde y con los siete dedos.

Se levantó, fue hasta un brasero donde temblaba una pava.

—¿Un matecito?

Dije que sí con la cabeza.

—Estaba que se caía —mientras hablaba puso yerba en un jarrito enlozado—. Me di cuenta de que se moría, pero no quiso que lo acostara; insistió en sentarse ahí, donde está usted. Y se quedó medio caído, los ojos cerrados.

—Sé que eres amigo—me dijo de pronto, marcando mucho las letras—. Por eso hice toda la distancia hasta aquí...Sé que cuidas pájaros... Por eso vine.

"—¿Por los pájaros? —le pregunté.

"—Sí... Quiero pedirte un favor... ¿Podrías prestarme uno, uno cualquiera, hasta... hasta que no lo necesite más?

"Contesté que sí y le traje a la Manolita, la cotorra, que es la más mansita de todas. Se la ofrecí.

"—Gracias... —la mano le tembló cuando le puse el pájaro. Y Manolita se quedó **tan** quieta, tan cómoda entre los siete dedos—. Gracias... No tienes idea, pajarero, cómo tus pájaros se parecen a los sicalos nuestros... Son tan iguales...

"Le costó levantar la mano pero igual se tomó el trabajo, quería ver bien a Manolita.

"—Si uno sabe mirar, un solo pájaro..., un solo sicalo..., resume todas las bellezas de los mundos...

"Yo no decía nada, me daba tanta pena verlo respirar **tan** mal; además, cuando uno anduvo mucho entre animales sabe en seguida cuándo alguno se muere, así sea un perro o una persona o..."

El pajarero me tendió el humeante jarrito. Lo tomé con cuidado, para no quemarme.

—Su amigo apoyaba ahora la mano en la mesa, y no dejaba de mirar a la cotorra. Y volvió a hablar:

"—El pájaro..., el sicalo... es los días perdidos, es la infancia... Cuidar un pájaro es revivir la infancia... Por eso tú, pajarero, cuidas pájaros... No quieres desprenderte de la infancia...

"—No lo sé —le dije por decir algo—. Pero... ¿y los chicos que cuidan pájaros?

"—Los chicos que cuidan pájaros... Tienes razón... Los chicos no pueden recordar la infancia... —hizo una pausa, se quedó mirando largamente a la cotorra, que seguía quietecita en su mano; y de pronto agregó—: Los chicos que cuidan pájaros están recordando, reviviendo, sin saberlo, los días perdidos, la infancia de la especie...

"Volvió a callar, siguió mirando a Manolita. Y mirando, también, vaya uno a saber qué imágenes de otros tiempos, de otros lugares.

"—¿Quiere agua?¿Está realmente cómodo?

"No me contestó.

"Afuera se acababa la tarde igual que ahora.

"Pensé que alguno podría venir, la sorpresa que se llevaría al verlo allí.

"Manolita se alborotó de pronto, aleteó, se me vino hasta el hombro.

"La mano verde seguía igual, apoyada sobre la mesa.

"No tuve que tocarlo para saber que ya estaba muerto.

"Cavé una fosa en el albardón, lo enterré en el mismo lugar donde entierro a los pájaros que se me mueren.

"Y allí está ahora. Pensé ponerle una cruz, pero no... ¿Qué mejor cruz para él que la misma de los pájaros, el sol de cada día?"Me levanté. Ya sabía todo lo que quería sobre la muerte del Jon.

—Gracias —le devolví el jarrito enlozado.

El Jon, después de todo, había tenido una muerte buena.

El pajarero se levantó también.

—¿Eran muy amigos?

—Mucho.

Me tendió la mano.

Vacilé un momento, le tendí la mía.

Sonrió al sentir la presión de los siete dedos. Me dio una palmada en el hombro, me acompañó hasta la puerta.

Bajé los escalones, me fui por el juncal.

Ya había estrellas. Pero no, el Gelo no se veía. Demasiado distante.

Aunque no está tan lejos, pensándolo bien.

Un pájaro nocturno pasó volando bajo, en vuelo silencioso.

¿Un pájaro o un sicalo?

EL ÁRBOL DE
LA BUENA MUERTE

María Santos cerró los ojos, aflojó el cuerpo, acomodó la espalda contra el blando tronco del árbol.

Se estaba bien allí, a la sombra de aquellas hojas transparentes que filtraban la luz rojiza del sol.

Carlos, el yerno, no podía haberle hecho un regalo mejor para su cumpleaños.

Todo el día anterior había trabajado Carlos, limpiando de malezas el lugar donde crecía el árbol. Y había hecho el sacrificio de madrugar todavía más temprano que de costumbre para que, cuando ella se levantara, encontrara instalado el banco al pie del árbol.

María Santos sonrió agradecida; el tronco parecía rugoso y áspero, pero era muelle, cedía a la menor presión como si estuviera relleno de plumas. Carlos había tenido una gran idea cuando se le ocurrió plantarlo allí, al borde del sembrado.

Tuf-tuf-tuf.

Hasta María Santos llegó el ruido del tractor. Por entre los párpados entrecerrados, la anciana miró a Marisa, su hija, sentada en el asiento de la máquina, al lado de Carlos. El brazo de Marisa descansaba en la cintura de Carlos, las dos cabezas estaban muy juntas: seguro que hacían planes para la nueva casa que Carlos quería construir.

María Santos sonrió; Carlos era un buen hombre, un marido inmejorable para Marisa. Suerte que Marisa no se casó con Laico, el ingeniero aquel; Carlos no era más que un agricultor, pero era bueno y sabía trabajar, y no les hacía faltar nada.

¿No les hacía faltar nada?

Una punzada dolida borró la sonrisa de María Santos.

El rostro, viejo de incontables arrugas, viejo de muchos soles y de mucho trabajo, se nubló.

No. Carlos podría hacer feliz a Marisa y a Roberto, el hijo, que ya tenía 18 años y estudiaba medicina por televisión.

No, nunca podría hacerla feliz a ella, a María Santos, la abuela...

Porque María Santos no se adaptaría nunca —hacía mucho que había renunciado a hacerlo—, a la vida en aquella colonia de Marte.

De acuerdo con que allí se ganaba bien, que no les faltaba nada, que se vivía mejor que en la Tierra; de acuerdo con que allí, en Marte, toda la familia tenía un porvenir mucho mejor; de acuerdo con que la vida en la Tierra era ahora muy dura... De acuerdo con todo eso; pero, ¡Marte era tan diferente!...

¡Qué no daría María Santos por un poco de viento como el de la Tierra, con algún "panadero" volando alto!

—¿Duermes, abuela? —Roberto, el nieto, viene sonriente, con su libro bajo el brazo.

—No, Roberto. Un poco cansada, nada más.

—¿No necesitas nada?

—No, nada.—¿Seguro?

—Seguro.

Curiosa, la insistencia de Roberto; no acostumbraba ser tan solícito; a veces se pasaba días enteros sin acordarse de que ella existía.

Pero, claro, eso era de esperar; la juventud, la juventud de siempre, tiene demasiado quehacer con eso, con ser joven.

Aunque en verdad María Santos no tiene por qué quejarse: últimamente Roberto había estado muy bueno con ella, pasaba horas enteras a su lado, haciéndola hablar de la Tierra.

Claro, Roberto, no conocía la Tierra; él había nacido en Marte, y las cosas de la Tierra eran para él algo tan raro como cincuenta o sesenta años atrás lo habían sido las cosas de Buenos Aires —la capital—, tan raras y fantásticas para María Santos, la muchachita que cazaba lagartijas entre las tunas, allá en el pueblito de Catamarca.

Roberto, el nieto, la había hecho hablar de los viejos tiempos, de los tantos años que María Santos vivió en la ciudad, en una casita de Saavedra, a siete cuadras de la estación.

Roberto le hizo describir ladrillo por ladrillo la casa, quiso saber el nombre de cada flor en el cantero que estaba delante, quiso saber cómo era la calle antes de que la pavimentaran, no se cansaba de oírla contar cómo jugaban los chicos a la pelota, cómo remontaban barriletes, cómo iban en bandadas de guardapolvos al colegio, tres cuadras más allá.

Todo le interesaba a Roberto: el almacén del barrio, la librería, la lechería... ¿No tuvo acaso que explicarle cómo eran las moscas? Hasta quiso saber cuántas patas tenían... ¡Cómo si alguna vez María Santos se hubiera acordado de contarlas! Pero, hoy, Roberto no quiere oírla recordar: claro, debe ser ya la hora de la lección, por eso el muchacho se aparta casi de pronto, apurado.

Carlos y Marisa terminaron el surco que araban con el tractor. Ahora vienen de vuelta.

Da gusto verlos: ya no son jóvenes pero están contentos.

Más contentos que de costumbre, con un contento profundo, un contento sin sonrisas, pero con una gran placidez, como si ya hubieran construido la nueva casa. O como si ya hubieran podido comprarse el helicóptero que Carlos dice que necesitan tanto.

Tuf-tuf-tuf...

El tractor llega hasta unos cuantos metros de ella; Marisa, la hija, saluda con la mano; María Santos sólo sonríe; quisiera contestarle, pero hoy está muy cansada.

Rocas ondulantes erizan el horizonte, rocas como no viera nunca en su Catamarca de hace tanto. El pasto amarillo, ese pasto raro que cruje al pisarlo, María Santos no se acostumbró nunca a él. Es como una alfombra rota que se estira por todas partes: por los lugares rotos afloran las rocas, siempre angulosas, siempre oscuras.

Algo pasa delante de los ojos de María Santos.

Un golpe de viento quiere despeinarla.

María Santos parpadea, trata de ver lo que le pasa por delante.

Allí viene otro.

Delicadas, ligeras estrellitas de largos rayos blancos...

¡"Panaderos"!

¡Sí, "panaderos", semillas de cardo, iguales que en la Tierra!

El gastado corazón de María Santos se encabrita en el viejo pecho: ¡"Panaderos"!

No más pastos amarillos: ahora hay una calle de tierra, con (mellones profundos, con algo de pasto verde en los bordes, con una zanja, con veredas de ladrillos torcidos... Callecita de barrio, callecita del recuerdo, con chicos de guardapolvo corriendo para la librería de la esquina, con el esqueleto de un barrilete no terminando de morirse nunca, enredado en un hilo de teléfono.

María Santos está sentada en la puerta de su casa, en su silla de paja, ve la hilera de casitas bajas, las más viejas tienen jardín al frente, las más modernas son muy blancas, con algún balcón cromado, el colmo de la elegancia.

"Panaderos" en el viento, viento alegre que parece bajar del cielo mismo, desde aquellas nubes tan blancas y tan redondas...

"Panaderos" como los que perseguía en el patio de tierra del rancho allá en la provincia.

¡"Panaderos"!

El pecho de María Santos es un gran tumulto gozoso.

"Panaderos" jugando en el aire, yendo a lo alto...

Carlos y Marisa han detenido el tractor.

Roberto, el hijo, se les junta, y los tres se acercan a María Santos.

Se quedan mirándola.

—Ha muerto feliz... Mira, parece reírse.

—Sí... ¡Pobre doña María!...

—Fue una suerte que pudiéramos proporcionarle una muerte así.

—Sí... Tenía razón el que me vendió el árbol, no exageró en nada: la sombra mata en poco tiempo y sin dolor alguno, al contrario...

—¡Abuela!... ¡Abuelita!...

UN HOMBRE COMÚN

Otra más que se iba.

Otra nave más que partía hacia el infinito, dejando tras sí una larga estela de humo blanquecino.

Robert Foss se quedó mirando. Mala suerte tener que controlarla partida de una cosmonave justamente en aquel día, "su" día.

Cuarenta y cinco años justos. Sacudió la cabeza, ¿para qué pensar?

La cúpula de plástico le permitió seguir mirando la cosmonave hasta que se perdió en el azul. A su alrededor, delicados aparatos automáticos terminaban de recoger los datos técnicos de la primera fase del vuelo.

Una luz verde se encendió en el tablero de controles, señal de que todo había andado bien, que la fase inicial había sido un éxito. El poderoso Nova, conduciendo a la nave espacial número 54, pasaba ahora al cuidado de Trayectorias, el departamento encargado de controlar y de corregir, cuando hiciera falta, los vuelos espaciales en su parte media; Órbitas y Descensos seguiría la fase final del vuelo.

Robert Foss detuvo los aparatos registradores. Abrió una tapa metálica, cerrada con llave, y sacó una ancha cinta magnética: en ella habían quedado grabados todos los datos referentes a la fase inicial del vuelo del Nova. Colocó la cinta en el estuche plástico y salió.

El aire fresco del desierto lo recibió. Respiró hondo, era bueno aquel aire con olor a resinas, luego del ambiente cálido de la cúpula del observatorio.

"Pero mejor estaría respirando el aire enlatado, allá arriba..."

Sí, seguro que estaría mejor... Estar allá en la cosmonave, sumergiéndose en el océano sin fondo del espacio... Pero se alzó de hombros, ¿para qué volver a lo de siempre?

El disco, con su andar silencioso y sin sacudidas, lo llevó en un momento hasta Planificación, un edificio bajo, de color rojo sombra.

Un soldado en la puerta, el dispositivo electrónico que controlaba automáticamente la chapa de identidad; corredores; puertas con otros dispositivos electrónicos, por fin la oficina de Larnin.

Larnin, el general Joseph Larnin, era el jefe de toda la base, pero le gustaban poco las formalidades: Robert entró sin llamar, como lo hacía siempre. Pero se arrepintió en seguida.

Larnin estaba sentado tras su gran escritorio de vitrina; miraba hacia adelante, sin ver nada, con tal expresión en el rostro que Robert quedó congelado en la puerta.

Hacía años que conocía a Larnin, desde que era un simple mayor y nunca, nunca le había visto semejante expresión de pavor.

Pavor, sí, aquella era la única palabra para describirlo. Pavor. Robert Foss hizo un ruido con el picaporte y entró, sin mirar al general:

—Aquí está la cinta de la nave espacial 54. Todo anduvo perfecto, señor.

—Gracias, Foss, gracias —Larnin echó el cuerpo contra el respaldo del sillón, hizo un penoso esfuerzo para sonreír. Pero le salió mal, la boca le tembló, hubo líneas transidas en el rostro súbitamente ajado.

Robert deslizó la cinta en el buzón del archivo metálico; una luz y un zumbido dijeron que la cinta comenzaba a ser procesada, analizada.

—¿Me necesita para algo, señor?

—No, gracias —los ojos de Larnin volvían a lo de antes, volvían a no mirar.

Pero Robert Foss estaba demasiado bien entrenado para preguntarle nada. Salió y cerró con cuidado la puerta.

No se alejó mucho: en dirección contraria venía Marvin Burke, avanzando con paso elástico.

—¿Qué le pasa al "Viejo"? —Marvin se detuvo ante Robert—. ¿Sabes por qué me llama tan apurado?

No, Robert Foss no tenía la menor idea.

Marvin saludó con la mano y siguió hasta la puerta de Larnin.

Lo mismo que antes. Lo mismo que antes cuando viera partir el Nova con la cosmonave...La misma sensación de frustración, de oportunidad perdida.

Robert Foss estaba colocado muy arriba en la escala de Secretos, pero las cosas realmente importantes no se le confiaban.

Tampoco se le confiaban a Marvin, a menos que lo necesitaran para alguna misión muy peligrosa...

Porque Marvin podía ser empleado en misiones peligrosas, Marvin tenía derecho a jugarse el pellejo, allá afuera, en el espacio. Marvin era PEÍ, piloto espacial de primera.

Robert Foss no, Robert Foss no podía ser empleado en nada que significara salir al espacio. Robert Foss no podía llegar nunca a ser un piloto espacial.

Otra vez el disco. El múltiple chorro de aire comprimido levantó una nube de polvo a los lados, pero en seguida Robert estuvo corriendo velozmente, sin sacudidas, a campo traviesa; el suelo irregular del desierto huyó bajo el casco elíptico, sin ruedas.

Cuarenta y cinco años. Muy bien llevados, como dijera Lucy, la amiga de Myriam; Robert siempre se había mantenido en forma, desde cuando empezara el adiestramiento para piloto espacial.¡Lástima que por dentro no llevara tan bien los cuarenta y cinco años! Myriam y él habían soñado, habían aspirado a tanto... Hubo un tiempo, cuando era codiciado por tres compañías importantes como piloto de prueba y estudiaba la ingeniería espacial y se adiestraba para llegar a ser "el primer hombre que saliera al espacio", cuando lodo pareció al alcance de la mano... Ahora, diez años después de todo aquello, era, como tantos otros a su edad, "un hombre con brillante futuro detrás".

Por fin aparecieron los árboles, el lago artificial con los chicos y su bote a vela, negreando entre ellos los feos cascos de los submarinos de juguete; en seguida las casas chatas, como agazapadas en la espesura tan verde, con los colores sombríos en las celosías de los grandes ventanales, en los techos. Dio vuelta a la esquina de la capilla y por fin estuvo delante de la casa.

Una casa como las otras, algo más vieja, quizá; con el basamento artificial. Sí, hubiera sido mejor echarla abajo y construir una toda nueva, de acuerdo con el nuevo estilo, pero la paga de Robert Foss, aunque era buena, no daba para tanto. Habían tenido que conformarse con una simple refección cuando compraron la casa.

Entró al living, allí estaba Myriam delante del televisor. No lo miró o simuló no mirarlo. En el aparato hablaba un sacerdote de voz viril, llana, agradable.

En el otro extremo del living, Mel y Chris, los dos mellizos, sostenían un duro combate; cada uno en su cosmonave descargaba contra el otro una andanada de rayos multicolores. Apenas lo vieron se deshizo la lucha: Mel casi chocó con su cosmonave contra Robert.

—¡Tienes que arreglarme los chisperos!¡Mira: los lanzarrayos no funcionan!

—En seguida, Mel, déjame cambiar...

Robert acarició la cabeza del chico, casi tan rubia como la suya; más parecidos a él no podían haber salido los mellizos; no serían muy altos, pero ya se veía que serían morrudos, fuertes.

—No puedes arreglar nada ahora —desde frente al televisor llegó la voz de Myriam—. Habló Lucy, invitándonos para un cóctel. Quieren celebrar.

Robert se agachó, simuló gran interés en los chisperos de la cosmonave de Mel.

Otra "puñalada" más... Y justamente en su día...

Lucy era la mujer de Gregory, otro piloto espacial de primera como Marvin.

Gregory había sido compañero de Robert Foss, desde los días ya increíblemente lejanos de los primeros lanzamientos en las cápsulas Mercury. Desde los días de Shepard, de Chisholm, de Gagarin, de Glenn...

Robert, como todos ellos, fue uno de los cuarenta que llegaron a la selección final. Pero sus reflejos no fueron todo lo bueno que debieran: apareció una ligera imperfección en la vista cuando se hizo el rigurosísimo examen para elegir a los siete que intervendrían en los primeros vuelos del proyecto Mercury.

Robert Foss había quedado relegado. Igual que a los otros treinta y tres "fracasados" le consiguieron un puesto en la infinitamente complicada organización de los vuelos espaciales, Robert Foss dejó de ser "un posible héroe". Robert Foss pasó a ser un empleado de tantos, con un sueldo, con un horario, con vacaciones fijas. Un hombre común...

Allá estaba el perfil delicado de Myriam siempre atenta al televisor. Serena, hermosa, pero con las líneas a los lados de la boca demasiado marcadas. Líneas irreparables; no se borrarían ya más...

"Si mi vista hubiera seguido siendo perfecta, Myriam no tendría esas líneas. No me perdonará nunca no haber llegado a la gloria de Shepard, de Glenn... —pensó como tantas veces—Aunque no deja de tener razón. Ellos ahora ganan mucho más que yo, viven en casas casi el doble de grandes que éstas, hasta figuran en la enciclopedia y sus mujeres son siempre invitadas a las recepciones... Son famosos... Yo podría ser como Glenn, que trajo las fotos de Saturno y participó en la primera circunvalación a Marte... Pero no, todo eso ya no es posible para mí. Ya no soy más que una rueda insignificante en el engranaje".

"Jefe de Fase Primera. Parece importante, pero no lo es bastante como para que Larnin me confíe lo que le preocupa. El año que viene me aumentarán el sueldo, pero nunca será lo bastante como para no desear más..."

El perfil delicado de Myriam...

Cuánto antes había querido ese perfil. Cuánto lo quería todavía...

Pero estaban tan lejos ahora...

"En cierto modo hubiera sido mejor perder del todo la vista —pensó con amargura—. Myriam y yo, seguro, seríamos entonces mucho más felices el uno con el otro. Pero así..."

Se alzó de hombros. Una hora más y estarían en el cóctel de los Gregory.

Gregory había regresado de Júpiter. Con él habían ido tres hombres de la nueva hornada, hombres diez años menores que Robert. Ahora el mundo, el universo, era de ellos. Todos, desde el general Larnin hasta Shepard y Glenn y Marvin trabajaban para ellos, para empujarlos más y más hasta las inalcanzables fronteras del espacio, más y más hacia la fama, hacia la gloria...¿Para qué pensar? Mejor pregustar el whisky que tendría Gregory...

—Mañana me levantaré temprano y te arreglaré los chisperos, Mel.

Ya Robert subía al dormitorio, para cambiarse, cuando oyó el zumbido del teléfono.

Atendió Myriam.

—Para ti. Es Larnin—dijo, cansada, como si atender el teléfono le hubiera costado un gran esfuerzo.

—Algo no anduvo bien en la cinta registradora, Foss. Necesito verlo.

La voz de Larnin era recia, entera. La crisis de poco antes había pasado...

—¿Tiene que ser ahora? —Robert miró a Myriam, otra vez enfrascada en el televisor.

—Sí, ahora mismo. Debo completar el informe; lo están esperando.

—Ahora voy, señor. Salgo para allá.

Colgó, y encontró la mirada de Myriam.

—Trataré de desocuparme cuanto antes. Si demoro, ve sola a lo de Lucy; yo iré en cuanto quede libre.

—Si no quieres, no vengas.

Myriam habló con voz neutra. Imposible decir si había despecho o enojo.

Otra vez el disco. La capilla, el lago artificial, los árboles, el desierto. La flecha súbita de un zorro escabulléndose entre los arbustos.

"¿Qué podía haber ocurrido en el registro de la cinta? Nunca fallaba. Ni..."

Por un momento, Robert levantó el pie del acelerador.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Aquello no era más que un pretexto. Un pretexto para hacerlo ir en seguida, sin que nadie que interceptara la comunicación pensara que se trataba de una emergencia... Eso tenía que ser... Eso tenía que ser: una emergencia...

Pero... ¿qué clase de emergencia?

La situación con Rusia parecía "congelada", luego del tratado de Ceilán. Aunque siempre había rumores... Rumores fantásticos y sombríos, achacando a los rusos cuanto accidente espacial ocurría.

"¿Habrá vuelto a calentarse la guerra iría?"

Robert pensó en el lugar común de siempre, en los titulares tantas veces repetidos en los diarios desde hacía quince años. Desde los tiempos del famoso corredor aéreo a Berlín en el 52.,. ¿0 fue en el 50? Más de quince, ¡más de veinte años de guerra fría! Pero todo estaba igual en el edificio rojo sombra de Planificación.

Igual de calmo, igual de alerta.

Robert Foss pasó por lo de siempre para entrar. Nada permitió suponer que estuvieran afrontando alguna emergencia. Aunque, claro, esas cosas no se notan nunca... hasta que salen en los diarios.

Entró en el despacho de Larnin: con él estaban Marvin y un hombre pequeño, de traje gris, con una rara cabeza ovalada. Larnin parecía tan despavorido como cuando lo dejara, pero era evidente que lo agobiaba una tremenda preocupación: tenía los ojos inquietos, le temblaba ligeramente la mano. Marvin, a su lado, aparecía anonadado, como si acabaran de comunicarle una terrible desgracia. O una sentencia de muerte.

El tercer hombre, el hombrecillo de gris, hundido en un sillón, parecía quemar con los ojos el esquema espacial luminoso que ocupaba toda una pared del despatillo; era un esquema tridimensional. Cuando Larnin lo encendía, como ahora, parecía un inmenso ventanal abierto al espacio: sólo que era un espacio imaginario, esquemático, mostrando en escala las trayectorias y

las órbitas de las cosmonaves de la NASA. Y también las cosmonaves rusas: éstas aparecían de color rojo; aquéllas, azul brillante.

—Suerte que podemos confiar en usted, Foss. —Larnin habló de pronto, mirando con ojos rabiosos a Robert—. Se ha producido una emergencia y es necesario actuar con la mayor celeridad. Y con el máximo secreto. No debería recurrir a usted. Usted no está calificado para semejante tarea, pero no me es dado elegir.

Robert pasó por alto las implicaciones; el rostro de Larnin estaba demasiado serio.

—Usted sabe, Foss, éste es Hermes, el asteroide Herines—. Larnin señaló un punto luminoso en el espaciograma—. Como siempre, desde que el mundo es inundo, Hermes debería seguir esta órbita, acercándose hasta cinco millones de kilómetros de la Tierra, para luego distanciarse otra vez. Pero algo está alterando la órbita de Hermes; probablemente han hecho estallar bombas de hidrógeno en algún lado. De acuerdo con nuestros cálculos, un par de estallidos más dentro de ocho días y harán que Hermes, totalmente desviado, termine estrellándose contra la Tierra... No, no se alarme; nuestro planeta no sufrirá más que una gran sacudida; no será el fin del mundo. El único que sufrirá será el continente que sufra el impacto, y este continente será Norteamérica, si los datos de nuestro servicio secreto no fallan...

—Todo el continente será arrasado como por el peor de los terremotos imaginables—. El hombre gris habló con voz opaca; el punto luminoso que marcaba a Hermes en el espaciograma parecía hipnotizarlo—. Hablando literalmente: Norteamérica será borrada del mapa...

Larnin miró el reloj:

—El tiempo corre. La única chance que tenemos es enviar una cosmonave a Hermes. Si conseguimos desembarcar en el asteroide antes del día y la hora señalados por los computadores para la explosión, podremos desarmar las últimas bombas de hidrógeno antes de que exploten.

Robert Foss contuvo el aliento. Un pensamiento absurdo le relampagueó en el cerebro. ¿Lo habrían elegido a él para acompañar a Marvín hasta Hermes?¿Tendría, por fin, la oportunidad de salir alguna vez al espacio?

Las viejas aspiraciones, los antiguos sueños, le aceleraron el pulso. Pero no...

—De acuerdo con los cálculos, la única forma de llegar en tiempo a Hermes sería empleando una Eisenhower; es la única cosmonave que tiene velocidad suficiente.

Una Eisenhower... Un modelo especial de propulsión atómica, ultrarrápido, para un solo tripulante... Era una especie de "caza espacial": llevaba cuatro cohetes Nike, con cabeza atómica; estaba concebida para atacar y destruir las cosmonaves enemigas.

El pulso de Roberto Foss volvió a los tumbos de siempre. No, Marvin no necesitaría acompañante.

—Usted se hará cargo de todos los preparativos, Foss. Marvin debe estar en el espacio a las veintidós horas cinco minutos de mañana. Hará usted de cuenta que se trata de un vuelo de rutina, para probar el prototipo. La trayectoria inicial ha sido ya calculada, para que nadie sospeche que el destino final del vuelo es Hermes...

Larnin se volvió y miró derecho a los ojos de Robert.

—Métase esto bien dentro del cráneo, Foss: necesitamos desbaratar la acción del enemigo sin que éste se entere. No queremos que sepan que hemos descifrado su código secreto... Es una situación parecida a la de la guerra con el Japón, cuando nuestra marina descifró los códigos secretos de la marina nipona. Es de absoluta necesidad que la llegada de Marvin a Hermes aparezca como un simple accidente... ¿Entendido?— Entendido, señor...

El hombre de la cabeza ovalada se incorporó rengueando ligeramente y se acercó y miró a Marvin y a Robert.

—Ya lo saben todo. Es inútil que les destaque la importancia incalculable de la misión que se les encomienda. Fracasar... —el hombre miró con dureza a Marvin, como si éste tuviera algo de culpa—. Fracasar, repito, representará no la derrota de nuestro país, sino la muerte de todos... De todos, entiéndanme bien. No de una entidad más o menos abstracta como puede ser el propio país, sino de la familia de cada uno...

—Con su permiso —interrumpió alguien.

El hombrecillo de gris se dio vuelta, pero ya Robert Foss lo había reconocido. Era Mointu re, el asesor espacial del Presidente.

Robert fue hacia la puerta pero Marvin tenía algo que decir:

—Con su permiso, señor —Marvin se adelantó; tardó en hacer la pregunta; se veía que le costaba—. La Eisenhower es una cosmonave de un solo viaje... ¿Cómo liaré para volver?

—No se preocupe por el regreso, Marvin. La Eisenhower, y esto es un secreto de la mayor importancia, puede regresar por sí misma.

—¿Cómo dice? ¿La Eisenhower es cosmonave de ida y vuelta?

—Así es, Marvin. La Eisenhower es capaz de descender y de volver a lanzarse al espacio.. .Utiliza un combustible nuevo, que aprovecha al máximo la fisión atómica. Una vez desarmadas las bombas de hidrógeno, usted podrá regresar a la Tierra sin inconvenientes —Larnin acompañó a Marvin hasta la puerta—. Vayan ahora, Marvin, y no piensen en otra cosa que en cumplir lo que se espera de ustedes. Usted partirá mañana, a las veintidós y cinco, y dentro de siete días terrestres estará en Hermes, con ocho horas de tiempo para desmontarlas bombas de hidrógeno. En las instrucciones escritas encontrará todos los detalles que harán falta. ¡Hasta pronto y buen viaje! Créame que se lo deseo de todo corazón, como que todos somos parte interesada en su éxito...

Marvin y Robert salieron. Costaba creer que los soldados de la barrera fueran los mismos, que el viento del desierto siguiera soplando del mismo cuadrante.

Se detuvieron ante el disco de Robert.

—Los rusos las pensaron todas. —Instintivamente Marvin miró hacia arriba, como buscando a Hermes. Se pasó enseguida la mano por la frente, quedó mirando a un punto cualquiera del horizonte—. Habrá que trabajar mucho. No es fácil improvisar un viaje semejante en tan poco tiempo —agregó, como por decir algo.

Habló por decir algo, sí. Pero Robert ya conocía el síntoma: Marvin tenía esos ojos ya idos de los pilotos espaciales en las vísperas de un lanzamiento al espacio. Marvin estaba ya a millones de kilómetros de distancia... Marvin estaba ya en la soledad absoluta, inenarrable de las profundidades espaciales.

Robert Foss se sintió en la obligación de acercársele:

—No hablo por hablar, Marvin, pero se me ocurre que tu puesto es el mejor en todo esto... Lo malo será para nosotros, aquí abajo, comiéndonos las uñas y pensando, y no sabiendo si vas volando en la trayectoria debida, si llegas a tiempo, si las bombas rusas son fáciles de desarmar o no...

Marvin no contestó. Seguía mirando al desierto, siempre igual, siempre hosco y ajeno como el espacio mismo.

"Mañana, a las 22.05".

Robert sacudió la cabeza. El tiempo era escasísimo, pero deberían hacerlo. Es decir: él, Robert Foss, debería hacerlo todo en un tiempo absurdamente mínimo. Y sin que ninguno de sus ayudantes, ni siquiera Ruggles, supiera la verdad sobre el vuelo de Marvin.

—Debo moverme —dijo, sentándose en el disco.

—Sí, debemos movernos.

Marvin caminó hacia el suyo, estacionado a un par de metros más allá. Caminó algo agobiado; y mientras ponía en marcha el disco, Robert Foss no pudo evitar el pensamiento:

"Sobre él pesa el destino de más de trescientos millones de seres..."

Ruggles era el ayudante de Robert Foss. Un hombre de treinta años, alto y poderoso como un campeón de tenis. Tenía un cerebro privilegiado para las matemáticas, para la organización.

Hacia tiempo que Robert se había resignado a que, el día menos pensado, su ayudante lo desplazara; verdaderamente, era él el más adecuado de los dos para toda la difícil, complicada y minuciosa actividad que exigía la Fase Primera de los vuelos espaciales. Por supuesto, se guardaba muy bien de comentar con Myriam su opinión sobre Ruggles...

Le fue fácil engañar a Ruggles: le dijo que Larnin quería lucirse ante Washington; había que hacer una prueba fuera de programa del Eisenhower y que el "Viejo" merecía que todos empujaran por él...

—Si mañana el Nova, con el Eisenhower en la nariz, no está en el espacio a la hora fijada, jefe, ¡prometo hacer gárgaras con hidrógeno líquido!

Ruggles, lodo actividad y precisión, se zambulló de lleno en los preparativos.

Una hora más tarde Robert recibía de Planificación las órdenes para el vuelo; hubo que ocuparse de alertar a las estaciones de control que seguirían la trayectoria inicial de la cosmonave y hubo que hacer todos los preparativos para el descenso de la Eisenhower en la base espacial de Adobes, Texas. Todo fingido, desde luego: aquella Eisenhower tenía un destino muy diferente del que todos suponían...

Era cerca ya de la medianoche cuando Robert Foss se acordó de telefonear a casa.

—No hacía falta que te molestaras—. Esta vez la voz de Myriam no tuvo nada de neutro, ahora sonó definidamente acida—. Hace hora y media que terminó el cóctel de Lucy.

—Tengo trabajo extra... Un lanzamiento nuevo...

—Gregory le regaló a Lucy una cabaña de vacaciones, en Cayo Hueso. Imagínate la alegría de ella.

Sí, Robert podía imaginarlo.

Suerte que había tenido tanto trabajo. Las inacabables maniobras y controles para el lanzamiento de un Nova estaban ya de sobra sistematizados, pero esta vez Robert, para no hacer "quedar mal al Viejo", quería supervisar personalmente cada detalle... Nada se le escapó, ni la carga exacta del combustible ni la corrección de los telémetros.

Las 21.30 del día siguiente...

Jornada plena, sin un minuto siquiera para pensar en nada. Suerte que lo tenía al lado a Ruggles, y a los otros; realmente no podía quejarse del equipo que tenía.

El Nova, inmenso, ciclópeo, ya estaba en posición. Allá, arriba de todo, apenas si se alcanzaba a ver la Eisenhower, la estilizada cosmonave.

Luces, actividad febril en las torres de lanzamiento.

Robert Foss salió del ascensor, caminó hacia la cabina donde Marvin estaba terminando de ponerse el traje espacial.

Lo encontró ya vestido, sentado en la litera, cabizbajo; parecía un acróbata de circo, pensando en la altura del trapecio en la red que no estaría debajo...

—¿Listo, Marvin?

Marvin asintió con un cabezazo. En el suelo había una monografía mimeografiada: "Bombas de hidrógeno soviéticas" era el título. Marvin la había estado leyendo. Aunque tendría días de sobra para estudiar durante el viaje...

—Se está haciendo tarde. Vamos, así tendremos tiempo para probar los calefactores y...

Marvin se incorporó; una sonrisa perdida le torció la boca. Ojos verdes, vidriosos, miraron a Robert.

El olor a alcohol pareció llenar súbitamente la cabina.

—Pero... ¡estás borracho!

—Toma... —Marvin sacó de debajo de la litera una botella de escocés. Tenía menos de la mitad.

Robert Foss trató de pensar con calma. Imposible llamar a otro piloto espacial.

Tendría que arreglárselas con Marvin, borracho o no borracho.

Total, el vuelo era enteramente automático. Hacía diez minutos que el mismo Robert acababa de colocar en el cerebro electrónico de la Eisenhower los cilindros con las instrucciones grabadas para el vuelo.

Sí, para el vuelo no haría falta alguna que Marvin estuviera sobrio.

El problema sería después, al llegar.

Si Marvin se emborrachaba ahora, ¿qué sería después, al llegar? ¿Cómo afrontaría la responsabilidad?

—Empecé con un trago, por la vieja... —Marvin se apoyó con todo su peso en Robert—. Después no pude parar... otro trago por cada chico..., después por Gregory... y por ti...¡hasta por los rusos brindé!

La cosmonave no iba provista de bebidas alcohólicas. Pero los astronautas se las arreglaban para emborracharse igual... Había tantas sustancias volátiles capaces de emborrachar con sus efluvios... La tinta de secado instantáneo, por ejemplo...

Pero no era la borrachera lo temible. Lo grave era la tendencia que Marvin acababa de revelar...

"Imposible confiarle tanta responsabilidad. Hay un solo remedio".

El pulso de Robert se aceleró, respiró hondo.

"Sí, no había otro remedio..."

Y había que andar rápido, el tiempo apremiaba.

—Toma otro poco más... —Robert alzó la botella, no vio ningún vaso y trató de poner el gollete en la boca de Marvin—. Toma, por el Viejo y por...

—¿Qué demonios te has pensado?

De un manotón, Marvin apartó la botella que dio contra el borde de la litera, cayó al piso de metal y se hizo añicos:

—¿Acaso me quieres... me querías... emborrachar?

Robert Foss pensó en el tiempo. No había un segundo que perder...

Miró el mentón de Marvin y, sin dejar de mirarlo, asestó con todas sus fuerzas un golpe corto reforzado con lodo el peso del cuerpo.

Marvin se desmoronó, totalmente knock-out.

Ruggles lo entendió todo en seguida.

—Es un lanzamiento de rutina —le explicó Robert—. Peor para Marvin si se emborrachó. Aunque todo quedará entre nosotros: el Viejo no tiene por qué saberlo, ¿eh, Ruggles? ¡Y así podré darme el gusto, una vez, de volar en una de estas latas!

Ruggles lo entendió en seguida: apreciaba desde siempre a Foss y admiraba la forma en que aceptaba verse aventajado por Gregory, por Marvin, por Glenn, por todos los otros. Realmente, el "jefe" se merecía una escapada al espacio... El Viejo comprendería.. .Y dirían, además, que Marvin estaba indispuesto... no tenían por qué perjudicarlo...Antes de entrar a la Eisenhower, Robert Foss volvió a llamar a su casa.

—Sigo con mucho trabajo. Tampoco podré volver esta noche.

—Como quieras.

—Quizá mañana deba ir con el Viejo a Washington —había que mentir para que no lo echaran de menos, aunque fuera por unos días—. Ruggles irá a arreglarle los chisperos a Mel.

—Bien, vuelve cuando quieras.

La voz, otra vez neutra, de Myriam...

¿Sabría ella cuánto amaba aquella voz? Imposible decírselo, se reiría.

¿Sería la última vez que la oiría?...

No, mejor no dramatizar.

Robert Foss entró a la cosmonave.

El Nova partió sin inconvenientes.

Semiacostado en el asiento contra aceleración, Robert Foss pasó el breve mal rato del aumento de la gravedad, aunque no fue nada comparado con las torturas a que lo habían sometido cuando el adiestramiento para las cápsulas Mercury: el mayor poder de los Nova permitía ahora regular la velocidad de salida sin las violencias de antes.

El espacio, el esplendor de millones de luminarias.

Allá abajo, la ancha capa de las nubes envolvía parcialmente la Tierra, un océano con penínsulas y con colores cambiantes. Pronto todo fue quedando atrás, la Tierra fue una inedia luna cada vez más pequeña, hundiéndose en lo infinito, alejándose...

Robert Foss sintió que se zambullía en un largo, maravilloso sueño de adolescencia.

"Después de todo, lo hice".

Quiso gozar del triunfo. También él, como Gregory, como Shepard, como Glenn, podría hablar ahora de los increíbles grises del espacio, de las galaxias nacaradas, de los "pozos" de negrura absoluta.

Pero imposible gozar: estaba la misión.

Hasta aquel momento había estado demasiado ocupado en los preparativos, recién ahora podía pensar.

Imaginó, vio al asteroide iluminando el cielo, convirtiéndolo en un inmenso fulgor, encendiendo de espanto a los aturdidos ojos alzados hacia él, estallando con fuerza de cataclismo, creando y deshaciendo montañas en un solo instante de pavorosa conflagración.

Myriam, Mel, Chris.

Cuánto pueden doler tres personas.

Suerte que estaban las píldoras.

Las píldoras para los astronautas que debían pasar días, semanas, en el reducidísimo espacio en la cabina de una cosmonave. Embotaban la sensibilidad, lo sumergían a uno en una especie de modorra consciente que permitía seguir con la rutina del viaje sin agobiar la mente con la conciencia de la tremenda, espantable lejanía de la Tierra.

Largos, tediosos días de navegación hacia el encuentro con Hermes. Días en blanco, con el cerebro, embotado, pensando sin pensar en la Tierra, en la infancia lejana en la quieta cuadra de pequeños rentistas y empleados al este de Brooklyn, en los años de colegio, en la beca para la Universidad Tecnológica. Después, en Corea, dos o tres experiencias aterradoras... Mejor olvidarlas: una cuando se le incendió el avión casi sobre las líneas enemigas, otra cuando quedó encerrado en el hangar de un portaaviones, con un principio de incendio entre los aviones ya cargados de gasolina. El regreso, Myriam, el trabajo como piloto de pruebas, la selección para llegar "a ser el primer hombre en el espacio".

La pastilla blanca cada seis horas.

Durante días. ¿O semanas? Siempre había que tomar la primera que ofrecía el aparato automático.

Hasta que una tarde el efecto de la pastilla fue totalmente opuesto.

No más embotamiento. Una lucidez súbita. Como si le descorrieran un velo dentro de la cabeza.

Supo así que estaba en las últimas veinticuatro horas del vuelo. Había llegado a la pastilla que le devolvía de pronto toda su capacidad mental. Que lo entregaba de lleno, con todas las energías cerebrales intactas, a todos los problemas que pronto debería afrontar.

Veinticuatro horas más y estaría descendiendo en Hermes...

La enormidad de la responsabilidad lo agobió, lamentó el embotamiento anterior. Pocas horas más y estaría tratando de desarmar las bombas de hidrógeno instaladas por los rusos en Hermes.

Siempre y cuando llegara a tiempo...

Mejor no pensar en la posibilidad de un fracaso.

Larnin, el Pentágono, la Casa Blanca no podrían equivocarse. Seguro que llegaría a tiempo para impedir que la órbita de Hermes terminara de ser alterada.

Pero también en Rusia había los equivalentes a Planificación, al Pentágono, a la Casa Blanca... También ellos habían hecho sus cálculos, sus previsiones...¿Habían previsto que los americanos se enterarían de que pensaban utilizar al asteroide como la más devastadora e inatajable bomba?

Mejor no pensar, mejor concentrarse en la tarea que lo esperaba. Leyó una y otra vez, hasta saberlas de memoria, las instrucciones para el descenso de la cosmonave. Eran sencillas, pero debían ejecutarse sin el más mínimo error; algo parecido a la maniobra del descenso de un submarino.

Se concentró en seguida en las instrucciones con respecto a las bombas de hidrógeno rusas. Había instrucciones para los tres posibles tipos de bombas que podría encontrar en Hermes. Eran instrucciones simples, había esquemas claros, sería difícil equivocarse.

Siempre y cuando los rusos no hubieran instalado un modelo desconocido de bomba. Cosa que...

Dejó de pensar.

Un sonido nuevo en la quietud de la cosmonave.

La señal de atención.

Un punto brillante en la pantalla del radar. Igual a los otros tantos. Pero marcado por un punto rojo...

El zumbido siguió, una luz parpadeó en el tablero de control. Respiró.

"Hermes..."

Sí, con los dispositivos automáticos le avisaban que estaba llegando. Creció el punto en el radar. Ya se hizo más importante que todos los otros.

—Por fin... A preparar ahora todo lo necesario para el descenso.

"Con tal que haya llegado a tiempo".

Pero sí, había llegado a tiempo.

Si las bombas de hidrógeno hubieran estallado ya, Hermes habría cambiado de trayectoria. Y los computadores se lo habrían advertido. Sí, había llegado a tiempo. La única duda que quedaba, era saber si podría desarmar o no las bombas de hidrógeno.

Bien claro se lo advertía el pliego de instrucciones: "El enemigo habrá hecho lo imposible para disimular trampas explosivas destinadas a aniquilar a quien se atreva a manipular la bomba..."

Trampas explosivas.

Tragó saliva. Debería andarse con muchísimo cuidado...

Pero cada cosa a su tiempo. Ya se ocuparía de las trampas explosivas cuando fuera el momento. Lo importante, ahora era el descenso. Y...

Otra señal, un zumbido intermitente, cada vez más apurado. La señal de alarma. En la pantalla del radar, nada: todo igual, con la gran imagen de Hermes a un lado.

Pero dos indicadores rojos temblaban ya a un extremo de la pantalla, señalando dos puntos pequeños.

Más que humanos, los computadores de alta velocidad, registraron con rayos infrarrojos desde la trayectoria hasta la composición química de los objetos que venían. Hubo zumbidos urgentes, parpadeo de luces en el tablero:

"Cosmonaves enemigas".

Robert Foss resumió todas las informaciones: cosmonaves de combate, de un tipo semejante a la Eisenhower. El enemigo había hecho algo más que plantar las bombas de hidrógeno en Hermes. Había enviado cosmonaves para protegerlas, para evitar que nadie intentara desarmarlas antes de que estallaran en el momento debido.

—Habrá que pelear—. Robert Foss apretó las mandíbulas, volvía a ser el piloto de caza que luchara contra los Mig en los cielos de Corea...

Apretó un botón, y un pequeño motor a chorro lateral entró en actividad, apartando a la Eisenhower de su trayectoria original.

Los dos puntos luminosos en la pantalla se desdoblaron: cada uno dio origen a otro punto, más pequeño.

Una luz roja en el tablero brilló con violenta intensidad. Pero ya Robert sabía lo que significaban aquellos puntos luminosos:

"Cohetes... Me atacan con cohetes provistos de cabeza atómica... Teledirigidos... No será nada fácil eludirlos..."

Hizo girar un dial. La maniobra pasaba ahora a los computadores. Un instante más y Robert se sintió apretado contra el respaldo del asiento: estaban acelerando. Al mismo tiempo sintió como si le hundieran la cabeza entre los hombros.

"Estamos acelerando y desviándonos para abajo... Vamos al encuentro de los cohetes pero, a último momento, trataremos de pasar por debajo..."

La maniobra debía de ser ejecutada con precisión milimétrica. Pero una vez dada la orden por medio del dial, ya Robert Foss no tenía nada que hacer: todo dependía de los computadores. Sólo le quedaba esperar que los cohetes pasaran de largo.

O no esperar nada...

Era el fin: si no podía eludir los cohetes, todo sería tan instantáneo que Robert no sentiría nada...

Los cohetes crecieron con rapidez inmensa en la pantalla del radar. Otra aceleración. De pronto, nada. ¡No más imágenes en la pantalla.

"Pasaron de largo —Robert Foss respiró, tuvo que hacer un esfuerzo consciente para relajar los músculos— me salvé por poco".

Pero las cosmonaves enemigas seguían aún allí.

Aunque pronto dejaría de verlas: la Eisenhower, siguiendo la nueva trayectoria, pasaría al otro lado de Hermes. El asteroide quedaría entre uno y otro bando.

"Pero..."

La luz roja, intensísima, parpadeando a gran velocidad.

Otros dos puntos luminosos, ya grandes, ya muy cerca, se venían desde el otro lado de Hermes: le habían disparado otros dos cohetes aprovechando el amparo del asteroide, para que sólo fueran detectados en el último momento.

Movió otro dial.

Fue una agonía. La aceleración le dejó sin sangre en el cerebro. Duró poco, pero siguió con los ojos cerrados, sabía lo que vendría.

Otra aceleración, mucho más violenta aún.

Por fin, otra vez pudo abrir los ojos. No había más ecos de cohetes en la pantalla: otra vez había logrado eludirlos.

"Menos mal que..."

Otro punto luminoso, todavía muy pequeño, atrajo al indicador rojo.

"Siguen disparando cohetes... Pero éste no es peligroso, está muy lejos aún. Haré..."

La pantalla del radar pareció estallar, un resplandor súbito iluminó la cabina.

Nuevos zumbidos, otras luces.

Casi al mismo instante, un sacudón hacia adelante, como si chocaran contra algo.

Robert Foss golpeó violentamente contra el tablero.

Se reincorporó, desdeñando el dolor, y miró, sin atreverse a respirar, el firme avance de la aguja de un indicador, en el extremo derecho del tablero.

"El último punto luminoso era una bomba de hidrógeno... La detonaron a cierta distancia, para que no pudiera eludirla".

La aguja del medidor de radiactividad en el interior de la cosmonave seguía avanzando.

Se acercaba ya a la flecha roja de la esfera que marcaba la radiactividad crítica.

Si pasaba de allí sería la muerte.

Pero no, la aguja se fue frenando.

La Eisenhower había sido construida previendo también aquella clase de ataques... Robert Foss se tocó la frente; estaba lastimado, pero no tenía tiempo para pensar.

En la pantalla no estaba ya Hermes. Ni los dos ecos luminosos que revelaban al enemigo.

"La explosión nos sacó de trayectoria. Estamos alejándonos..."

Encendió el radar posterior.

Otra vez Hermes en la pantalla y las dos naves enemigas. Lejos, cada vez más lejos...Estiró la mano hacia los diales.

Pero se contuvo:

"No... Mejor seguir, mejor hacerles creer que nos liquidaron... Que parezca que ya no hay nadie en los controles".

Apretó un botón y en una pantalla lateral apareció la trayectoria que seguiría si mantenía el rumbo y la velocidad actuales.

"Estoy cada vez más lejos__Pero, igual que antes,

Hermes volverá a quedar entre los rusos y yo... Podré contraatacar..."

Esperó a que Hermes ocultara a las naves enemigas, ya casi invisibles de tan remotas.

Ahora, sí, movió el dial.

De nuevo, las agonías de los cambios de trayectoria.

Pero pasaron pronto.

Otra vez Hermes comenzó a crecer en la pantalla del radar delantero. Iba de nuevo, oculto, hacia las naves enemigas.

Escudándose tras el asteroide, la Eisenhower se lanzaba al contraataque...

Robert Foss aguardó hasta que Hermes estuvo enorme en la pantalla. Muy alerta, esperó el momento en que aparecerían los dos puntos luminosos, los ecos de las cosmonaves. Por fin, allá en el borde irregular de Hermes: las naves enemigas...

Allí estaban.

Movió los diales, apretó un botón.

Una sacudida violentísima lo lanzó hacia adelante. Golpeó con el brazo contra el tablero.

Tampoco ahora sintió el dolor: acaba de disparar dos de los cuatro cohetes Nike que armaban la Eisenhower, y lodos sus sentidos se concentraban ya en el resultado.

Vio en la pantalla, los dos cohetes alejándose a velocidad fantástica hacia sus objetivos. Los cohetes siguieron, ya se veían pequeños, ya estaban cerca del blanco.

Y las cosmonaves enemigas seguían su trayectoria, sin intentar maniobra elusiva alguna.

Robert Foss respiró:

"Conseguí engañarlos... No tienen escapatoria ya..."

Entrecerró los ojos, anticipando el resplandor de las explosiones. Pero no...

Las cosmonaves enemigas parecieron saltar de pronto, virajes cerrados, se abrieron a un lado...

Los cohetes torcieron algo la trayectoria. Pero no había motor capaz de imprimir tan pronto semejante cambio de trayectoria como el que hubiera sido necesario para poder alcanzar el blanco. Siguieron de largo, se achicaron más y más, desaparecieron del lodo.

—Nos esquivaron —Robert Foss tuvo gusto amargo en la boca—. Sólo me quedan otros dos cohetes...

Y el enemigo volvía al contraataque.

Ahora se habían separado, cada uno atacaba por su lado, tratando de envolverlo.

Robert Foss tuvo frío, pero reaccionó en seguida, movió tres diales. Y esperó.

Todo dependía de la velocidad con que funcionaran los computadores. Las cosmonaves enemigas siguieron viniendo.

Zumbaron los computadores.

Por fin dieron las órdenes.

Partieron los cohetes Nike. Los dos últimos cohetes que le quedaban. Si erraba, estaba perdido.

Las cosmonaves enemigas siguieron acercándose. Las vio en la pantalla, crecían con rapidez... No vio, en cambio, lo ecos de sus cohetes.

Los computadores habían hecho un buen trabajo: habían disparado los cohetes regulándoles la trayectoria en forma tal que siguieran el desplazamiento de las naves enemigas; en la pantalla de radar de éstas el eco de los cohetes aparecía confundido por el eco de la cosmonave de Robert...

Las cosmonaves enemigas debían atenerse a una trayectoria precisa, para situarse en posición de atacar a Robert sin que tuvieran chance de escapar.

Robert las dejó colocarse en posición.

Justamente aquél era el juego previsto por los computadores... Un relámpago encendió de pronto la pantalla.

Y en seguida otro.

Un instante más y todo estaba otra vez como antes.

Ni rastros de las dos cosmonaves enemigas.

Los Nike habían llegado a destino, habían aniquilado con sus cabezas atómicas las naves rusas.

Ahora sí, el alivio total.

Había vencido. Se había salvado.

Myriam, Mel, Chris...

Sintió algo muy parecido a las ganas de llorar.

Había eliminado todo lo que se interponía entre él y el asteroide. Ahora sí que podía descender y emprender con calma el desarme de las bombas de hidrógeno.

Movió otro dial, hubo aceleración suave, la cosmonave puso proa hacia el asteroide.

Lo vio crecer en la pantalla.

Todavía aturdido por el reciente combate, la reacción nerviosa era intensa. Y...

De nuevo, el radar encendiéndose, con tanta intensidad que enceguecía... Dos, tres relámpagos vivísimos.

En seguida el radar se normalizó. Pero donde estaba Hermes aparecieron miríadas de ecos luminosos.

Ecos luminosos que crecían, se hacían enormes, pasaban.

Hubo choques contra el casco, ruidos violentos.

Volvió a normalizarse el radar.

Estaba otra vez Hermes allí. Un gran disco luminoso, pero no pudo ver detalle alguno.

Encendió el dispositivo televisor. Una pantalla ancha, a un lado de la pantalla del radar. Estrellas, incontables estrellas, lo de siempre.

Y el globo redondo, muy pequeño aún, que era Hermes. El reciente combate con las cosmonaves enemigas había sido a miles de kilómetros de distancia, a simple vista los adversarios no hubieran podido verse.

Pero Robert Foss no pensaba en nada de eso. Estaba totalmente vacío por dentro.

Las recientes explosiones solo podían significar una cosa.

Pero no quería pensar.

Mejor dilatar la confirmación hasta lo último.

Movió varios diales en el tablero. Los computadores volvieron a zumbar.

Un timbre, un papel en una ranura a su izquierda. Miró el papel, fue como una mano helada apoyándose de a poco en el corazón. El asteroide había cambiado de trayectoria.

La sospecha se hacía certeza.

Las explosiones que viera poco antes eran las últimas bombas de hidrógeno instaladas por los rusos para la corrección final.

Hermes estaba ya en la trayectoria que debía seguir para llegar a chocar contra la Tierra. Para estrellarse contra Norteamérica. Robert Foss había vencido los obstáculos tendidos por el enemigo. Pero había llegado tarde.

Algún pequeño error en los cálculos, las últimas bombas de hidrógeno habían estallado unas siete horas antes de lo previsto por "Planificación".

Myriam, Mel, Chris...

Unos días más, y todo habría terminado.

Nada podría apartar ya a Hermes de su trayectoria fatal. Sólo una nueva explosión atómica podía alterar el curso que ahora seguía. Si le hubiera quedado aunque sólo fuera una Nike... Habría bastado para desviar a Hermes; habría sido un desplazamiento mínimo, pero suficiente para que el asteroide terminara su mortal viaje, unos miles de kilómetros más allá, quizá en el mar, quizá en la misma Rusia...

Pero la Eisenhower no tenía ya ningún cohete... Hermes seguiría su curso con la misma infalibilidad de las estrellas. Aun cuando nuevas cosmonaves descendieran en él, sería ya demasiado tarde: serían necesarias muchas bombas de hidrógeno para apartarlo déla trayectoria cuando ya estuviera cerca de la Tierra.

Pero tampoco para Robert Foss habría salvación.

A menos que decidiera entregarse...

Eso: podría regresar a la Tierra, descender en algún territorio neutral. Claro que los rusos exigirían su entrega; la Eisenhower les interesaría mucho.

Aunque, quizá, no les interesara tanto, ya ganada la guerra.

Eso: él podría salvarse aún...

Myriam, Mel, Chris.

El arroyito délas truchas, el arroyito de las rabonas al colegio. La larga calle, sombreada por árboles. Las cataratas del Niágara, el hotelito de la luna de miel. Curioso, las cosas que recuerda uno...

Myriam, Mel, Chris.

Pero él, Robert Foss, podría salvarse todavía...

No había vuelto a tocar ningún dial.

Ya Hermes aparecía gigantesco, imponente en la pantalla de televisión. Con las cicatrices increíbles, abismales, de las explosiones atómicas.

El pulso de Robert Foss latía a golpes fuertes, profundos.

Acababa de tener la idea.

No estaba todo perdido...

Y todavía Hermes podría ser apartado de la trayectoria que llevaba. Sería una corrección pequeña, pero a la distancia en que todavía estaban di: la Tierra, serían lo bastante como para hacer que el asteroide no llegara al blanco prefijado, que se desviara algo... Calmo, con una calma que no conociera desde que iniciara el vuelo, Robert Foss movió los diales.

Entraron a funcionar los dispositivos automáticos.

La maniobra del descenso comenzaba.

La superficie de I Termes era vítrea, rugosa, pero sin aristas, como si fuera el resultado de una fundición mal hecha.

Robert Foss miró por última vez la cosmonave. No dejaba de tener su belleza, allí parada sobre los sostenes de la cola, apuntando con la proa a las estrellas.

A las estrellas, hacia las que no viajaría nunca...

Robert miró el reloj, no tenía ya mucho tiempo.

Echó a andar, aunque más que andar aquello era flotar, la gravedad en el asteroide era mínima. Por fin, ya estuvo lejos, ya el absurdamente curvo horizonte del asteroide le ocultó la cosmonave.

Se tendió de espaldas. El casco de plástico estaba algo empañado. El pesado traje espacial no era confortable. Pero no importaba. Después de todo, lo había conseguido.

El cálculo de los computadores había sido terminante. Con el desvío ocasionado con la explosión de la cosmonave, a la hora exacta fijada por los computadores, el asteroide Hermes terminaría por caer en el Ártico. Provocaría una ola tremenda, comarcas enteras en todos los bordes marítimos serían arrasadas. Pero el cataclismo sería previsto, los puertos evacuados, las pérdidas en vidas no serían tan graves. Norteamérica se salvaría.

¿Norteamérica? Myriam, Mel, Chris... Miró el reloj. Ya las agujas estaban marcando la hora prefijada.

Miró las estrellas. Y sonrió. Robert Foss, un hombre común sonriendo a las estrellas.

RETORNO

El libro, un grueso volumen pero casi sin peso, seguía sin abrir.

Ciertamente, la tapa color acero, como la de todos los libros que le daban, no prometía mucho. Y menos el título: "Planetas con atmósfera de amoníaco".

Pero no había alternativa: si no lo estudiaba, si no pasaba el examen, Él lo castigaría.

El castigo sería pasarlo a la Celda Vacía. De sólo pensar en ella se estremeció. Mejor ponerse a estudiar.

Después de todo, el esfuerzo no era grande: una hora de estudio pasa pronto. Y después tendría la pantalla en colores, con las escenas siempre entretenidas, siempre renovadas. Y la música, esa música que nunca llegaba a cansar porque la variaban siempre a tiempo.

Sí, todo estaba calculado desde hacía mucho para que los dos tripulantes humanos de las cosmonaves no sufrieran deterioro alguno en el larguísimo viaje. Ni deterioro físico, ni moral.

Tenía que estar en perfectas condiciones para poder cumplir lo que se exigiría de él cuando la cosmonave llegara a destino: bajar a explorar el nuevo planeta, para que El no corriera riesgo alguno...

A X3L le hubiera gustado ver al compañero, hablar con él, contarle la inquietud cada vez mayor que sentía a medida que se acercaban al término del viaje,

Pero ésa era una de las Primeras Prohibiciones. Un hombre no podía hablar a solas con otro hombre.

Empezó a leer: "En los planetas de masa similar a la Tierra y atmósfera de amoníaco, no radioactiva, se pueden encontrar las siguientes formas vivientes...".

Un ruido pequeño, apenas perceptible, le hizo volverse, sobresaltado. ¿Estaría por entrar Él?

No; la puerta siguió cerrada. Miró en derredor, y en toda la cabina no encontró nada fuera de su sitio, nada capaz de producir aquel ruido.

Porque había sido un sonido parecido a un levísimo chasquido, como si se despegara algo. ¿0 como si se quemara algo?

Podía ser: recordó que una vez, cuando era chico, había encontrado una caja de fósforos. Una cosa rarísima, porque ya no se usaba desde hacía mucho tiempo. Había encendido uno, y había arrimado la llama a una mariposa muerta, llena de hormigas. Hubo un chasquido parecido al que acababa de oír, y las alas de la mariposa desaparecieron y tres o cuatro hormigas quedaron quietas, dobladas como si les doliera el estómago.

Volvió al libro.

Leyó: "En los planetas de masa similar a la Tierra, y con atmósfera de amoníaco, no radioactiva, se pueden encontrar..."

Otra vez el chasquido.

Ahora no tuvo duda: venía de la pared.

El asombro le aflojó las mandíbulas: todo un panel se movía, desprendido, de pronto, de los otros.

En el hueco apareció un hombre. Un hombre vestido igual que X3L: una malla negra ajustada al cuerpo, los brazos y las piernas, con las letras del nombre en el pecho y en la espalda. Sólo que X3H.

Tendría la misma edad que X3L, unos cuarenta años, y la misma cara de expresión algo huidiza, como si acabara de cometer un delito grave.

Sólo los ojos eran francamente distintos a los de X3L: en lugar de estar perpetuamente acosados de temor, aparecían brillantes, firmes; eran ojos enérgicos, como jamás los viera X3L en hombre alguno.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sin hacer el menor esfuerzo por contener o disimular el temblor de las manos—. ¿No sabes que está prohibido?

El otro sonrió.

—¡Como para ignorarlo! Es como si me dijeras que no me olvide de respirar.

—¡Si Él te encuentra aquí, nos matará! —X3L, demasiado sorprendido todavía, se pasó las manos por la cara, se las retorció, volvió a pasárselas por la cara.

X3H lo miró con dureza.

—No tiene que encontrarnos. Escucha...

Hizo una pausa para dar tiempo a que X3L se serenara. Luego continuó:

—He descubierto cómo compensar el campo electromagnético que mantiene unidas entre sí a todas las partes de la cosmonave: ya viste cómo abrí el panel.

—¿De qué servirá eso?

—De mucho más de lo que nunca has podido soñar: ¡así como compensé el campo electromagnético del panel podré compensar el campo de Él!

—¿Te has vuelto loco? ¡Eso sería descomponerlo!

—¡Sí! ¡Descomponerlo... matarlo!

Espantado, X3L retrocedió hasta la pared.

—¡Imposible! ¡Yo no te ayudaré a eso! —sacudió la cabeza en negativa histérica. — Me ayudarás... —X3H habló con voz calma—. ¿Te das cuenta de lo que significaría matar a El? Quedaríamos dueños de la cosmonave, dueños de ir adonde nos dé la gana... Dueños de elegir el planeta.

—¡No! —interrumpió X3L—. ¡No quiero ni oírte! ¡No sigas!

—Tengo que seguir, porque necesito tu ayuda...

—¡No sigas! ¡No sigas! —gritó X3L, abalanzándose hacia una palanca junto a la puerta.

Era la alarma.

Pero X3H se le echó encima y lo dominó con apretón rabioso.

—¡Suéltame!—sollozó X3L, vencido, sin resistencia en los músculos.

X3H lo soltó.

X3L se recostó contra la pared. Tenía empapada la frente en sudor.

—¿Es posible que no quieras ayudarme? —X3H lo miró desalentado—. ¿Es posible que prefieras defender a Ellos, a los que dejaron sin vida a los hombres?

—Ellos no nos dejaron sin vida... ¡Al contrario! Nos han resuelto todo...

—¡"Nos han resuelto"! —remedó X3H— ¡Nos han quitado todo! Claro, los papeles se invirtieron, y ahora dominan Ellos... Y dígase lo que se diga, el hombre sigue siendo la máquina más barata, la más eficaz, la más fácil de mantener y de reponer! Por eso nos quitaron todo, para que produzcamos mejor, sin distracciones estúpidas, antieconómicas...

—No veo qué nos han quitado...

—Claro que no lo ves. Como no lo ve casi nadie en nuestra generación, porque nos criaron así desde chicos... Pero yo encontré una vez libros viejos y en ellos he leído...

X3L lo miró espantado, seguro de que iba a oír un sacrilegio. Ya era sacrilegio haber leído un libro viejo...—He leído cosas sobre los sentimientos... Parece que, antes la mujer que daba a luz un niño lo mantenía a su lado y lo criaba hasta grande... Entre el niño y la mujer se desarrollaba una amistad grandísima: parece que no había nada más grande, más hermoso, que esa amistad... ¿No crees que es quitarnos algo habernos separado apenas nacidos de la mujer que nos parió?

—Lo hicieron porque resulta más eficaz, porque los hombres criados directamente por Ellos salen mejores...

—¡Mejores para esclavos! Dime ¿no te gustaría estar alguna vez con una mujer? ¿No te parece que debiera haber algo más que esas máquinas?...

—No quiero oírte—X3L sacudió la cabeza—. ¡Vete! Quiero estudiar...

—Estudiar... —X3H miró el libro abierto sobre la mesa—. Ahí tienes otra muestra de lo que nos hacen: hay aparatos para aprender directamente, por conexión cerebral, pero eso no es para nosotros... Los hombres tenemos que seguir aprendiendo en libros, ¡leyendo palabra por palabra!

—¡Basta! —X3L se rebeló—. ¡He dicho que no quiero seguir escuchándote! ¡Haré funcionar la alarma!

—Dices que no nos han quitado nada... —X3H pareció no haberlo oído—. Que ahora se vive mejor... Eso fue lo que dijeron los partidarios de Ellos, cuando Ellos eran tan rudimentarios que los hombres podían manejarlos... Pero un día Ellos aprendieron a construirse, a perfeccionarse y ya no hubo escape para hombre alguno... Pero esto no puede seguir así para siempre. ¡No tiene que seguir así!

—¿Qué te propones hacer?

—Ya te lo diré: mataré a El. Y seremos dueños de la cosmonave, iremos a un planeta deshabitado, y desde allí...

—¿Qué harás desde allí?

X3H y X3L se miraron. Porque X3L no había preguntado nada.

Se volvieron.

Allí, en la puerta estaba El.

Un robot apenas más grande que los hombres, de cuerpo macizo, redondeado; la cabeza, hundida entre los hombros, era poco más que una protuberancia; en el centro brillaba un vidrio verde, circular; por encima del vidrio había una pequeña rejilla.

Apenas lo vio, X3L se arrojó al suelo y tocó el piso con la frente: una de las primeras cosas que había aprendido en la infancia era que los "robots" mataban al hombre que no se postraba ante ellos.

Pero X3H no se postró.

Siguió erguido, los hombros estrechos echados hacia atrás, los ojos clavados en el vidrio verde de El...

Siempre agachado, X3L vio que el brillo del vidrio aumentaba.

Y que el rostro de X3H se ponía ceniza. Y que la piel se disgregaba, reseca. Y que blanqueaban los huesos. Y que pronto los huesos perdían contorno. Y que por último no quedaba nada.

Nada, ni siquiera un poco de polvo.

—X3L —habló el robot—. Te olvidarás de que alguna vez viste a X3H... Pronto llegaremos a Amoníaco B, y es en eso que debes pensar.

Siempre postrado, X3L vio al robot reponer en su lugar el panel de la pared y marcharse tan sin ruido como cuando llegara.

Miró el reloj. Aún faltaban veinte minutos para que se encendiera la pantalla con las escenas. Veinte minutos que podría aprovechar para estudiar.

Volvió al libro: "En los planetas de masa similar a la de la Tierra, con atmósfera de amoníaco, no radiactiva, pueden encontrarse..."

No, aquella tarde era incapaz de estudiar. Podía ordenarle El que olvidara, pero no era fácil hacerlo. X3L habló de libros viejos. De amistad entre el niño y la mujer que lo paría y lo criaba. De estar con una muchacha...

Sintió algo muy doloroso, allá muy adentro. Si hubiese conocido la palabra, le habría dado nombre a ese dolor: nostalgia.

Pero no la conocía, y se quedó sin saber qué le pasaba. ¿Habría estado en lo cierto X3H?

X3H... Otra vez vio sus ojos enérgicos, resueltos. Como no los viera nunca en ningún ser humano.

Y lo vio también en el último instante, los huesos blanqueando a través de la piel ennegrecida.

Volvió a inclinarse sobre el libro. Pero no alcanzó a leer nada.

Un timbre llegó hasta él.

Se estremeció, porque nunca oía nada. Tan seguro, tan silencioso era el andar de la cosmonave que, si no la hubiera visto al entrar en ella, un mes atrás, se hubiera creído en el fondo del pozo. 0 en un bloque de cemento.

El timbre siguió sonando, y luego la voz de El. La voz de El, hablando con la Tierra.

¿Qué ocurría para que X3L pudiera oír la transmisión? ¿Se había roto el hermetismo de las paredes?

Algo de eso había. La voz de Él sonaba agitada:

—.. .Algo ha ocurrido en el campo electromagnético de la cosmonave. No sé si la acción de X3H que acabo de informar, ha alterado el equilibrio del continuum...

Le contestó otra voz metálica, el interlocutor desde la Tierra, sin duda. Otro robot, otro El...

—Imposible saber desde aquí de qué se trata. Pero lo que se puede asegurar es que, si el continuum se ha alterado, la pérdida de la cosmonave es irremediable. ¿La aislación al sonido entre las diferentes partes de la cosmonave sigue perfecta? ¿O se ha reducido?

—Se ha reducido al mínimo. Veo en mi pantalla que el otro X, el X3L, está tenso, pendiente de la transmisión. Señal de que oye perfectamente.

X3L se estremeció, espantado. El podía verlo siempre, sin que él se diera cuenta. Entonces...

No siguió el pensamiento porque le pareció que manos invisibles, e increíblemente poderosas, le tironeaban despiadadas de la cabeza, de los pies y las manos...

Con dolor agudísimo sintió que se estiraba. Y que seguía estirándose.

Todo giró a su alrededor.

Perdió el sentido.

Nunca supo X3L cuánto tiempo estuvo privado del conocimiento. Cuando despertó, ya no estaba en su cabina.

Estaba en la Cámara de Presalida, la vasta cabina donde los X como él debían terminar los preparativos antes de iniciar la exploración de un nuevo planeta.

Una voz le llegó desde lo alto:

—Listo, X3L... Ya terminó el descenso... Estamos en un planeta de masa 5, con atmósfera de oxígeno, muy poco radiactiva... ¿Sabes algo de un planeta así?

X31i sacudió la cabeza: tenía la curiosa sensación de haber dormido mucho, muchísimo tiempo. Se estremeció: acababa de recordarlas palabras que oyera al robot de la Tierra, poco antes de desvanecerse:

"... la cosmonave está irremediablemente perdida..."

¿Qué había pasado? Nada; sin duda. Él había podido conjurar la crisis.

Se apresuró a contestar:

—Sí... En un planeta de masa 5, con atmósfera de oxígeno y muy poco radiactiva...

—Basta —lo atajó la voz—. No estamos de examen. Continúa la rutina. Ponte los transmisores.

X3L obedeció. Se colocó el transmisor de TV, que permitiría a El ver todo lo que X3L viera, y el radiodetector, que transmitiría a El una serie de datos de los que X3L no tenía idea precisa. Finalmente se puso el casco transparente, con los auriculares para recibir las órdenes de El.

También descolgó de la pared la pistola de rayos, un arma pavorosa, capaz de quemar cualquier cosa en una fracción de segundo. Pero absolutamente ineficaz contra Ellos...

—¿Listo?

—Sí.

La escotilla se abrió.

Una luz viva hirió los ojos de X3L. El sol de aquel planeta, sin duda.

Se adelantó hasta la abertura. La cosmonave estaba detenida en un arenal. Más allá se veía una masa de vegetación baja. Encima de todo, un cielo muy azul.

Retrocedió con movimiento instintivo: demasiado bien conocía cuántos peligros pueden acechar a un hombre en un planeta desconocido.

—¿Qué esperas? —la voz resonó dura, cortante, en los auriculares.

Sí ¿qué esperaba? Después de todo, los X estaban para eso, para explorar. Por eso los alimentaban, los entretenían...

Dominado el miedo, pasó por la escotilla.

Caminó por la arena.

Suspiró. Si no fuera por la vegetación, aquel planeta sería igual a la Tierra. Pero en la Tierra, luego del triunfo de Ellos casi toda la vegetación espontánea había desaparecido. Ellos la habían reemplazado por cultivos especiales de algas, mucho más económicos y fáciles que los practicados antes por los hombres. Apenas si, recordó X3L, en algunos rincones apartados se conservaban unos pocos manchones de la primitiva vegetación del planeta.

Siguió caminando hasta que llegó a la espesura.—La presión es casi igual a la óptima para ti —habló Él en los auriculares—. Quítate el casco.

—Pero... ¿y los virus? Y los microor...

—¡Quítate el casco! —repitió la voz—. ¡Pronto! Que tengo prisa...

Algo andaba mal en El. Era la primera vez que X3L veía un robot impaciente...

Se quitó el casco. Y respiró con aprehensión.

Dio un paso atrás: casi como un golpe sólido acababa de llegarle una ráfaga cargada de perfumes...

Perfumes como jamás conociera...

—¡Apúrate! ¿O quieres un electrallazo?

Avanzó de prisa. El electrallazo era una especie de látigo electrónico que castigaba directamente las células cerebrales.

Se internó en la espesura y siguió avanzando, a pesar de que más flores de colores esplendorosos, como sólo viera en las biologías, parecían empeñadas en retener su atención.

Llegó hasta una eminencia; desde allí se veía una playa arenosa. Y más allá un mar.

Un mar igual a los de la Tierra, con la resaca batiendo incansable contra los arrecifes de la costa.

Algo se movió en la espesura, cerca de él.

Se volvió con presteza, lista la pistola de rayos.

Ante él estaba una muchacha.

Una muchacha morena, con una túnica muy corta por toda vestimenta. Y un pequeño en los brazos.

Le sonrió. Como X3L no viera sonreír nunca a un ser humano.

Y lo miró con ojos claros, firmes, sin temor. Parecidos a los de X3H.

Perplejo, bajó la pistola.

La muchacha no estaba sola: a su lado aparecieron dos, tres hombres jóvenes, también sumariamente vestidos con telas de colores. Y varias muchachas más, también con niños...Todos le sonreían.

X3L comprendió. Habían llegado a un planeta muy similar a la Tierra, habitado también por seres humanos.

Seres humanos en estado salvaje, no civilizados como ellos; la prueba estaba allí, en esas muchachas con sus criaturas en brazos.

—¡Mátalos! —oyó la voz tajante de El—. ¡Bárrelos con la pistola de rayos! Así nos temerán desde el principio...

Levantó la pistola, obediente.

La volvió a bajar.

¿Qué iba a hacer? ¿Iba a ayudar a El a dominar a aquellos desdichados? ¿Ayudarle a transformar aquel planeta, hermoso, perfumado, en otro páramo como la Tierra?

Pensó en X3H.

No, él, X3L, no contribuiría a que El despojara a aquellos nativos como los había despojado a ellos. No le ayudaría a arrebatar los pequeños a las muchachas...

—¡Mátalos! —rugieron los auriculares—. ¿Qué te pasa?

No contestó.

Algo pareció abrasarle el cerebro. Sintió un dolor monstruoso, irresistible, que le hizo apretar con fuerza los ojos y abrir la boca hasta desencajarse casi la mandíbula. El electrallazo.

Tres, cuatro veces la descarga le quemó el cerebro. Pero resistió.

Los nativos, sorprendidos al verle sufrir, avanzaron lentamente.

—¡Mátalos!

La voz de El no sonó en los auriculares. Sonó afuera.

Allí estaba, surgiendo entre la espesura con su andar torpe.

La fuerza de la costumbre dobló las rodillas de X3L.

Pero se contuvo. No. No se prosternaría. Levantó la cabeza, desafiante, y echó hacia atrás los hombros estrechos.

El se detuvo a pocos metros.

X3L vio que el vidrio empezaba a brillar.

Algo le abrasó el rostro.

Y no sintió más.

Reaccionó sintiendo que unas manos suaves le masajeaban las muñecas.

Era la muchacha que había visto primero. A su lado, varios nativos lo miraban solícitos. Todos sonreían.

—¿Dónde estoy? —preguntó, aturdido aún.

— En la Tierra —contestó uno de los nativos.

—¡Imposible! —X3L cerró los ojos. Aquello debía ser una pesadilla.

Entonces se acordó de El, del vidrio verde.

—¿Y El? ¿Dónde está El? —preguntó despavorido.

—Allí... Iwo está empezando a desarmarlo...

Era cierto: en el mismo lugar de antes estaba El, inmóvil como una estatua. Y un nativo, con algo parecido a un destornillador, le trabajaba en el costado. Otro le ayudaba, con una herramienta rara.

—No entiendo... —X3L no podía dejar de mirar con espantada aprehensión al robot; en cualquier momento éste reaccionaría, aniquilándolos a todos. Incluso a él...

—En seguida entenderás—sonrió el nativo—. Estás en la Tierra, ya te dije. Pero a unos 120 años del accidente que sufrió tu cosmonave.

—¿Qué accidente?

—El desdichado intento de X3II alteró el continuum espacio-tiempo de la cosmonave. Hubo en fracciones de segundo un "salto" de 120 años... Tú perdiste el sentido, y el robot a cargo de la cosmonave, ese El que está ahí, se descompuso en parte: quedó sin saber adonde iban. La cosmonave siguió navegando guiada por el piloto automático, calculado para emprender el regreso a la Tierra en caso de emergencia. Por eso están aquí, a 120 años de aquel momento...

—Pero... ¿Y Ellos? ¿Cómo no ha aparecido ninguno todavía?

—Ya no existen... Como X3H, hubo otros hombres que se sublevaron en diferentes partes del mundo. Consiguieron crear un extintor de energía, un arma capaz de paralizar por completo a los robots, de descomponerlos definitivamente. Aquí tienes uno: con él descompuse, "maté" a tu robot—el nativo mostró un cilindro oscuro, pesado.

X3L sacudió la cabeza. Era demasiado para comprenderlo en seguida.

—¿Cómo estaban preparados para recibirnos?

—Tu caso es célebre en el mundo, X3L... Cuando la Revolución acabó con los robots se supo por los registros que había quedado una cosmonave explorando el sistema planetario de Arcturo... Era la tuya. Se supo el accidente que les había ocurrido, y se supo con toda precisión el lugar, la fecha y la hora en que aterrizarían. Por eso los aguardábamos...

X3L miró uno por una a los que le rodeaban. A la muchacha que viera primero; descubrió que tenía una flor en el cabello. Y al nativo que le hablaba; recién ahora descubría que su rostro era algo más arrugado que el de los otros.

Por primera vez en su vida X3L presintió lo que era la felicidad, el no-temor.

—¿Los hombres renunciaron al progreso, verdad? ¿Ya no hay más "robots", ya no hay máquinas...?

—¡Sí que los hay! ¡Y más que nunca! —los nativos rieron—. Pero ya no se cometen los errores del pasado, ya no los endiosamos, ya no tratamos de parecemos a ellos. Hay robots, sí, pero debidamente controlados: son ellos los que hacen posible que vivamos sin otros cuidados

que gozar de los días, estudiar lo que queramos, ver volar las gaviotas sobre la rompiente, criar a nuestros hijos...

—Pero *¿y* el progreso humano? ¿Acaso el hombre perdió el empuje, el deseo de conquistar otros mundos?

—Quiénes se sienten con deseo de llevar la raza humana por el Universo son dueños de hacerlo; tienen cosmonaves mucho más perfectas que la tuya. Pero también son dueños de hacer lo que quieran los que piensan como nosotros.

—¿Cómo piensan ustedes?

—Muy sencillo: pensamos que toda la vida de un hombre no alcanza para conocer debidamente a la Tierra. Ahí tienes, en esos arrecifes de coral, hay infinidad de cosas todavía sin descubrir... Y no sólo en el mar, entre las plantas o en el cielo; también tenemos cosas que esperan explicación dentro de nosotros mismos; el hombre lleva dentro de sí la Creación entera... Si es apasionante buscar lo incógnito en algún lugar del Universo, quizá lo es más buscarlo dentro del propio corazón... Y también...

Una voz lejana lo interrumpió:

—¡La marea está bajando! Hay peces atrapados entre las rocas. ¡Vengan a verlos!

—¡Vamos! —hubo gritos entre los nativos, como de chicos que saben que van a encontrar algo maravilloso—. ¡Vamos!

La muchacha de la flor en el cabello se levantó también:

—¿Vienes?

X3L no contestó.

Pero corrió tras ella.

UN EXTRAÑO
PLANETA...
PLANETA...
PLANETA...

Abril 15, 2032.

Hoy terminamos cíe instalar la base.

Crawford y su gente partieron en la cosmonave. Por fin me quedé solo.

Fue un alivio verlos partir, ya Crawford me tenía bastante cansado, siempre sintiéndose comandante, cuidándose de no darme órdenes directas, pero imponiendo siempre su voluntad. Al fin de cuentas, quien se quedará en la base durante un mes soy yo y no él; soy yo quien debe vivir aquí, soy yo quien debe disponer de todo como se me dé la gana.

Nos llevamos un apurón tremendo para que la cosmonave pudiera partir a la hora fijada; la base ha quedado a medio arreglar, tengo muchísimo que hacer todavía. Y tengo que aprendérmela rutina déla entrada y la salida bien de memoria, hasta lograr hacerlo en forma automática; si me llego a equivocar una sola vez, moriré en el acto. La atmósfera exterior tiene demasiado contenido de flúor, como podrá verse en los registros de los aparatos.

Seguiré mañana anotando mis impresiones, ahora estoy demasiado cansado.

Abril 16

Lo que se llama un día inolvidable.

Salí bien de mañana; la luz azulada del sol doble bañaba la hondonada donde está la base. La Roca Alta, que este» detrás, aparecía como irisada en medio de tanta luz.

Sí, Sigma 9 es un planeta maravilloso.

Me adapté en seguida al traje espacial, no experimenté incomodidad ninguna, me muevo y respiro con toda libertad.

Me alejé bastante de la base, en dirección al "bosque" que señaló Mulligan.

Atravesé una especie de prado, cubierto por una vegetación extraña, un verdadero colchón de tallos retorcidos, parecen lianas que crecieran horizontalmente; el colchón tiene más de un metro de espesor. Pasé junto a un arroyo, el agua humeaba; le medí casi 34 grados. Había plantas de hojas anchas en las márgenes, otras que parecían hongos, muy blancas. Más allá del arroyo pasé por la espesura de arbustos "musicales" que encontró Mulligan: es una planta de color rojizo, con hojas muy pequeñas, "vibradores" muy largos. Apenas uno los toca, tal como lo describió Mulligan, emiten una serie de sonidos extraños, en curiosa armonía. Ya cerca del "bosque" vi pasar un verdadero enjambre de seres, no más grandes que avispas; los hubiera tomado por coleópteros si no fuera porque tenían sólo dos patas, corrían con increíble rapidez. En el borde del "bosque" vi las plantas azules que también alcanzó a describir Mulligan en su informe: vi las "flores", son inmensas, impresiona verles los pétalos ondulando constantemente. Confirmo la observación de Mulligan: no había viento alguno, pero los pétalos se movían sin cesar. Filmaré el movimiento, seguro que algún ritmo lo preside.

No penetré en el "bosque", la tentación era grande, pero debo proceder con método. Investigaré el prado y, recién después, penetraré entre las "flores ondulantes".

Vi volar los "polípteros" que tanto impresionaron a Mulligan: no son más grandes que mariposas comunes y tienen un número variable de alas. Encuentro correcto el nombre que les puso Mulligan, "polípteros", o sea "muchas alas".

Regresé a la base, en tren de paseo. Una experiencia inolvidable: ver el sol doble bastante alto en el horizonte, ver la hondonada envuelta en la bruma azulada, con la Roca Alta cada vez más irisada. La cúpula de la base no parece fuera de lugar; la bruma la envuelve, se diría que siempre ha formado parte del paisaje de Sigma 9.

Me felicito por haber venido.

Todos trataron de disuadirme, me pusieron por delante, hasta el cansancio, el ejemplo de lo ocurrido a Mulligan y a Ramsgate, los dos observadores anteriores.

Ahora me alegra el no haberles hecho caso.

En Sigma 9 no hay nada peligroso, no hay ningún animal más grande que un gato, no hay ninguna forma de vida inteligente. Crawford y su gente, en todos los días que estuvieron aquí, exploraron una superficie vastísima, sin encontrar nada que pueda representar algún peligro.

Ramsgate se mató, es cierto, pero desgraciadamente no es el primer observador naturalista que, librado a sí mismo en la soledad y la extrañeza de un nuevo planeta, no soporta el aislamiento y termina pegándose un tiro.

Lo de Mulligan fue más serio, no cabe duda, porque era un científico que prometía, una verdadera personalidad. Pero vaya uno a saber qué conflictos rugían en el fondo de su espíritu cuando decidió venir a Sigma 9; si terminó volviéndose loco habrá sido por algún problema anterior, no porque la vida en Sigma 9 se le hiciera insoportable, o porque algo lo aterrorizara hasta privarlo de sus facultades mentales. La misma forma de locura prueba que Sigma 9 no tuvo mucho que ver: parece que Mulligan, cuando fue encontrado por la Expedición de Relevo no hacía más que repetir la misma frase: "Desde la cima de la Roca Alta, la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes...". La repetía sin cesar, casi como si fuera un rezo. Y no hubo forma de hacerlo callar, ni de hacerle decir otra cosa...

Peor para Mulligan y para Ramsgate si no pudieron adaptarse: Sigma 9 es un planeta ideal para un naturalista. Hay tantas nuevas formas de vida aquí que uno no sabe por dónde empezar, es un verdadero paraíso.

Y no sólo eso: quien primero estudie la flora y la fauna de este planeta, pasará, sin duda, a tener un nombre destacado en la Historia Natural del espacio. Mulligan empezó a hacerlo, pero apenas si trabajó dos o tres días. Sigma 9 está prácticamente virgen, enteramente a mi disposición.

Abril 17

Un día agotador.

Desde temprano no hago más que cazar pequeños animales, no más grandes que insectos; los cazo y los pongo en el frasco con "Toxol".

Prácticamente sin alejarme de la base, he llenado más de diez frascos, todos con formas de vida diferentes. Cacé también un políptero, uno de esos animales parecidos a mariposas, con alas múltiples; mejor dicho, se cazó solo: prácticamente se metió por sí mismo en el frasco con "toxol".

Ha sido un día extenuante, tengo los ojos todavía prácticamente llenos con todo lo que he visto: es tal la variedad de seres, tan extraño aparece todo, que estoy como deslumbrado, anonadado. Lo que es más curioso, lo que me intriga más, es la sensación general de familiaridad que, a pesar del exotismo de todo, me producen las diferentes formas de vida de Sigma 9: hay un extraño paralelismo, aunque sólo sea formal, con la fauna y la flora de la Tierra.

¿Estaré en el umbral de algún gran descubrimiento científico? ¿Aquí, en Sigma 9, no terminaré por encontrar la clave al secreto de la evolución de la vida en el universo?

Darwin hizo un largo viaje en el "Beagle", y de las observaciones que practicó extrajo las bases para su célebre teoría de la evolución. ¿Llegaré yo a algo parecido?

No, mejor no desvariar, no soy quién para aspirar a tanto. Quizá Mulligan pudo hacerlo, él era un hombre mucho más preparado que yo. A propósito, ¿qué le ocurriría a Mulligan? ¿Por qué terminaría perdiendo la razón?

Me cuesta creer que la soledad lo abatiera: Mulligan era un verdadero naturalista, y en un lugar como éste, un hombre de ciencia no puede sentirse solo nunca. Es tanto lo que hay que hacer aquí, es tanto lo que hay que observar, tantos los enigmas que se presentan al espíritu, tantas las cuestiones que quedan sin respuesta...

Para un hombre cualquiera, todo esto sería muy extraño, lo admito. El día con el sol doble, las noches con esas tres lunas que producen sombras tan cambiantes, las plantas, los animales tan ajenos a todo lo que uno ha conocido. Sí, para un hombre cualquiera tanto exotismo sería algo insoportable. Pero no para un hombre como Mulligan.

Cuando uno se entrega a la ciencia no tiene patria ni hogar. La patria y el hogar son el propio estudio. Yo mismo, que no le alcanzaría a la suela de los zapatos a Mulligan, me encuentro aquí como en mi casa; no puedo sentirme completamente solo, conmigo están también los hombres de ciencia de la Tierra que, apenas yo regrese, se desvivirán por leer mis informes, por ver de cerca los especimenes que yo lleve, por estudiar mis colecciones.

Mulligan tiene que haber sentido lo mismo, él vivió siempre entregado totalmente al estudio. ¿Por qué se dejó abatir así? ¿Por qué su intelecto, habituado a la férrea disciplina de la investigación, terminó por claudicar de manera tan súbita?

Francamente, no lo entiendo...

Abril 18

Hoy no salí de la base: me he quedado ordenando todo el material que recolecté ayer.

El día no me ha rendido mucho, que digamos. Culpa del políptero.

Creí que el "toxol" del frasco lo mataría, igual que a todos los otros animales que recolecté.

Pero no, el políptero quedó bien vivo, tanto que, durante la noche, se comió a todos los otros animales que compartían con él el frasco.

No he visto nunca un animal semejante, la suerte me ha puesto delante de un ser verdaderamente único: su metabolismo es "fuera de serie", no creo que haya otro animal como él, capaz de crecer a ojos vista. Le he tomado fotografías seriadas: de una hora a otra su tamaño aumenta en un cinco por ciento.

Para ver si seguía aumentando de tamaño, le di de comer otro de los animales que estaban en los otros frascos; tal como lo había previsto, el políptero siguió creciendo. El "toxol", a pesar de que es tan eficaz, que mata instantáneamente a todos los otros animales, a él no le hace efecto alguno.

Pero mejor me desentiendo un poco del políptero; tengo otras muchas cosas que hacer. Debo repasar los aparatos registradores, debo cambiar las cintas, debo preparar el programa para mañana.

Abril 19

Otra vez el políptero. Ya dije ayer que estaba delante de un animal increíble. Me he quedado corto, el políptero es, creo, el ser más desconcertante que jamás encontró expedición espacial alguna.

Hago mal en decir que es desconcertante, la palabra que lo define mejor es sensacional.

Dormía todavía cuando me despertó un ruido seco.

Era el políptero que había roto el frasco.

Había crecido tanto durante la noche, que terminó por no caber dentro, hizo presión contra las paredes, el plástico terminó por ceder.

Resolví dejar de lado totalmente el programa de trabajos, para dedicarme de lleno al estudio del políptero.

Me fue fácil atraparlo. Apenas si se debatió en el cazamariposas. Lo puse bajo el microscopio binocular.

No tenía esqueleto externo, nada que lo semejara a un insecto terrestre. El cuerpo de los polípteros está recubierto por una especie de piel.

Empecé a examinarle la boca por si resultaba peligroso manejarlo. Pero no, la boca es pequeña, sin aguijón, con piezas mandibulares que recuerdan curiosamente a una langosta.

Traté de hacerle abrirlas piezas mandibulares para observarlas mejor, le introduje con suavidad el extremo de la lanceta. Y entonces ocurrió algo inesperado.

Cerró las piezas mandibulares en torno a la lanceta y, con un movimiento de la cabeza, me la quitó de la mano. Sí, me la quitó de la mano.

Traté de recuperarla, pero aquella boca, aunque tan pequeña, era de una fuerza increíble.

Empezó a debatirse, traté de sujetarlo, pero fue imposible, terminó por soltarse.

Me quedó en los dedos un polvillo parecido al que deja una mariposa terrestre. Sólo que era un polvillo color plomo. Desde el regenerador de aire, hasta donde había llegado en rápido vuelo, el políptero se quedó mirándome con los ojos grandes, múltiples. Y arreglándose las alas, sin querer, yo se las había descompuesto algo.

Esto sí que es extraordinario. Dije que el políptero era sensacional, pero me quedé corlo.

Mientras escribía todo lo que precede, estuve por fuerza distraído y no miré para nada al políptero.

De pronto, algo me revoloteó cerca, levanté la vista.

Era el políptero. Aunque no, no sé si era el mismo. Porque ahora había por lo menos ocho o diez polípteros, todos iguales, revoloteándome alrededor...

Por increíble que parezca, el políptero se había reproducido en el breve lapso durante el cual yo había escrito los párrafos que preceden. Lo dicho, estoy ante una forma única de vida.

Por suerte no es peligroso, no tiene órgano alguno de ofensa. La boca, aunque tan poderosa, es pequeña y no podría lastimar aunque se lo propusiera.

La mancha color plomo que me dejaron en los dedos las alas del políptero se ha extendido hasta toda la mano, llega ya a la muñeca.

Es algo curioso, no lo entiendo, pero... ¿qué importa?

Los polípteros son inofensivos, yo lo he comprobado...

Pero si cada uno de los ocho polípteros que ahora revolotean se multiplica por otros ocho..., tendré pronto sesenta y cuatro polípteros... Y en seguida, si estos a su vez se multiplican, tendré otros quinientos doce polípteros...

Demasiados polípteros... Me consumirán el aire.

Debería matarlos, debería fumigar la cabina con "toxol" concentrado.

Pero no, sería demasiado trabajo...

Lo haré mañana, estoy muy pero muy cansado.

Mañana mataré a los polípteros...

Abril 20

Suerte que no maté a los polípteros. Durante la noche, contra lo que temía, no se multiplicaron.

Esta mañana salí de la base y todos los polípteros salieron conmigo, se dispersaron.

Seguro que el aire de la cabina, tan rico en oxígeno, no les gustó. Hice bien en no tomarme el trabajo de darles muerte.

Otro día cazaré algún otro políptero y me pondré a estudiarlo.

Curioso, hoy no he tenido ninguna gana de trabajar. No sé qué me pasa, pero veo lo que me rodea, todo este esplendor, esta variedad, esta riqueza de vida, y no siento ya ningún impulso, ningún deseo de estudiarla... Sólo pienso en quedarme quieto, contemplando, gozándolo todo en forma pasiva...

Subí a la Roca Alta, la roca que está detrás de la base, la roca irisada por la luz azulada del sol doble de Sigma 9...

Toda la hondonada se extendía allá abajo; desde la cima de la Roca Alta, la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes...

¿Dónde oí una frase semejante?

Ya me acuerdo: era la frase que Mulligan, mi antecesor en el puesto, repetía y repetía cuando lo encontraron.

¿Me estará por pasar a mí algo semejante?

Vamos, Colby, no vale la pena pensar...

¿Para qué pensar?

La mancha plomiza, me fijé esta mañana cuando me levanté, se ha extendido por todo el brazo, me llega casi hasta el hombro.

Pero... ¿Qué importa? ¡Es tan hermoso lo que se ve desde aquí, desde la Roca Alta!

Desde la cima de la Roca Alta la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes...

Desde la cima de la Roca Alta la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes...

Mayo 28, 2032

Hasta aquí el diario de Francis Colby.

Nuestra expedición de relevo llegó de acuerdo con el programa establecido. Descendimos sin novedad junto a la base, pero Colby no vino a recibirnos.

Entramos a la base y la encontramos en gran desorden: restos de comida sin reducir, aparatos registradores funcionando sin cintas, nadie las había cambiado. Frascos con algunos

ejemplares raros tirados por el suelo, papeles. Y, por todas partes, cubriéndolo todo había una especie de polvo muy fino, grisáceo, con algo de metálico.

Buscamos a Colby y lo encontramos en la cima de la Roca Alta.

Nos saludó, muy contento, vino a nuestro encuentro. Moviéndolos labios, murmurando algo, como si rezara:

—Desde la cima de la Roca Alta la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes...

Recordé lo ocurrido a Mulligan. Sin duda Colby está afectado por la misma forma de locura.

En consecuencia, se confirma que Sigma 9 no se presta, por lo menos por ahora, para la colonización humana: debe haber aquí alguna forma de radiación, quizás algún gas en la atmósfera, en fin, no me corresponde a mí establecer qué puede ser, que afecta de manera muy profunda la capacidad mental de los seres humanos.

Deberíamos emprender el regreso ahora mismo, me doy cuenta de que eso sería lo más prudente, pero sería un trabajo tan grande poner otra vez la cosmonave en condiciones...

Después de todo, bien nos merecemos un descanso luego de tantos días de viajar por el espacio...

Mañana regresaremos...

Mayo 29

Escribo desde la cima de la Roca Alta.

Tengo las manos color plomo; a mis compañeros les pasa lo mismo.

Subí a la Roca Alta para convencer a Colby de que debería venir con nosotros.

Pero ya se me fue el apuro.

¡Es tan hermoso lo que se ve desde aquí arriba...!

Desde la cima de la Roca Alta, la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes...

Desde la cima de la Roca Alta, la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes...

Desde la cima de la Roca Alta, la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes...

PARIA ESPACIAL

Rainer Lomas cerró los ojos, pero no soltó el lápiz.

Estaba cansado, harto de estudiar. Le faltaban todavía tres ecuaciones, tendría que seguir hasta terminar...

Sí; a lo mejor aquellas tres ecuaciones eran, justamente, las que decidirían el examen final...

Porque cuando llegaran a Molí I, Rainer Lomas y los demás "cadetes avanzados" tendrían que rendir el examen final. Si aprobaban recibirían la codiciada Elipse de Oro, el distintivo de los pilotos espaciales.

Rainer Lomas abrió los ojos, miró a su alrededor, todo estaba como siempre en la cabina. La conocía al milímetro, tal como conocía al milímetro hasta el último tornillo, hasta el último conductor eléctrico de la aeronave. Como, también, conocía hasta el cansancio las reacciones de sus compañeros de estudio, los otros cinco cadetes que, alrededor suyo, se afanaban en resolver las ecuaciones.

Volvió a mirar el papel... ¿Cuántas veces, desde que saliera del colegio, había estado preparándose para algún examen? Cuando ingresó a la Fuerza Aérea, un examen muy duro porque había millares y millares que querían entrar... Luego, para pasar a Vuelo Sub Espacial, cuando voló hasta la Luna... Aquel curso lo recordó con placer especial: Rainer Lomas había salido con las clasificaciones más altas.

Cualquier otro se hubiera dado por satisfecho. Como piloto sub espacial tenía el porvenir asegurado: se ganaba muy bien, allá en la Tierra les daban casa, comida, colegio para los hijos, todo lo que necesitaran. Pero Rainer Lomas no se había conformado, Rainer Lomas tenía sed de espacio; Marte, Venus, los demás planetas del sistema solar eran para él objetos casi domésticos... Rainer Lomas ambicionaba las estrellas, como un navegante de la antigüedad que se aburriera de la navegación de cabotaje, siempre con la costa a la vista para no perderse, y soñara con poner alguna vez la proa al gran misterio del océano inacabable.

El gran espacio, las infinitas distancias que se medían en años luz, la honda lejanía de los espacios interestelares... Aquello era lo que atraía a Rainer Lomas.

El misterio de lo desconocido... Y, también, sus riesgos. Porque no siempre volvían quienes buceaban la inmensidad...

La atracción de lo desconocido era irresistible. Recordó las palabras de Curtiss, el primer hombre que llegara a una estrella: "Vi un sol que no era 'mi' sol, vi planetas que nada tenían que ver con 'mi' planeta. Me vi entonces a mí mismo, y vi que también yo nada tenía que ver con el que era antes..."

Rainer Lomas respiró hondo. Ya también las estrellas habían perdido parte de su embrujo, ya era cosa de todos los días llegar hasta ellas, la galaxia toda empezaba a ser recorrida. Había, desde luego, sorpresas increíbles, como los planetas artificiales que giraban en torno de Alfa de Libra, ese Sol que, según algunos científicos, también era el producto artificial de una industria inaudita; ¿qué raza había construido aquel sistema solar? ¿Y adonde había marchado, por qué había desaparecido así?

Había muchas sorpresas en la galaxia, sí... Pero, en cierto modo, no terminaban de bastar a Rainer Lomas. El quería más, mucho más...

Rainer Lomas sacudió la cabeza; mejor no distraerse. Aunque costaba tanto no soñar, ya faltaba tan poco para la meta final. En aquel momento estaban a dos años luz de la Tierra, iban a Molí I, la nueva base espacial cuyo solo nombre bastaba para hacer soñar. Como Tahití, como Aku-aku, como la Tortuga, los viejos nombres de la aventura, hicieran soñar en otros tiempos a los Salgari, a los Zane Grey, a los Stevenson.

Sí, imposible no soñar. Unos días más y, cuando llegaran a la base, el examen final, el título máximo: piloto espacial... Haría algunos vuelos cortos de entrenamiento, y luego... Luego, al Gran Espacio, al espacio entre nuestra galaxia y la próxima, el Gran Espacio en el cual todavía no se había aventurado hombre alguno... Era a ellos, a los nuevos pilotos espaciales, a quienes sería confiada la estupenda empresa...

El examen final... Pero... ¿Y si fallaba?

Porque el examen no sería nada fácil; bien claro había sido el instructor, el reglamento era inflexible: de los seis aspirantes sólo serían aprobados tres...

El pulso se le aceleró, se le borraron de la mente las galaxias y los planetas todavía sin nombre y sin forma, volvió a concentrarse en las ecuaciones que tenía adelante.

Vio con claridad la solución. Curioso, cómo el soñar un poco suele despejar el cerebro. No eran tan difíciles aquellos cálculos, después de todo, ni...

Un timbre lo hizo estremecer. Un timbrazo claro, repetido con urgencia. Igual que los otros cadetes, Rainer Lomas se enderezó, dejó el lápiz, se levantó de prisa.

Era tan poco frecuente en la rutina de a bordo que los llamaran a la cabina de comando en plena hora de estudio, era tan desusado como que el instructor se pusiera a enseñarles pasos de baile.

Salieron, se atropellaron en el corredor, entraron en la espaciosa cabina que ocupaba toda la proa de la cosmonave.

Allí estaba Stine, el capitán. Junto a Stewart y Norlem, los dos oficiales, miraba con gran atención por el ventanal de la izquierda.

—Acérquense —el capitán Stine era un hombre maduro, un piloto espacial con media vida fuera del Sistema Solar; tranquilo, siempre inalterable, siempre afable; era el hombre ideal para el mando de una cosmonave escuela—. Vale la pena que vean esto...

Rainer Lomas, lo mismo que los demás cadetes, se acercó al ventanal. Ante ellos se desplegó la increíble majestad del espacio visto sin ninguna clase de atmósfera, sin nadie que velara las más remotas estrellas, sin nada que confundiera las embriagadoras espiras de las galaxias: miríadas de puntos luminosos, como si fuera una nevada de incomparable belleza que, de pronto, se hubiera quedado inmovilizada en mitad del espacio...

Pero no vio nada especial, nada que justificara el llamado del capitán Stine.

Lo mismo debió pasarles a los demás cadetes, porque todos miraron desconcertados al capitán. Este sonrió:

—Tienen suerte, muchachos... Hay pilotos espaciales que se pasan la vida entera sin verla nunca. Claro, el espacio es tan enorme, es una verdadera casualidad encontrarla... Yo mismo, después de tantos vuelos, la he visto sólo dos veces... Esta es la tercera.

Debió haber mucha perplejidad en el rostro de Rainer Lomas porque el capitán riendo, lo tomó por el brazo y señaló con el dedo hacia un punto del espacio, algo a la derecha.

Había allí una especie de nube, era una galaxia muy distante, sin duda, o un conjunto de galaxias, pero nada más, fuera de las consabidas estrellas.

—Allí... Allí, cadete Lomas: ¿ve esas tres estrellas debajo de la nubosidad? Pues bien, fíjese en la estrella más rojiza... ¿Qué le nota?

—No le noto nada... Pero... Ahora sí. ¡Veo que se mueve, señor!

—Exacto. Créanlo o no, lo que parece una estrella no es más que una cosmonave bañada por el sol... No hay ninguna otra cosmonave por esta zona, fuera de la nuestra: esa que va allá no puede ser otra que la Cosmonave Fantasma.

—¿La Cosmonave Fantasma? —los cadetes se miraron desconcertados. Aquello sí que era algo sensacional.

—Habrán leído ya sobre la Cosmonave Fantasma, me imagino —el capitán Stine dejó el ventanal y fue hacia una pantalla, cerca del puesto de comando.

—Por supuesto, señor —contestó Rainer—. Pero, la verdad, siempre creí que era una leyenda...

—No, cadete Rainer, la Cosmonave Fantasma no es ninguna leyenda. En el año 2063, o sea unos veinte años atrás, la cosmonave Effort no regresó a la tierra en la hora y el día calculados; había sido lanzada hacia lo que después se llamó la "Galaxia Negra", esa parte de la Vía Láctea que más tarde se decidió prohibir completamente para los vuelos espaciales, porque hay algo allí, que nunca se pudo saber con precisión en qué consiste, que destruye las cosmonaves... Se consideró que la Effort estaba completamente perdida: se la borró de los registros y el nombre de John Bergson, su capitán, fue inscripto en la placa de bronce al pie del memorial a los Desaparecidos en el Espacio...

El capitán Stine no podía con su genio pedagógico y cuando se lanzaba a una explicación, le gustaba llegar hasta los menores detalles. Prosiguió:

—Pero un día, medio año después de ser descartada como desaparecida, la Effort fue avistada por otra cosmonave que iba rumbo a Sigma 9. James, el capitán de la cosmonave que avistara a la Effort, maniobró para acercarse: dio por descontado que no habría nadie a bordo, que la Effort vaya uno a saber por qué accidente, había quedado girando en órbita, sin posibilidades ya de regresar jamás a la Tierra. Sin embargo, James se llevó la sorpresa de su vida porque antes de que se pudiera acercar demasiado hubo un destello en el flanco de la Effort y faltó muy poco para que la cosmonave de James quedara fuera de combate: la Effort acababa de disparar contra ella uno de los dos "rayores" con que estaba artillada; lo único que salvó a James fue que todavía estaban relativamente fuera de alcance. Con la cosmonave averiada, James regresó a la Tierra, y desde entonces quedó planteado el enigma: ¿quién iba a bordo de la Effort y por qué no intentaba aterrizar nunca? ¿Por qué atacaba con los "rayores" a todas las cosmonaves que se le acercaban? Porque James no fue el único que quiso reconocer la Effort: otras dos cosmonaves que trataron de acercársele fueron averiadas por los disparos de los "rayores". Una de ellas quedó tan maltrecha que debió ser abandonada por la tripulación, y motivó el famoso rescate llamado de "Epsilón del Centauro", porque fue cerca de esta estrella donde se hizo el salvataje. Desde entonces, por supuesto, se impartió orden terminante de dejar tranquila a la Effort, de no acercársele bajo ningún pretexto...

—Si mal no recuerdo, señor, creo haber leído que se hizo un intento de destruirla... —Sí, pero no fue un intento llevado a fondo —el capitán Stine se apoyó en la pantalla junto al puesto de comando: accionó un control, la pantalla se encendió—. Pensando en que la Effort podía convertirse en un objeto peligroso, se envió contra ella la "California", la primera cosmonave

dotada de "súper rayores" y de microtelevisores, además de tantos otros adelantos que bien conocen ustedes por el Manual. Pues bien: la "California" consiguió localizar a la Effort, ya estaba por dispararle los "súper rayores" cuando, siguiendo las instrucciones recibidas, la enfocaron con el microtelevisor. Pudieron verla así de cerca, pudieron ver lo que había dentro de la Effort...

El capitán Stine movió otro control y prosiguió:

—Mejor que cualquier explicación mía, nuestro microtelevisor les enseñará lo que vieron los hombres de la "California". Y comprenderán por qué no abrieron fuego con los "súper rayores"...

Hubo bandas transversales en la pantalla, las bandas ondularon, se hicieron espiras, todo quedó a oscuras, un instante después volvían a encenderse.. .Los ojos de los cadetes se agrandaron por la sorpresa: en la pantalla, con toda claridad, se vería la Effort. Era una cosmonave de líneas muy anticuadas, con el casco picado de incontables pequeñas abolladuras, impactos sin duda de micrometeoritos, con un gran ventanal central en la parte superior de la proa.

El capitán Stine movió un poco más el control. Otra vez las bandas transversales, las espirales, la oscuridad. Y ahora un primer plano del ventanal: en él, mirándolos a los ojos, un hombre.

Un piloto espacial, de rostro curiosamente avejentado, pues tenía arrugas que no iban bien con la enorme energía de los ojos...

—Ahí tienen al capitán de la "Cosmonave Fantasma"... John Bergson. —¿Seguro que es él, señor?

—Completamente seguro, muchacho. Lo han identificado sin lugar a dudas; en la "California", justamente, iba de comandante el coronel Paul, compañero de estudios de Bergson. Fue él quien lo reconoció, y fue por eso que no quiso atacarlo. A raíz del informe del coronel Paul se desistió de atacar a la Effort; quedó en pie la prohibición de acercársele para no ponerse a tiro de sus "rayores". Desde entonces la "Cosmonave Fantasma" ha quedado viajando por el espacio, cambiando cada tanto de trayectoria, en órbitas imposibles, sin intentar jamás descender en algún mundo habitado...

—Pero... ¿Cómo puede Bergson seguir viviendo después de tanto tiempo? Dijo usted que la Effort se perdió hace veinticinco años...

—Debiera ponerle una mala nota, cadete Rainer... —el capitán Stine sonrió afectuosamente a Rainer—. Como habrá leído usted en el Manual, la Effort fue uno de los prototipos de las "cosmonaves autónomas", que iniciaron la serie de cosmonaves con equipos regeneradores de aire y de alimentos, capaces de mantenerse en el espacio durante años y años sin ser abastecidas. Bergson puede seguir volando en la Effort, si quiere, o si no se muere antes, otros veinticinco años...

—¿Trató alguien de comunicarse con él? —preguntó otro de los cadetes—. Le hicieron señales, imagino...

—Desde luego, al principio, todas las cosmonaves que lo avistaban le hacían señales luminosas, trataban de entrar en contacto radial. Pero jamás Bergson respondió, jamás hizo el menor intento de comunicación. Por todo esto se supone que John Bergson, vaya uno a saber por qué causa, perdió la razón durante la exploración a la "Galaxia Negra"... Nadie piensa en molestarlo ya, es más, es tanta la lástima que inspira que es costumbre que las cosmonaves que avistan la Effort suelten al espacio algún bulto con provisiones. No porque le hagan falta a

Bergson, como ya les dije, sino para darle algunas cosas que los regeneradores automáticos no podrán darle nunca. Por ejemplo, whisky, golosinas, cigarrillos, libros...

Rainer Lomas no escuchaba al capitán Stine, toda su atención se concentraba en aquel rostro que aparecía en la pantalla; no se había movido, continuaba mirándolos, como si supiera que lo observaban con el microtelevisor. Seguía mirándolos, con esa curiosa expresión que era una mezcla entre un infinito cansancio y un gran orgullo.

¿Era posible creer que aquel hombre fuera un loco?

Y si lo era, ¿qué forma de locura era la suya?

—¿Y los compañeros de Bergson, señor? —junto a Rainer quiso saber otro cadete—. Tengo entendido que la tripulación de la Effort fue de tres hombres...

—Muy bien, cadete Douglas. Sí, la tripulación original de la Effort fue de tres hombres. De los otros dos, para ser breve, sabemos exactamente lo mismo que usted. Nunca nadie los ha visto, lo más probable es que hayan muerto en el mismo accidente que hizo enloquecer a Bergson...

Ya el rostro del capitán de la "Cosmonave Fantasma" se hacía borroso en la pantalla del microtelevisor.

La Effort iba quedando en la distancia.

Hubo un par de sacudidas en la "Selene".

Dos, tres bultos se desprendieron de la popa de la cosmonave escuela, fueron quedando atrás, frenados por pequeñas cargas de nitrógeno comprimido.

Eran los "regalos" que el capitán Stine hacía a la "Cosmonave Fantasma".

—Le dejamos cigarrillos, diarios, chocolates, tubos de vitaminas...

—¿Seguro que los recogerá?—Sí. Cuando estemos bien lejos, maniobrará para recogerlos.

Rainer tuvo la idea.

—¿Nunca nadie trató de dejarle un mensaje en esos bultos? Podría proponérsele un sistema de señales... Quizá no responde a los intentos de comunicación porque le fallan los transmisores...

—Ya se intentó de todo, se lo repito. Se le hicieron señales luminosas, se le pidió por medio de los bultos, **tal** como usted lo propone, que hiciera señales con alguna linterna, con las manos, con los ojos, con cualquier cosa. ¡Pero nada! Bergson ha seguido siempre mudo, sin intentar jamás un contacto...

Atrás quedó la "Cosmonave Fantasma". Durante un tiempo fue visible por el telerradar. Por fin ni aún así se la pudo deleitar.

De vuelta al estudio-cabina Rainer Lomas trató de concentrarse otra vez en las ecuaciones. Pero le fue muy difícil hacerlo.

Imposible borrarse de la retina el rostro de Bergson, **a** la vez **tan** viejo, tan orgulloso.

Días después, ya en Molí I los cadetes espaciales se llevaron una sorpresa: el Instructor Jefe les hizo un anuncio inesperado:

—No tendrán que rendir examen para recibir la Elipse de Oro... —El instructor jefe, un hombre de edad madura, de frente abombada y lleno de arrugas, se sonrió, adivinando su alivio—. El examen, sin que ustedes lo supieran, lo hemos estado lomando durante el vuelo en la cosmonave-escuela. Todos, cada uno de sus actos y reacciones han sido registrados y computados; sabemos de sobra quiénes son los más adecuados para recibir la Elipse de Piloto Espacial...

El Instructor Jefe hizo una pausa, aclaró un poco la voz, continuó:

—Jeffrey Douglas, Rainer Lomas, Kent Tiang pueden considerarse desde este momento Pilotos Espaciales. Los restantes pasarán a la Escuela de Gobernadores: desde ya les digo, no como consuelo sino como simple constatación de un hecho, que un Gobernador Espacial en un nuevo planeta es un cargo lauto o más importante que el de Piloto Espacial.

Rainer Lomas movió con cuidado el control del telerradar. Nada, todavía nada.

¿Se había equivocado de órbita? Sin embargo, la última información de la "Marylin" decía que la "Cosmonave Fantasma" iba en aquel "Canal"; la "Marylin" era la última cosmonave que avistara a la "Cosmonave Fantasma".

Tendría que esperar.

Se echó para atrás en el asiento, cerró los ojos.

Rainer Lomas volaba por fin al comando de una cosmonave. Era aquel su primer auténtico "solo" espacial. No era un vuelo importante, todavía, era sólo una misión de rutina hacia "Retus VII" en el sector Intermedio de la Galaxia. Si todo andaba bien le confiarían una de las nuevas cosmonaves, una de las "Gran Espacio" diseñadas para el vuelo intergaláctico.

Otro toque al control del telerradar. Nada todavía. Pero...

Un pequeño sonido, como el golpear de un lápiz contra un vidrio.

Sintonizó mejor, ahora el sonido fue mucho más claro.

—Por fin... ¡Unos minutos más y tendré a la vista a la "Cosmonave Fantasma"!

Los cálculos de Rainer Lomas habían resultado correctos.

Poco antes de partir para "Retus VII" había leído el informe de la "Marylin": allí estaban los datos de la última órbita por la que volaba la cosmonave errante de Bergson.

Una órbita que pasaría muy cerca de la órbita que debía recorrer Rainer para llegar a Retus VII.Sin decir nada a nadie, para que no le ordenaran desistir, Rainer ajustó la hora de su partida para llegar al cruce de la órbita en el momento exacto en que lo haría la "Cosmonave Fantasma".

Porque Rainer Lomas tenía una idea.

Una idea que, si resultaba, podría terminar el calvario de Bergson, el astronauta encerrado en su cosmonave desde hacía 25 años...

El eco del telerradar era ya inconfundible. No podía ser un meteorito, no quedaba duda ya de que se trataba de una cosmonave.

Encendió el transmisor, emitió la señal de reconocimiento.

Como lo esperaba, no obtuvo respuesta.

Aquella cosmonave no podía ser otra que la "Cosmonave Fantasma", la Effort.

Los computadores electrónicos le dieron la velocidad y la órbita, pasó los datos al piloto automático para que durante un trecho volaran paralelamente a la Effort, pero sin acercarse demasiado.

Miró por el ventanal de babor. Tardó en verla, eran tantos los puntos que podían ser una cosmonave.

Encendió las coordenadas luminosas del telerradar, le marcaron con precisión un punto muy pequeño, ligeramente más oscuro que los que lo rodeaban.

Aquella era la Effort.

Encendió la pantalla del microtelevisor.

Las bandas onduladas, las espiras, la oscuridad, allí estaba de pronto Bergson.

Siempre en su puesto de mando, siempre con su rostro ajado, gastado como un muro sin revocar, siempre con sus ojos que se hacían altivos...

—Ahora es el momento —Rainer Lomas dejó indicado en el piloto automático el curso a seguir.

Se colocó el traje espacial, pasó a la cámara compensatoria, a popa. Allí estaba el saco de lona: se enfundó en él, aunque sólo hasta el pecho. Puso en marcha el dispositivo de "salida"; automáticamente se hizo el vacío en la cámara compensatoria, se abrió la escotilla.

Salió al espacio, hizo funcionar por un instante el "motor manual", que no era otra cosa que un tubo con gas supercomprimido, se alejó del casco...

Y se guareció dentro del saco, cerrándolo por dentro: Bergson, desde la Effort, creería que otra cosmonave de las que cada tanto se cruzaban con él le dejaba el consabido regalo de "provisiones"...

Poco a poco, por éntrela trama del saco, vio alejarse su cosmonave.

Pero no se inquietó: con el "motor manual" le sería fácil alcanzarla. Además, flotar libremente en el espacio era una de las primeras cosas que se aprendían ya en el curso de Vuelo Sub-espacial.

Esperó.

No mucho, porque ya la Effort venía hacia él.

Terminó de encogerse dentro del saco, quedó totalmente inmóvil.

Bergson no debía sospechar nada.

Algo le golpeó con rudeza.

Ya lo había previsto: Bergson estaba tratando de recogerlo con la red automática. La Effort, como todas las cosmonaves de su tiempo, tenía la escotilla de entrada a un lado, la popa se reservaba enteramente para los dispositivos propulsores.

Se sintió totalmente envuelto por los cables de plástico de la red automática.

Un golpe violento en un costado, la oscuridad total.

Ya estaba en la cámara compensatoria de la Effort...

Oyó un zumbido. Los dispositivos automáticos llenaban con aire la cámara compensatoria.

Una luz.

Un sacudón, manos forcejeando con la boca del saco. Era Bergson. Retrocedió sorprendido, con la boca abierta por la sorpresa.

Acababa de descubrirlo.

Rainer salió del saco.

Moviéndose con calma, no debía hacer nada que asustara a Bergson ni, tampoco, debía dejar de observar en ningún momento sus movimientos: imposible pensar cómo reaccionaría Bergson, no debía olvidar que estaba tratando con un demente.

Pero... ¿Era Bergson en verdad un demente?

—Por fin... Por fin se le ocurrió a uno... Aunque yo no lo quería...

Abrumado, aturdido, Bergson había retrocedido, ahora estaba sentado sobre la tubería que corría junto a una délas paredes de la cámara. Y hundía, desolado, la cabeza entre las manos...

Rainer se quitó el casco, el aire era caliente pero puro, los equipos regeneradores funcionaban bien en la Effort, a pesar de los años.

—He venido a llevarte, Bergson...—dijo con voz calma, como si se conocieran de siempre.

Bergson lo miró, meneó la cabeza. No había ahora ningún orgullo en sus ojos.

—Imposible, muchacho... Imposible... Creí que se darían cuenta de que soy un prisionero.

—¿Un prisionero?

—Sí. Por transmisiones posteriores sé que a esa zona de la Galaxia le llaman ahora la "Galaxia Negra", fueron tantas las cosmonaves que no volvieron de allí, que se prohibieron los vuelos a esa zona... Yo creo que soy el único que volvió de la "Galaxia Negra..." Aunque más me valiera haberme quedado...

No, el hombre que Rainer tenía delante no era un demente... Era un hombre en el último borde de la angustia, de la desesperanza, las manos muy blancas, azules casi, temblaban como las de un anciano, Rainer adivinó que corría ya muy poca vida por aquellas venas hinchadas.

—En la "Galaxia Negra" hay un planeta, Arpa, habitado, como tantos otros... Pero nadie sabe el peligro: nadie sabe que en Arpa hay una raza inteligente, endemoniadamente inteligente, que aspira a la conquista de la Galaxia: son los "Lubos". Tienen cosmonaves primitivas, de poco radio de acción, pero muy bien artilladas: han atacado y destruido nuestras cosmonaves que se internaron en la "Galaxia Negra", por eso no regresó ninguna. La Effort fue la última cosmonave atacada: en lugar de destruirla, intentaron capturarla intacta, para conquistar de un golpe todos nuestros secretos.

"Nos atacaron, fue inútil que tratáramos de contenerlos con los 'rayores', lograron hacer pie en la Effort. Miller y Sehneider, mis dos compañeros, trataron de rechazar el abordaje, consiguieron destruir la cosmonave de los 'Lubos' en un acto de heroísmo increíble. Pero murieron, y no pudieron evitar que un 'Lubo' quedara refugiado en la popa de la Effort..."

—¿Y después?

—Yo estaba en la parte delantera, en el puesto de comando: conseguí cerrarla escotilla de comunicación, el "Lubo" quedó dueño de la popa, yo quedé dueño de la proa... Yo quedé dueño del comando, y de los transmisores, pero él quedó dueño de las baterías, por lo que no pude comunicarme con el exterior...

—Pero... —Rainer tuvo un estremecimiento: aparecía en la explicación de Bergson un punto oscuro, un punto que revelaba de pronto el desequilibrio de su mente—: Pero... ¿Y los "rayores"? ¿Por qué usaste los "rayores" contra las cosmonaves que trataron de acercarse?

—Para que no lo hicieran, justamente... El "Lubo", en la popa, se ha multiplicado, hay allí lo menos una docena... Bastan y sobran para tomar al abordaje a cualquier cosmonave que trate de acercarse a la Effort... Por eso me vi obligado a disparar los "rayores" contra cuantas cosmonaves se me pusieron a tiro, para sacarles de la cabeza la idea de rescatarme... Si los "Lubos" capturan una cosmonave nada les impedirá regresar a Arpa y, dueños ya de nuestros secretos, lanzarse a la conquista de la Galaxia toda...

—Pero... ¿Por qué no hiciste señales? ¿Podrías haber usado alguna linterna, o las manos?

—No... Si avisaba lo que ocurría, vendría quizá toda una fuerza de cosmonaves para rescatarme. Quizá lo conseguían, pero quizá también los "Lubos" resultaban vencedores. No podemos saber qué armas han fabricado allí a popa, en todo este tiempo que llevamos navegando por el espacio... Podría haber hecho señales, sí, pero el único mensaje que yo tendría que haber tratado de transmitir sería...

Bergson apartó los ojos, súbitamente mucho más viejo aún que antes. Y continuó:

—Sería pedir que me atacaran con los súper "rayores", para que desintegraran a la Effort... Pero, la verdad, me faltó valor para transmitir eso... Como me faltó valor para estrellar a la Effort contra cualquier planeta... Cada vez que me propuse hacerlo terminé por contenerme... Me detuvo la idea de que alguna vez ocurriría algo que me salvaría... No sé qué cosa, quizá la muerte de los "Lubos"... Pero nada, hace tiempo que perdí la esperanza... Escucha...

Bergson golpeó con el puño contra el tabique de acero.

Hubo del otro lado una sucesión de golpes violentísimos. Sí, los "Lubos"estaban en perfecto goce de todas sus energías...

Rainer Lomas puso la mano en el hombro de Bergson. Un hombre fláccido, huesudo, sin vigor.—Ya pasó todo, Bergson... Ocurrió lo que no esperabas: he venido a rescatarte. Saldremos los dos al espacio, y, con el "motor manual", alcanzaremos a mi cosmonave: nos será fácil hacerlo, va prácticamente a la misma velocidad que la Effort.

Bergson meneó la cabeza, desolado:

—Imposible, muchacho... Te agradezco el esfuerzo, te has expuesto sin necesidad a un riesgo tremendo... No podremos salir nunca de aquí... —Bergson se miró las manos con desaliento —. Si salimos de la Effort los "Lubos" nos matarán... Y se apoderarán por fin de la cosmonave.

—¿Que nos matarán? ¿Cómo?

—Tienen armas para hacerlo... tienen un lanzarrayos muy similar a nuestros "rayores"...

—¿Cómo lo sabes?

—Una vez traté de salir... Estoy vivo porque erraron el primer destello. Si salimos al espacio nos cazarán como a patos...

—Entonces...

—Entonces, mi muchacho... quiere decir que estás condenado a la misma suerte que yo... No podrás volver nunca a tu cosmonave...

A los tres días de la llegada de Rainer a la Effort murió Bergson. Se apagó, sencillamente. Como si el saber que ahora otro compartía aquella increíble situación le hubiera roto algún resorte interior.

Se negó a comer la torta de algas vitaminizadas, fue inútil lo que hizo Rainer para preparársela según nuevas recetas.

No quiso ni beber, se quedó acostado en su cucheta, pidió a Rainer que le hablara de la Tierra.

Y así, oyendo la voz de Rainer, se le fueron congelando los ojos y dejó de respirar.

Rainer puso el cuerpo en la cámara compensatoria e hizo funcionar el dispositivo eyector. Sí, Bergson tenía razón: apenas el bulto empezó a distanciarse de la cosmonave, hubo destellos a un lado, el bulto se desintegró en un chispazo. Los "Lubos" habían creído que Bergson intentaba escapar, habían reaccionado con presteza...

Sentado a los comandos de la Effort, Rainer Lomas miró acercarse la cosmonave. Era una "Gran Espacio", uno de los últimos modelos.

Si los "Lubos" le echaban mano...

Pero, no, los "Lubos" no la capturarían.

Bergson había sido un valiente, no había claudicado, había conseguido que ninguna cosmonave se le acercara, impidiendo, así, que los "Lubos" entraran en posesión de los secretos del vuelo interestelar.

Pero Bergson no había sido todo lo valiente que hacía falla.

El peligro de que los "Lubos" capturaran alguna cosmonave seguía siendo tan grande como en el primer día.

Rainer Lomas sabía lo que debía hacer para termina r con aquel peligro.

Cuando la otra cosmonave estuvo en curso paralelo, cuando tuvo la certeza de que lo estarían enfocando en la pantalla del microtelevisor, Rainer encendió la linterna.

Y transmitió en Morse un largo mensaje. Explicando lo que había hecho, repitiendo el informe de Bergson. Con todo detalle expuso la situación a bordo de la Effort, y también, con todo detalle, explicó lo que pensaba hacer.

Un destello en la "Gran Espacio": era la señal internacional de "Mensaje entendido".

Hubo otra señal, en seguida.

"Buena suerte..."

Rainer Lomas movió los diales del piloto automático, la Effort comenzó a torcer el rumbo, entrando en otro "canal".No vio más a la otra cosmonave. Pero sabía que lo seguían con el telerradar, para estar seguros...

El punto luminoso se fue haciendo más y más grande.

Era ML14, una estrella como tantas, muy semejante al Sol.

El punto luminoso se fue agrandando, pronto se hizo un disco.

Siguió creciendo, se borró el espacio, sólo hubo la luz enceguecedora de ML 14.

El acondicionador de temperatura de la Effort no pudo ya contrarrestar el calor, Rainer Lomas empezó a transpirar.

Cerró los ojos, se los protegió con la mano, la luz era demasiado enceguecedora.

Más y más calor.

Golpes hacia popa. Los "Lubos" se daban cuenta de todo...

La Effort siguió su vuelo hacia la estrella, era ahora como un pequeño insecto acercándose a un gran fanal incandescente.

No llegó a tocarla, desapareció antes, volatilizada en brevísima llamarada.

El Eternauta: tres veces Salvo

Oesterheld fue un cultor consecuente dé la ciencia ficción — en el sentido más amplio y abarcador de la ambigua categoría—, prácticamente desde sus comienzos como narrador profesional en los años cincuenta, tanto en su trabajo en la pionera Más *Allá* (1953-57), con notas y relatos, como en la tarea de guionista de historietas a partir de 1951, primero en Abril y después en su propia editorial, Frontera.

En varios episodios de la serie *Bull Rockett,* por ejemplo, que trabajaba los temas científicos en el límite de la fantasía, irrumpe el tema de la presencia extraterrestre. Así sucede con *Hacia el infinito* y De *otros mundos,* relatos publicados en 1956 que novelizan historietas anteriormente desarrolladas en *Misterix.*

Pero es entre 1957y 1959cuando,en los mensuarios *Frontera y Hora Cero* —más las versiones Semanal y Extra del último— crea sucesivamente las series *Rolo, el marciano adoptivo* (1957), *Rui de la Luna* (1958) con Solano López y continuadores, y *Sherlock Time* (1958), con Alberto Breccia.

Las tres aportan una novedad básica: el cruce de la cotidianidad argentina —los integrantes de un club de barrio porteño, un paisanito de Maipú, un jubilado— con distintas situaciones fantásticas: la invasión alienígena en Rolo, un extraviado extraterrestre en *Rui,* un frecuentador de los misterios del tiempo y el espacio en *Sherlock Time.*

Este recurso sería una constante en Oesterheld, y alcanzaría su mejor y más célebre aplicación en *El Eternauta,* el largo relato gráfico dibujado por Solano López durante dos años y más de 350 páginas en *Hora Cero Semanal,* entre 1957 y 1959.

La historia del grupo aislado—Juan Salvo y familia, Favalli, Lucas, Polsky— que sobrevive en una casa herméticamente cerrada a una misteriosa nevada mortal que luego se revela preludio de una invasión extraterrestre, y los avatares de la lucha que se desencadena contra el invasor de caras múltiples —los cascarudos, los manos, los gurbos, los hombres robots— hasta el desenlace, abierto y circular a la vez, que convierte a Juan Salvo en eterno viajero del tiempo, es ampliamente conocida. Es, también, la más hermosa y apasionante historia de ciencia ficción y aventura de la narrativa argentina.

Una auténtica novela dibujada.

Lo que no fue

Oesterheld amenazó —prometió formalmente incluso, a mediados de los sesenta en su efímera revista *Géminis*— con escribir esa novela, convertir la secuencia historietística en texto narrativo.

No lo hizo. Lo que sí hizo fue volver sobre el guión original, una década larga después , para que Alberto Breccia hiciera una versión que acogió en principio pero no toleró hasta el final la revista *Gente.* La radicalización ideológica del guionista —que "releyó" políticamente su propia historia— y los geniales arrebatos expresionistas del dibujante —demasiado oscuro, sombrío y audaz para un medio conservador en todos los sentidos— asustaron a los editores, quienes los obligaron a terminarla apresurada y apretadamente en menos de 60 páginas.

Ya en los setenta, y en medio de los fragores terribles de la confrontación armada en que había derivado la lucha política, Oesterheld retomó las aventuras de Juan Salvo, ahora con el personaje de Germán —su alter ego— como compañero, y escribió *El Elernauta 11.* Otra vez con Solano López, para la revista *Skorpio,* de Ediciones Récord. La publicación de los episodios prácticamente coincidió con su secuestro y trágica desaparición a manos de los represores de la dictadura en] 977.

La historieta lo sobrevivió bastardamente: manos más o menos anónimas fueron responsables ríe una ulterior continuación —conocida como *El Eternauta III*— producida primordialmente para el mercado italiano, donde la revista L' *Eternauta* tuvo larga y auspiciosa vida hasta avanzados los ochenta.

Mientras el personaje crecía y sigue creciendo hasta convertirse, cu la actualidad, en uno de los pocos mitos genuinos de la cultura argentina en el siglo XX, la versión novelada de su historia ha quedado como la frustración de un proyecto nunca realizado.

Así, la novela de *El Eternauta* no existe. Sólo tenemos esto.

Que es esto

A fines de 1961, cerrado el ciclo glorioso de Frontera, Oesterheld creó un nuevo medio aventurero, un magazine de ciencia ficción para Editorial Ramírez que combinaba información científica con historietas, relatos y cuentos del género. Y lo bautizó *El Eternauta,* aprovechando la popularidad de su personaje más famoso.

A partir del cuarto número de *El Eternauta,* el viajero del tiempo se convirtió en vehículo y pretexto para el relato de sucesos históricos ilustrados, a la manera del *Ernie Pikc* de Batallas Inolvidables. Juan Salvo se corporiza ante el guionista en la situación clásica del comienzo de relato y le narraba — testigo inconcebible—un suceso habitualmente desmesurado y terrible: primero Pompeya, después Hiroshima...

Hasta que en el número 6, de abril de 1962, el navegante del porvenir cambiaba el tono y el argumento para narrar la continuidad de su propia aventura, lo que había sucedido después de haber ido a recalar al Continuum 3 al accionar la máquina que lo salvó, al altísimo costo de separarlo de su mujer y de su hija. Ayudado por el mano, Juan vuelve en su busca al tiempo y espacio del Buenos Aires que abandonó, y la aventura prosigue.

El desarrollo de esta continuación genuina de *El Eternauta* inicial se prolongó —en extensos capítulos ilustrados sucesivamente por Schiaffino, Lobo, Fahrer, Muñoz, Durañona, Spadari y otros— hasta el número 15, de febrero de 1963,cuando la revista se interrumpió, dejando la historia inconclusa. Esta es la primera vez que se publica desde entonces. Nunca fue retomada ni existen datos que permitan suponer el desarrollo ulterior de las aventuras, ya que cuando Oesterheld volvió sobre Juan Salvo, eran otras las historias que deseaba contar. Sin embargo, caben algunas reflexiones sobre este texto singular.

La lucha continúa

Un aspecto evidente es su inorganicidad, el aire arrebatado de su concepción. La historia salta sin transición de un clima a otro, de una circunstancia a otra. Quema etapas, modifica los ritmos sobre la marcha, pasa de las pormenores a las elipsis y suele plantear situaciones que apenas quedan en eso, sin desarrollarse en todas sus posibilidades. Como si fuera un borrador apresuradamente difundido en el que están, embrionariamente planteadas, las líneas de un relato que se va pensando a sí misino mientras crece.

Hay por lómenos cuatro secuencias. La primera abarca las aventurasen El Tigre hasta el encuentro con Favalli; la segunda, el contacto con las tropas del Capitán Timer, y los breves enfrentamientos con el enemigo hasta la partida hacia el norte; la tercera es la experiencia de la llegada y el ataque a la ciudad de Nueva York que termina con la caída de Salvo y Favalli como prisioneros en manos del enemigo, y la cuarta e inconclusa, el salto al espacio exterior y el conocimiento de una nueva perspectiva, un nuevo y horroroso marco galáctico para la guerra.

Como en la historia original, aquí también hay un movimiento de lo particular a lo general, de lo conocido a lo desconocido, que se corresponde con un traslado físico: de El Tigre a Nueva York y de ahí al espacio exterior.

En la aventura primera, ese itinerario que empezaba con la salida de la casa iba revelando pausada y horrorosamente, las características de la tragedia. Primero su amplia dimensión y luego su sentido—la invasión extraterrestre. Después, ya en el contexto de la lucha contra el invasor, el desplazamiento hacia el Centro iba, paulatinamente, revelando los sucesivos rostros del enemigo: "cascarudos", gurbos, "manos", hombres robot, todos al servicio de los esquivos Ellos. Después, la derrota y la huida tan costosa.

El Juan Salvo que regresa a la Tierra, sabe. La narración lo devuelve al tiempo y espacio que abandonó en el momento de entrar en la nave o máquina de tiempo del Ello que le sirve para escapar. Viene a buscar a Elena y Martita y, una vez más, no las encontrará. El espiral de la guerra y la búsqueda del conocimiento lo alejan cada vez más del proyecto individual. Además, ese Juan Salvo es otro, moldeado por la experiencia y endurecido por la frecuentación de la muerte.

Desde el origen —auténtico "bautismo" del que sale "salvo" un nuevo Juan— la historia se plantea en términos crudos de violencia e indeterminación. El protagonista no va a ninguna parte sino que, solo, busca a tientas entre la confusión y el equívoco: por primera vez, vive la dura ley de la selva que Favalli pronosticara en la historia original como único marco de referencia y pauta de relación entre los sobrevivientes.

El Tigre es precisamente un lugar selvático de señales confusas donde para Juan Salvo, que "sabe", nada tiene sentido ni es lo que parece ser: sucesivamente, encuentra a Bartomelli, a Amelia y el Bocha, a la misión de "La Cruz"—falsa salida (¿simbólica?) encarnada en un loco, el Capitán Roca— termina huyendo de y matando a otros hombres: a tiros a uno, ahogando al segundo y con un cuchillo a un tercero, en breve lapso.

El equívoco de la no discriminación entre "amigos" y enemigos persiste en la larga secuencia de contacto con Favalli en el helicóptero: no saber contra quién ni por qué se lucha. En este sentido, todo el primer tramo de la historia—incluso el "crucer" en acción que intercepta los cohetes intercontinentales— no enriquece el planteo original de El Eternauta sino que es "más de lo mismo", sólo que exacerbado por la crudeza de la violencia y la velocidad de los sucesos.

El contacto con la misión norteamericana equivale —en términos estructurales— a la irrupción de las fuerzas organizadas del Ejército que recogían a los sobrevivientes aislados en la primera parte: apertura a otra dimensión de la 1ucha e información más amplia sobre los alcances de la invasión. Sin embargo, en este caso, el problema para el interés del relato, es que no hay revelaciones que el lector comparta con Salvo y Favalli sino mera información complementaria.

La expectativa crece con el traslado a Nueva York. Pero no dura nada. Prácticamente con ellos llega el ataque y la destrucción de la ciudad. Otra vez la salvación milagrosa por aislamiento—el ascensor hermético—y la huida en inferioridad de condiciones que prefigura el final de la historia original.

Sólo la cuarta e inconclusa secuencia abre la historia hacia una nueva dimensión. La larga escena final, con los quinientos sobrevivientes humanos ante el "mano" que les explica cómo son las cosas en el Universo (Ellos y Enemigos se disputan todo...) y cuál es su posibilidad de sobrevivir en él, es de lo más rico de la historia y nos devuelve al mejor Oesterheld.

En esas líneas de diálogo están prefiguradas las cuestiones que ocuparán el centro de los planteos ético- políticos del autor en el futuro, y de las obras de ficción que los ejemplificarán, de *El Eternauta* de Breccia en el 69 a *La guerra de los Autartes* y *El Eternauta II* en los setenta.

La historia se interrumpe, precisamente, cuando más prometía...

Contar en imágenes

Los cuentos que acompañan al inconcluso "El Eternauta" en esta edición tiene distinto origen. Cuatro de ellos aparecieron también en la revista El *Eternauta:* "Retorno"', en el número 4: "Un hombre común", en el 5, y "Paria espacial" y "Un planeta..." en el número 6. Todos ellos comparten con el relato más extenso un ritmo narrativa casi oral y la recurrencia al presente histórico o la omisión del verbo en las descripciones de las escenas de acción, lo que les da cierto aire telegráfico. Una característica común a los relatos de guerra de la misma época incluidos en la serie *Batallas Inolvidables,* de *Ernie Pike.*

En mayor o menor medida, todos ellos, también, padecen de cierta desprolijidad expresiva, probable resultado del apuro y la falta de una cuidada corrección. Más aún: en algunos casos parecen—como sucede con la continuación de *El Eternauta*— la mera trascripción de una narración oral grabada. Osterheld, un autor tan dúctil como prolífico, solía desarrollar ante el magnetófono los guiones de sus historietas, cuadro a cuadro, con descripciones de imagen y diálogos. Es indudable que extensos tramos de estos relatos tiene todas las características de esa modalidad de ficción, y podrían ser transcriptos en secuencia dibujada (historieta) prácticamente sin modificación.

Y esto es válido, sobre todo, para *El Eternauta,* donde prolifera la acción vertiginosa por sobre todo componente narrativo.

En cuanto a las historias en sí, el irregular "Retorno" vierte en pocas páginas una buena historia, material narrativo que sin duda pedía un desarrollo más moroso y pausado: parece el argumento de una novela condensado, con moraleja, mensaje y todo.

"Paria espacial" —cuya trama desarrolló más de una vez, con variantes— retoma el tema del sacrificio individual, que se reitera en "Un hombre común": Rainer Lomas y Robert Foss se entregan para salvar a la Tierra en un caso, a Norteamérica — en el contexto de la Guerra Fría— en el otro.

"Un planeta... planeta... planeta..." juega con el "planeta trampa" dentro de la variante original de la seducción del ocio y la contemplación de la belleza: la historia tiene más resonancias —monstruos "polípteros" incluidos-— que la simpleza de su trama haría suponer.

La artesanía literaria

Diferente es el caso de los otros cuentos que completan el volumen. Los dos más ex tensos—"El árbol de la buena muerte" y "una muerte"— se publicaron en 1965 en los dos únicos números de *Géminis,* revista de relatos de ciencia ficción que se proveía mayoritariamente de material narrativo de la norteamericana *Galaxy.* La publicación, dirigida por Oesterheld y con tapas de Breccia, no incluía historietas, y estaba más cerca de las clásicas *Más Allá* o *Minotauro,*

que de su intento anterior con "El Eternauta". Buenos autores del género y calidad literaria definían el medio, que no pudo hacer pie en el mercado.

En ese contexto, los dos cuentos de Oesterheld no desentonan. Por el contrarío. El bradburiano "El árbol de la Inicua muerte" y —sobre todo— el inolvidable "Una muerte" con su conmovedora vuelta de tuerca al lema del contacto con extraterrestres, son de lo mejor y más acabado del autor en el género. Precisamente, lo que hace a su excelencia es el gesto elusivo, la perspectiva limitada que restringe la información del lector: estamos en la antítesis de la imagen historietística y las armas son genuinamente literarias.

Finalmente, los brevísimos textos reunidos bajo el título genérico de "Sondas" son los únicos que se publicaron directamente en libro y significaron de algún modo el "reconocimiento" literario de Oesterheld. Aparecieron en la antología *Los argentinos en la Luna,* editada por De la Flor en 1968 , junto a relatos de los principales autores nacionales. Se trata, realmente, de pequeñas obras maestras, maravillas de concisión sostenidas por un diestro manejo de la perspectiva y el punto de vista al servicio de la sorpresa y la paradoja.

En síntesis: este volumen reúne un conjunto de relatos heterogéneos en su factura, en la naturaleza de los medios que los albergaron, en el estilo y las formas. Sirven de muestreo ejemplar de la producción de Oesterheld durante los años sesenta. Algunos poseen el valor de un rescate semidocumental que ilumina zonas poco conocidas de la producción del autor, como es el caso de la continuación de *El Eternauta;* otros revelan su destreza de narrador dotado de imaginación y estilo, capaz de lograr piezas maestras de impecable factura, invitadas obligadas a cualquier antología rigurosa del género, como son esas breves "Sondas" o "Una muerte".

En todo caso, el maravilloso narrador siempre tiene para contarnos una historia que no podremos olvidar.

Juan Sasturain